ntervalo álbum



Nº 327

XTRAORDINARIO

NOVELAS COMPLETAS

GLENDA JACKSON

UN TOQUE DE DISTINCION

AQUEL ELCH

VIN DE ILA

SUPERPRODUCCIONES A TODO COLOR ®

álbum de obras gráficas completas

intervalo ALBUM

AÑO XXV Nº 327

EXTRAORDINARIO

SHEILA

EL FIN DE SHEILA

ÍNDICE

EL FIN DE SHEILA, adaptación de Pitt Marber........... 4
MI NOVIA Y YO, por Robin Wood..................... 19
POSTE RESTANTE, por Lizeth de Azcurra............... 31
LAS CÁRCELES DE MI ALMA, por Noel McLeod.................... 42
VIAJE ALREDEDOR DE NURIA, por Pier Michele.................. 52
LA MONTAÑA, por Enrique Ibsen................. 63
UNA AMIGA LLAMADA..., por José Luis Arévalo.............. 77
EL AMOR DE INDOCHINA, por Robert O'Neill.................. 88
LA ESTATUA DEL BOULEVARD, por Ariel Martin.................... 99
HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por Cristóbal María Paz............ 111
MI EXTRAÑO MARIDO Y MI EXTRAÑO HIJO, por Cristina Rudlinger....... 120
UN TOQUE DE DISTINCIÓN adaptación de Paola Mur........... 131

(T. 266)



EL FIN DE SHEILA







EL FIN DE SHEILA

Una película WARNER BROS,
dirigida por Hebert Ross.
Adaptación de Pitt Marber.
Dibujos de Mandrafina.

REPARTO

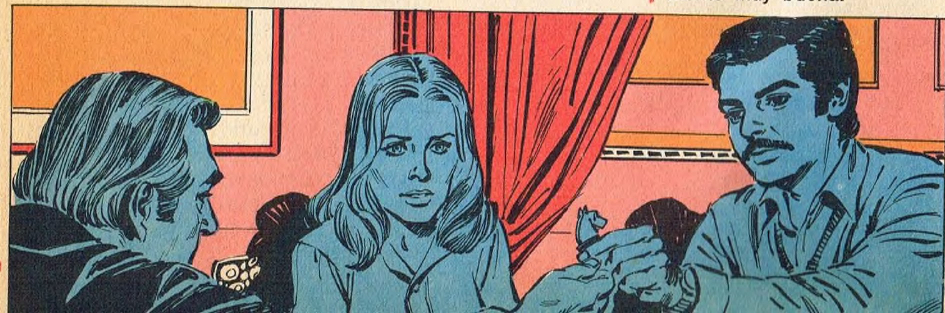
CLINTON GREENE *JAMES COBURN*
ALICE *RAQUEL WELCH*
PHILIP *JAMES MASON*



¿Quién es Sheila? Una mujer, por supuesto, y un barco que lleva ese nombre. ¿Y el fin de Sheila? ¿Es que Sheila ha muerto? Sí, efectivamente, pero "El fin de Sheila" es el título de una película. No solo de esta película que hoy brindamos a nuestros lectores, sino de otra, que el protagonista de ésta se propone filmar.

¿Cómo, cómo? ¿Que usted no entiende bien todo esto? Bueno, es que Clinton Greene, en la película "El fin de Sheila", quiere filmar una película titulada "El fin de Sheila" porque sospecha que Sheila, su esposa, ha sido asesinada por...

No hay nada que hacer: este argumento romántico-policial no podemos desenredarlo en pocas líneas. ¿Qué le parece si asiste a la película íntegra, en la versión gráfica que sigue? Es realmente muy buena.



Los Angeles, California, noche cálida de primavera. Una mansión como la del famoso productor de películas Clinton Greene puede estar iluminada para la alegría de una fiesta...

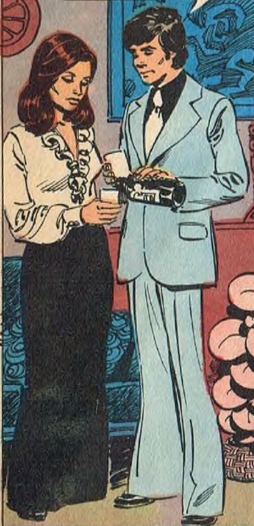











No confíes mucho en la aparente generosidad de Clinton. No tardará en lanzar sus dardos filosos, Antony.
Fingiré tomarlos a broma. Lo único que me interesa de él es el contrato que me ofrecerá.


¡Forman una perfecta pareja! Dos jóvenes muy atractivos... y carentes de talento. Es una pena que debajo de esa bella cabeza que tienes no haya nada, Alice.
¿Por qué quieres, entonces, que trabaje en tu próxima película?


Porque el personaje que habrás de interpretar es justamente eso: una muñeca vacía, Alice. Antony no tendrá que esforzarse para dirigirte.


Antony quiso decir algo, pero ella lo tocó levemente con el codo. Había que morderse la rabia, inclinarse y sonreír. O buscar una pregunta para desviar las malévolas intenciones de Clinton...
¿Quién escribirá el guión?
Tom, que aquí llega.


La invitación que te envié incluía a tu esposa Lee. ¿Dónde está ella, Tom?
Se quedó en casa. Una fuerte jaqueca la retuvo. Me pidió que te presentara excusas en su nombre y te dijera que le hubiese gustado participar de tu fiesta.


¡No sabes mentir, amigo mío! Ella me desprecia. Es una mujer de fortuna y podría transformarte en productor de tus propios argumentos. ¿Por qué no lo hace?
No lo sé, Clinton.


¡Te lo diré yo! Lee teme arriesgar su dinero contigo. ¡Sabe que eres un fracasado escritor de bodrios al que sólo mi piedad puede salvar!
¿No has bebido demasiado ya?


¿Qué ocurre aquí? Supuse que sería una reunión de amigos cuando recibí tu invitación, Clinton. ¿Por qué discuten?
A Tom le molestan mis verdades, Christine. Llegas a tiempo para oírlas.


Christine oficiaba de cronista cinematográfica en un diario de Los Angeles. Tiempo atrás había intentado conquistar al dueño de casa, pero sin suerte.
¡Tú me ayudarás a lograr un film de éxito con toda esta escoria de Hollywood!
¿Cómo?


¡Comentando con palabras elogiosas el estreno! El público le hace caso a tus críticas y llenará las salas de exhibición.


¿Pretendes comprar mi honestidad de periodista, Clinton?
¡Conozco tu precio, Christine! Te has vendido antes. ¿Con qué pagas, si no, toda esa vida rumbosa que llevas?


Philip Brown fue el último en llegar. Entró sigiloso y estuvo oyendo esa charla que no lo asombró. Hasta que él mismo cayó bajo las crueles ironías del anfitrión.
¡He aquí al galán joven de mi película!
¿Hablas en serio, Clinton? Hago característicos ahora.


¡No haces nada, Philip! Te mueres de hambre añorando tu vieja y perdida gloria.
¡Si no te callas me olvidaré que estás ebrio y...!


¡Basta ya, todos!
¡Sheila!


Philip bajó la mano agresiva. Clinton dejó de reír. La presencia de su mujer pareció hipnotizarlo. Ella paseó su mirada despreciativa sobre el grupo que guardó silencio. Luego dijo:
¡Deja de despreciarlos! Si no te sirven para nada, échalos de aquí.


¡Sheila tiene razón! ¡Fuera todo el mundo! ¡Alice, Antony, Philip! ¡Fuera!


Ya no habría contratos. Clinton filmaría con otros. Acaso con los que ella le indicara. Dominaba ostensiblemente la voluntad de su esposo. Los autos comenzaron a alejarse de la mansión Greene. Alice y Antony en uno. Tom y Philip en los otros dos. Cada uno de ellos tenía un buen motivo para odiar a Sheila.


La última en salir fue Christine; estaba muy ocupada, bebiendo su enésimo whisky, y Sheila la acompañó hasta la puerta.
El va a seguir peleando contigo. ¿Podrás calmarlo?
¿Podías tú cuando eras su amiga preferida?


(¡Te odio, Sheila! Casi lo tenía conquistado cuando llegaste a su vida. Me robaste todo lo que él pudo darme.)


¡Ese es el gran Clinton Greene! ¡Un pobre ebrio que disfruta de las miserias ajenas!
Cálmate, muñeca, y acércate. Necesito tenerte a mi lado para saber que aún me queda una razón para vivir.

Al principio le había tentado la fortuna y la fama. Ahora le nacía una especie de repulsión por él. Sintió ganas de tomar aire fresco, fuera de ese ambiente que la agobiaba.

Salgo a caminar por ahí.

¡Vuelve!



La distancia fue apagando sus gritos. Cuando oyó el portazo supo que no la seguiría. Se sumergió en el camino desierto. Los grillos de la noche enmarcando el silencio, sombras, y , de pronto...









Tiempo después, los participantes de aquella reunión que tuvo lugar en la mansión Greene recibieron una extraña invitación.









Clinton busca algo más. Acaso a la persona que asesinó a Sheila.



El matrimonio Lois recibió una invitación en común. Tom y Lee comenzaron a discutir la conveniencia de ir o no.





Philip Brown se encontró con el resto del grupo en el puerto de Ostia. Una idea lo preocupaba y la expresión de su rostro no podía disimularla.

¿Qué supones que desea Clinton de nosotros?

No se conformó con la investigación policial, Christine.

SHEILA

ILA








¡Será una foto muy especial! ¡Sonrían!
SHEILA


La copia estuvo lista cuando partieron, y fue ubicada en el salón del yate.
¿Qué tiene de especial, Clinton?
SHEILA


Más de lo que imaginas, Tom. La travesía incluye un juego interesante. Cada uno de ustedes tomará un sobre de esta bandeja, al azar. Lo abrirá a solas y no dirá a nadie lo que dice la tarjeta de su interior.


Estaban habituados a los juegos de Clinton Greene. Era otro de sus caprichos de hombre poderoso y la muerte de su mujer parecía no desanimarlo a seguir practicándolos.
Se trata de una película que quiero filmar pronto. Cada sobre contiene la descripción de uno de sus personajes...


... que serán seis. ¿Nadie pregunta cómo se titulará? Bien, lo diré de todos modos: "El fin de Sheila".


El cielo era claro y el mar sereno; podían formar un grupo de gente feliz en busca de una alegre travesía. Pero esas palabras pusieron sombras en los ojos de todos.
¿Te das cuenta ahora, Alice? El busca al asesino de su esposa.
¿Piensa que caerá en la trampa que le tienda?


En mi opinión, Clinton ya conoce al culpable y trata de inquietarlo. Es uno de los seis que fuimos invitados a bordo.
Todos asistimos a la fiesta de aquella noche, en su casa, Philip.


A excepción de mi esposa, Alice.
Tienes razón, Tom. Lee quedó en la tuya por una jaqueca. Pero la invitó igual. ¿Por qué?


Acaso porque sabe que yo y Tom lo hacemos todo en común. Y que no podía separarnos por todo el tiempo que durará este viaje. ¿No es así, querido?


Abruptamente quedaron silenciosos, porque Clinton apareció señalando la costa que se dibujaba en el horizonte.
¡El juego comienza! Esta noche atracaré el yate al puerto francés de La Seyne.


Un pueblo pequeño y pintoresco. Yo bajaré en una lancha que guiará Vittorio, mi capitán, y me ocultaré en un lugar que ustedes tendrán que descubrir.


¿Cuál será la clave para hallarte?
Esta llave. Cada uno recibirá una igual. Sirve para abrir la puerta del cuarto en el que estaré.


¡El que me descubra primero deberá mostrarme la tarjeta que le tocó y yo le diré quién representará, en mi película, el papel que describe! ¡Suerte!


Un juego ingenioso y cruel. Cree que lo encontrará primero el asesino... Así, simplemente, averiguará quién mató a Sheila. ¿Ven? ¿Vamos a dejarnos arrastrar por sus maquinaciones de maníaco?
¿Te asusta el plan de Clinton, Philip? ¿Qué propones?


Apurar las cosas, Tom. Mostremos las tarjetas que hemos elegido al azar y pongámonos de acuerdo para ayudar al que posea la que nos lleve al final del juego.




La mía dice "Saqueador". ¿Quién tiene la que dice "Asesino" o "Culpable"? ¡Vamos, hablen ya!


El silencio pesó sobre cada uno. Ninguno se animaba a hablar. La idea de Philip Brown podía incluir un peligro que sería riesgoso para todos, especialmente para el causante de la muerte de Sheila. Alice dijo, por fin:
¡Sería trampear a Clinton! ¡No mostraré la mía!


Tampoco yo, Philip.
Ni yo. ¡Nadie lo hará! ¡El juego debe seguir!


Lee, a punto de desembarcar, se abrazó a su esposo Tom, como un pájaro frágil y necesitado de ayuda.
Quedémonos en el barco. Hace mucho tiempo que tú y yo no estamos totalmente solos, querido. Deja que los demás recorran el pueblo con esa estúpida llave y...
¿Hablas en serio?


Esto es algo más que una diversión, Lee. Clinton está dando una oportunidad al criminal. Este debe anticiparse al que tiene la tarjeta que dice "Culpable" o "Asesino", y esforzarse por encontrarlo primero y matarlo.


A menos que sea él quien tenga esa tarjeta, Tom.
Es cierto, Christine. En tal caso, sería el que menos se preocuparía en buscar a Clinton..., pero sólo estaría tranquilo hasta el quinto juego. Luego quedaría en evidencia.


La única alternativa del asesino es hallar a Clinton en los primeros juegos, y, una vez a solas con él, matarlo como mató a Sheila.
Eso también lo delataría. ¿Olvidas lo que debe hacer el que lo encuentre?

Ella tiene razón, Tom. Hay que dejar la tarjeta en manos de él.

El que vaya a matarlo no dejará su tarjeta, Lee. ¡Separémonos para la búsqueda, como pidió Clinton!

La clave del primer juego no era tan difícil. La llave tenía una inscripción: "Cleffor". Y el cartel luminoso se destacaba en una de las tortuosas callejuelas del pueblo de La Seyne.

(Creo que les llevo la delantera a los otros.)

¿Qué cuarto abre esto, monsieur?

¡Ah, oui! Ese rico americano se la llevó de aqui hace un tiempo. Para un juego, según dijo. Co mo pagó el alguiler desde entonces lo dejé hacer Es la del 14, primer piso.

(Alguien abre. Han dado conmigo.) ¿Eres tú, Tom?

¿Cómo sabías que daría con tu escondite, Clinton?

Uno de tus viejos guiones incluía un juego parecido a éste. Había una llave con el nombre de un hotel. Estaba seguro que lo recordarías. ¿Trajiste tu tarjeta?

Aquí está. Dice: "Ladrón". ¿A cuál de nosotros se refiere? ¿Quién es ese en tu película... o en la vida real?

Eres muy sagaz, Tom Loi "El fin de Sheila" nunca se filmará. Sólo estoy po niendo en descubierto lo que cada uno de mis seis invitados oculta sobre su pasado.

¿Incluído el asesinato de Sheila?

Sí. Pero has ganado el primer juego y debo darte el premio: el "ladrón" es Antony. ¿Lo difundirás? Pueden saberlo todos menos él.

Cuando los otros llegaron al cuarto del "Cleffor" que ocupaba Clinton hallaron un cartel en la puerta: "Vuelvan al yate, ya me han encontrado". En la mañana del día siguiente...

¿Por qué no me esperaste para desayunar juntos?

No tuve ganas de desayunar, Antony. Supe algo anoche. Antes de dirigir películas tuviste un problema con la policía en San Francisco: un robo.

¿Quién te lo dijo?

Alice calló. No mencionó a Tom. Simplemente se alejó de cubierta y lo dejó solo.

¿Cambia eso nuestra situación actual? Somos novios. Vamos a casarnos cuando Clinton me haga trabajar y me lance a la fama.

Sería desastroso juntar tu fama a la mía, Antony. Adiós. Seguiremos a bordo, pero no como antes. Todo terminó entre los dos.

Comprendo tu desazón, muñeca. Jamás podrías unirte a un ladrón. Te traería malos recuerdos, ¿verdad?

¿A qué te refieres, Clinton?


Hay otra tarjeta por ahí. Dice "Saqueador". Cuando el que la tenga me descubra en uno de los juegos, se sabrá a quién alude, Alice.
Entiendo. Lo sabes todo sobre nosotros.


El "Saqueador" soy yo. Una vez robé un abrigo de piel de una tienda.
Eras una jovencita entonces. Deseabas lo mejor. Pero ya pagaste tu culpa. Como Sheila. Ella también deseaba lo más caro...


... y se juntó a mí. La amé, Alice, pero nunca fue totalmente mía. Alístate para el próximo juego que comienza al anochecer.
Eso debió volverte cruel, Clinton Greene. Tenerlo todo menos el amor. ¿Por eso gozas destruyendo el de los otros?
SHEILA


La isla se llamaba Hyires. Casi un peñón alzado en el mar. Había un antiguo monasterio abandonado allí. Y ahora un hombre escondido al que cinco personas debían encontrar.
¿Insisten en seguir esta ridícula diversión?
No podemos hacer otra cosa, Philip.



La clave es: "Atrevámonos a la confesión". Yo estoy fuera del juego por haber ganado el primero, pero ayudaré a mi esposa Lee. ¡Los demás deben ir separados! ¡Adelante!
SHEILA


Philip comenzó a caminar lentamente. Alguien se le aproximó. Sintió su mano temblorosa sobre el brazo, y su voz le pareció una súplica.
Voy a pedirte un favor: tu tarjeta dice "Saqueador" y si hallas a Clinton se sabrá a quién se refiere.
Comprendo, Alice.


Esta tarde escuché la charla que mantenías con él. No lo encontraré y nadie se enterará que tienes una mancha en tu pasado.


(Por eso ella quiso alejarse de mí. Mi culpa quitó la cicatriz de la suya. ¡Pobre Alice!)


Antony no se dejó ver. Tomó el camino que desembocaba en el monasterio, apretando los dientes, como si fuera a cometer un acto que lo inundaba de furia.
(¡Pobres de todos los que se acercan a Clinton Greene!)


(Yo debo tratar de encontrarlo, a pesar de todo. Mi tarjeta dice: "Huidizo criminal". Debe referirse al asesino de Sheila. Él dirá quién es y todo habrá terminado.)


Alice se introdujo en el laberinto de pasillos sin advertir a Lee que parecía aguardar a alguien.
(Tom me pidió que esperase aquí. Él es hábil y descubrirá el escondite de Clinton. Quedaré fuera del próximo juego y... ¡Ahí llega!)
¡Mi idea era acertada!



Di con él, Lee. Está en un confesionario, al fondo del monasterio. Ese camino te llevará sin problemas. Pero no te apures demasiado. Clinton debe ignorar que estoy ayudándote.
De acuerdo. Te diré antes qué dice mi tarjeta: "Inocente".



Sin duda debe referirse a mí. Fui la única que no estuvo en su casa el día que mataron a Sheila.
Seguro, querida, contigo el azar de la elección de so bres estuvo acertado. No estés tan nerviosa. No tienes nada que temer.



("Nada que temer." Con Clinton nunca se sabe. "El ya conoce al culpable", dijo Philip. ¿Y si fuera cierto?



Ubicó el confesionario. Se acercó a la reja del ventanuco y vio la sombra que se movía en su interior.
Sé que estás ahí, Clinton. Soy Lee. Mi tarjeta dice "Inocente". Me tocó la adecuada, ¿verdad?



(No contesta. Se limita a mostrarme un papel que tiene algo escrito. Dice: "Tú mataste a Sheila".)



El cuerpo lo encontró Alice. Gritó y los demás se acercaron al confesionario.
La vi así cuando pasé por aquí, Philip. Parece muerta.
¡Es tu esposa, Tom!



Ayúdame a levantarla. Sólo está desmayada. El último tiempo sufre de desvanecimientos nerviosos. ¿Qué pudo impresionarla?
¡Fíjense allí, algo asoma del confesionario!



Christine abrió la puerta y el cuerpo se deslizó hacia afuera.
¡Es Clinton! ¡Y está muerto...! ¡Golpearon su cabeza con una piedra!



¿Estás ya bien? ¿Qué sucedió?
Di con él. Le dije que mi tarjeta decía "Inocente" y me mostró un papel escrito. "Tú mataste a Sheila", decía. Mis piernas flaquearon y perdí el sentido.



El lo sabía, Tom. ¡Yo la maté aquella noche! A pesar de la jaqueca que me atormentaba quise ir a su casa en tu búsqueda, para decirte que ya no tenías que mendigarle a Clinton un contrato...
¿Qué estás diciendo, Lee?

verdad que hasta ahora callé. Guiaba mi auto por el camino os-
ro. Pensando nada más que en llegar. No la vi hasta que estu-
tan cerca que fue imposible esquivarla. Después...

ttorio, el capitán del yate, tam-
ién estaba allí, atraído por los
ucesos. Había escuchado la con-
sión y estimó oportuno interve-
nir.











Cada uno había colocado su tarjeta sobre la mesa. Antony las leía:

La de Alice dice: "Huidizo criminal"; la de Philip: "Saqueador" y la mía "Ambicioso".

La de Tom decía "Ladrón" y la de Lee "Inocente". Sólo nos resta saber qué dice la tuya, Christine.



Se puso tensa. Su habitual desenvoltura se convirtió en un temblor perceptible. Era el momento de las confesiones y tuvo que hacer la suya. Le había tocado la exacta.

"Ex-Informador". Fui eso antes de ser cronista de cine para un pasquín que publicaba todo lo sucio que escondía la gente de nuestro mundillo.



Fui yo quien informó a Clinton lo que cada uno de ustedes ocultaba. A excepción de la culpa de Lee, que él averiguó por su cuenta, le hablé de los robos de Alice y Antony, de la ambición que llevó a Tom a casarse con una mujer de fortuna.



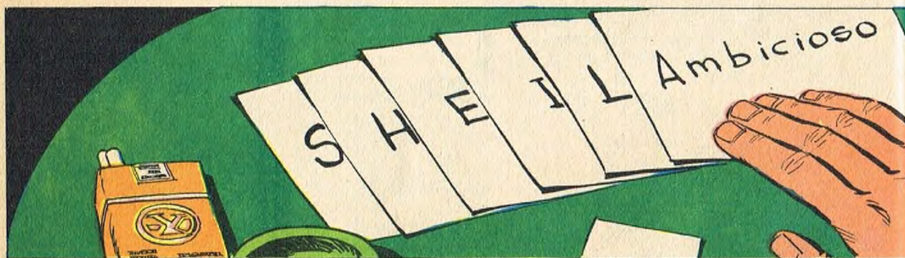
¿De verdad la hiciste tu esp
sa por dinero, Tom?

Sí. Lee tenía lo que yo n
cesitaba, pero nunca qu
so arriesgarse a financi
mis películas.



Iba a hacerlo cuando tuvo la mala suerte de embestir a Sheila. Ahora entiendo por qué Clinton dijo que esa foto que nos tomó al llegar era "muy especial". ¡Fíjense qué ocurre con las iniciales de las tarjetas!





Bajaron al salón y observaron la fotografía. Cada uno estaba bajo la letra que le correspondía.

De haber sido inteligentes nos hubiésemos anticipado al resultado del juego. Lee está bajo la "H" de "Huidizo Criminal".

Y tú sobre la "I" de Inocente, eras el único realmente limpio a bordo, Philip.



¿Lo crees así? Ustedes también pueden serlo. Cuando Alice robó aquel abrigo de piel era una chiquilla ambiciosa y, a lo mejor, lo de Antony no fue tan grave. Será mejor irse a dormir. Mañana nos aguarda un día agitado.



Antony acompañó a Alice a su camarote. Ella evitaba mirarlo todavía.

Creo que tú y yo debemos hablar. Te espero en cubierta dentro de una hora.



(Todo parece haber terminado, pero hay algo que aún no está claro para mí. ¿Por qué Clinton le mostraría ese papel a Lee en el confesionario?)





ittorio cree que después
do quemarlo con una de
velas que iluminaban
monasterio, pero yo pien-
que Clinton no se hu-
se arriesgado a la reac-
ón de ella tan ingenua-
mente.)



Los tórtolos no tardaron en reconciliarse, amparados en las sombras de popa.
Lo tuyo fue ambición de chiquilina, Alice. Y lo mío no existió. Me acusaron de ladrón para perjudicarme. La justicia me absolvió después.



¿Por qué no me lo dijiste antes?
No me diste tiempo. Pero ahora nos sobra. Buscaremos quien quiera contratar a un director novato y una actriz que aspira a ser tan talentosa como bonita y...



¿Oíste eso, Antony?
Un ruido metálico. Como si alguien estuviera haciendo rozar algo sobre las barras de la borda.



¡Tom!



No pude evitarlo, Antony! Salió
el camarote cuando me creyó
ormido. ¡Lee se ha arrojado al
ar! ¡Sus culpas debieron enloquecerla!



¡Está mintiendo! ¡Avisa a Vittorio y a Philip mientras trato de rescatarla!
Él tiene razón, Tom. Te vimos echarla al agua. ¿Qué pretendías hacer?



Concretar su ambición, Alice. Sólo con la muerte de Lee quedaría él dueño de su fortuna y libre.
Buena deducción, Philip. Pero nadie más va a oírtela. Dejarás de ser un actor viejo y nostálgico de pasados triunfos. Voy a...



Vittorio escuchó los gritos. No pudo cambiarse el pijama antes de abandonar su camarote de capitán, pero sí salir preparado para cualquier cosa.
BANG!!

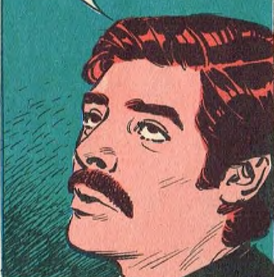


Lo siento, signore, pero tuve que impedir que cometiera otro crimen.
Ocúpese de ayudar a Antony, capitán; yo me encargo de él.



Acusarte de eso no me hacía dueño de tu fortuna. Y cuando Clinton nos invitó a participar de sus extraños juegos se me ocurrió la idea. Lo maté yo en el confesionario.

Pero yo lo vi, Tom. Me mostró ese papel...





Clinton se equivocó con el título que pensaba poner a esa película que no filmaría nunca. No era "El fin de Sheila", sino el fin de una pesadilla sin amor. Tenía muchas luces para organizar sus juegos, pero las mismas sombras de Tom en el corazón.

Fin

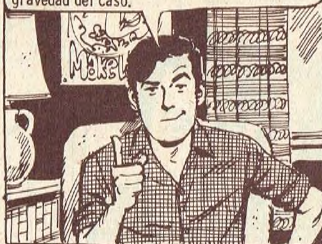


Por ROBIN WOOD

UN LIOVICH DE LA GRAN FLAUTOVICH

Dibujos de VOGT

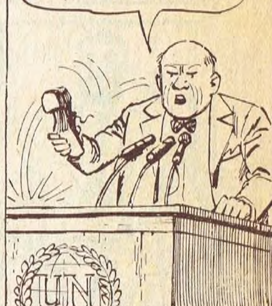






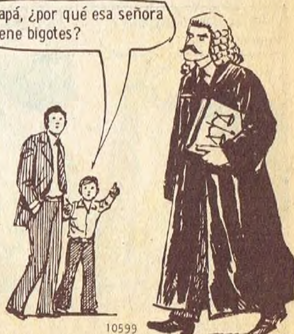













¡No me interesan las excusas! ¡Que deje de seguirme!


...y eso es un ejemplar humano en vías de desarrollo, hijo. No te acerques mucho a ellos. Tienen piojos.


En fin, la conclusión a la que he querido llegar ha sido simplemente la de que hoy en día la chifladura es más una condición social que una deficiencia cerebral.


Y ahora que he terminado de hablar de locos, hablemos de rusos.


Sí. Los rusos. Ojo. Rusos de Rusia, como esos
antes, que bailaban con botas coloradas, tomaba
vodka por hectolitros y se pegaban balazos de la
ñana a la noche por cualquier pavada. Esos rus
que encontrábamos en Pushkin, en Tolstoi, en
Dostoyevski. Esos rusos antiguos llenos de ca
panas trágicas y estepas.


¡Tino Tinoievich Espinoza!


Este es mi amigo. Anatolio Morugovich. Amistosamente lo llamo "El Corto".


Tino, vengo a traerte una gran noticia.
¿De qué se trata?


El ballet Moscovia viene a Buenos Aires.
Pero, ¡qué bien, che! ¡Qué interesante! ¡Qué bárbaro! ¡Qué gusto!


¿Y a mí qué pitos me interesa eso?
Verás, Tino.


Tengo para tí la oportunidad de tu vida, el re
portaje que te llevará a la popularidad, ¡a la
gloria!
Al grano, ñato. Cada vez que alguien me ofre
todo eso siempre termino metido en un lío padr
del cual lo único que saco es un garrotazo en
lomo. ¿De qué se trata?


de las principales estrellas de ese cuerpo
ballet quiere quedarse en la Argentina.
Ahá. No está mal como noticia, ¿quién es?


Mi prima Anastasia Nicolaievna Potchinka Sopranoff.
Ustedes nunca oyeron hablar de nombres como Pérez o Gómez, ¿eh?


¿Y me das la noticia así nomás? ¿Por pura y santa amistad?
Ejem... no.


Ah. Veamos la piel del tigre. ¿Qué querés a cambio?
Pues que me ayudes a dar una mano a Anastasia.


¿Quéeeee? ¿Meterme yo en ese lío? ¿Con todos esos rusos grandotes que te pegan terribles trompadas y te balean cada vez que los mirás mal? ¡Jamasovich!


Está bien. Pediré ayuda a otro periodista. Tal vez otras editoriales quieran la primicia...
¿Eh?


...vení acá, querido. Esperá un poco. Tal vez si estudiamos la cuestión...
No. No. no quiero causarte problemas.


Pero no. Los amigos están para darse una mano, ¿no? Vení. Vení.


Ññññññffffññññfff...


Ññññññffffñññññfff...


Ññññññffffññññññffffñññ.


Ñufñufñuf, ¿no?
Pero no... Vas a ver que todo sale bien.

(Si me meto en esto y sale mal, el jefe me muele a patadas. Si me meto en esto y sale bien, el jefe tal vez me aumente el sueldo. Si no me meto para nada y el asunto se vuelve noticia, el jefe me quema vivo.)





Estupendo. Pero... ella, ¿aceptará?



Y en ese momento la puerta se entreabrió y un rostro archiconocido apareció en ella exhibiendo una nórdica sonrisa de pecosa que no sabe en qué flor de lío se está metiendo.







No hiciste nada. Solamente le contaba a Anatolio qué flor de chica sos y...

No. Yo no soy una flor de chica. ¿Qué pasa? ¿Qué quieren de mí?



Se lo dijimos.





No seas pavota, Poppy. Oí bien. Es una cosita de nada. Lo que vos tenés que hacer es poquita cosa.

No te creo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?



Se lo dijimos.






¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!
...seas malcriada. Basta de hacer mue-
... a ponerse a trabajar. Vas a ver có-
... después vas a estar loca de contenta.


Cada vez que hago algo contigo termino lo-
ca, sí, pero nunca de contenta, eso clavado.
Bueno, tal vez ésta sea la primera vez.


En fin, el asunto es que nos pusimos en campaña para ayudar a la fuga de Anastasia Gómez (es más fácil así, ¿no?)
...y ésa es la manera como se desarrollará la operación. Todo debe ser hecho con precisión. ¿Alguna pregunta?


¿Puedo ir mañana a visitar
... tío Waldemar que vive en
...riloche?
No. Mañana tenemos que entrar en el teatro. Déjate de chistes.


Y así al día siguiente...
Periodista.
Periodista.
Periodistovich.


Allí están los del ballet. Acerquémonos.
Ejem.


Ah.


¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Qué busca? ¡Responda!
Tranquilovich, viejo. Soy un periodista criollísimo y apreciado, de cuyo buen humor depende el éxito de esta carnavalada que ustedes van a representar así que, ¡sharapovich!


El grandote me miró con grandes ojos dubitativos y su minúsculo cerebrito hizo ruiditos de caja registradora y por fin...
Bien..., pero atención, ¿eh?
Calma, taradovich. Yo soy conocido como el leopardo sanguinario de Isla Maciel, así que no arriesgue su vida.
B-4


... tu prima? ¿Dónde está?
Ya la veremos.


¡Anatolio Morugovich!
¡Anastasia Nicolaievna!


¿Así que has venido? ¡No lo puedo creer!
Claro que sí. ¿Cómo creés que íbamos a fallarte? Y éstos son amigos que van a ayudarnos. ¡Dos valientes!


Je. Ese soy yo. Me llaman el príncipe Valiente. Vendo coraje por hectáreas.
Yo quería ir a ver a mi tío Waldemar en Bariloche, pero...


...y ya sabes, en la pausa haces como
vas a tu camerino y en vez de ello sales
la ventana conmigo. Abajo tenemos un
que espera.
Pero, apenas noten que falto se
rán a buscarme. Hacen falta por
nos quince minutos para salir.


Vamos a sustituirte.
¿Sustituirme? ¿Quién...?


Oh.


Y así...
¿Todo bien, Poppy?
DAMAS
¡Insisto en que quiero ir con mi
Bariloche!


¡Allí viene Anastasia!
Perfecto. Andáte con ella y esperá por nosotros en casa.


¿Lista?
Sí, pero apurémonos.


Pero, ¿qué pasa aquí?
Oh. ¡Estamos perdidos!


Tanto como eso, no. Anatolio levantó un puño del diámetro del pecado original y...
¡Auch!
TUMP!


Habrá que hacer algo con respecto a esto, Tino, es mejor que te vistas con sus ropas para que no noten su ausencia.
Ufa. Bueno.


Nos vamos, ¡chau!
Chau.

ne, ¿salís o no?

Ya va. Ya va.

DAMAS

Oia. ¡Qué amoroooso. . . !

DAMAS

Nada de cachadas, ¿eh? O te dejo plantada y me voy yo a visitar a tu tío Waldemar en Bariloche.

Ejem. Desde aquí pueden vernos más o menos.

Espero que sea menos que más.

...a deben haberse ido. En un par de minu-
...s rajamos y nos cambiamos otra vez y
...uego podremos largarnos.

Dios te oiga.

Tino. . .

¿Sí?

¡Mi madre! ¿Qué hacés aquí?

¡La ventana está enrejada! Vamos a tener que salir entre el público. Anastasia se vistió con las ropas de Poppy. Traten de ganar un poco de tiempo.

Pero. . .

Pero. . .

¡Anastasia! ¿Qué esperas? ¡A escena!

Uy, mi madre.

Pero, ¡usted no es Anastasia!

No, pero somos ‹omo hermanas, ¿sabe?

¡Yo voy a. . . !

¡Rajemos!

Pero. . .

CLAP CLAP CLAP CLAP! CLAP CLAP CLAP! CLAP!

Flaca, ¿qué hacemos?

Este..., tengo una idea. Vamos a pasito de baile hasta el otro lado.


¡Uy! ¡Me duelen los dedos de los pies!
¡Dale! ¡Un cachito más!


¡Mama!


¿Cómo salimos de acá?
Dale, seguí que yo estoy tratando de pensar.


¡Apuráte en encontrar una salida!
Sí, creo que...


¡Ay!
TUMP


¡Niet! ¡Niet! ¡Siberia para todos! ¡Esto me costará mi carrera!

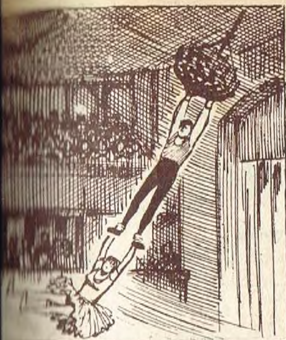

Ah, ¡ya sé!
Fenómeno. ¿Cómo?


Bs bs bs bs...
¿Vos creés...?


No hay otra solución, ¿no?
No.


¡Ahora! Aguantá, ¿eh?


¡Vamos!








CRASH!




¡Rajemos, flaca, que aquí el estofado nos va a caer mal!


¡Tino! ¡Poppy! ¡Aquí!


¿Todo salió bien?
Sí. Por la ventana para ser exactos.
¡SLAM!
RRROOOMM


Yo... Yo no sé cómo agradecerle... Gracias a ustedes dos... ¡Oh, ustedes son las personas más valerosas y magníficas que he conocido!


¡CHUIC!


¡SMMMMMACK!


¡Hmmm!
Y... je, je... Ejem...


Damas y caballeros:
Con todo respeto os decimos
que no dará fruto la espera
puesto que esta historieta
a su final ha llegado.
Si ha sido de vuestro agrado
muy contentos estaremos
y si no os ha gustado
al diablo os mandaremos.
Chau.
FIN

UNA SONRISA



- ¿Cómo te fue en el "poker"? ¿Ganaste, querido, o perdiste otra vez, estúpido. . . ?





- ¡Menos mal! Ahí está.

GASTRONOMIA

TEXTO: INES VILABOA
DIBUJOS: FERRONI (h.)



-Lo siento, señor, estamos cerrando.



-Como ustedes verán, se trata de un vino muy añejo.



-Debo reconocer que el tiempo lo ha tratado bastante bien: no ha envejecido en absoluto desde que le ordené mi almuerzo.





-Lamento mucho la demora, señor... Le traeré un nuevo cenicero en cuanto tenga un minuto.



-¡El pollo diez mil pesos! ¡Pero qué bárbaros! ¿Cómo se les ha ocurrido matar un animal tan valioso?



-Una mesa cerca de la puerta, por favor.

POSTE RESTANTE

Por LIZETH DE AZCURRA

Dibujos de ÁVILA

Silvia se detuvo con un poco de miedo ante el portón de la casa de los Haedo Posse.

(Aquí es...)

Aunque, si lo pensaba bien, no tenía por qué sentir temor. Venía especialmente recomendada por el doctor Galíndez, que atendiera al joven Haedo Posse durante toda su enfermedad.



Un rato después conversaba con la dueña de casa.











José Luis Haedo Posse, tal como lo dijera su madre, no había tenido nunca mal carácter. Pero después que una inesperada enfermedad lo redujera a los estrechos límites de un sillón de ruedas, todo había cambiado para él.



Se volvió hosco. Se encerró en sí mismo. A los veinticuatro años, se hallaba recubierto de un pesado caparazón que le impedía comunicarse con la gente.




Desde el primer momento se había opuesto a la idea de tomar una persona que se ocupara exclusivamente de él.
(Y menos si esa persona es una chica joven y bonita.)


Pero, como siempre, su madre había impuesto su voluntad.
(Ahora me arrepiento de haberme dejado convencer. Tendré que ser amable aunque me cueste...)


No le costó, sin embargo. Silvia actuó ante él con una naturalidad que no le pareció fingida, y no se mostró ansiosa por captarse su voluntad como hacía todo el mundo, sino que lo dejó tomar la iniciativa.


(Como en los viejos tiempos...)


Al cabo de unos días todo marchaba bastante bien. No hablaban mucho, porque José Luis era muy cerrado para las confidencias, pero la relación parecía encauzarse poco a poco por las vías de una linda amistad que a él lo ayudaba mucho.


¿No te molesta tener que pasarte aquí todo el día? No dispones de mucho tiempo para ti misma...
Esto es para mí com una vacación. Mira este parque arbolado y este césped apena húmedo y este cielo tan azul que casi la tima...


Todo es tan gloriosamente distinto al pesado clima del hospital...
Pero tendrás familiares o amigos a quienes quieras ver...


Mi familia no vive aquí. Y en cuanto a los amigos, casi puedo decir que no los tengo. Cre que me he dedicado con demasia do esmero a mi profesión.


¿Y no te sientes un poco sola?
—A veces. Hay momentos en que me asalta la sensación de que no estoy viviendo para mí. Pero me cuesta mucho entablar una amistad, hablar de lo que me lastima, contar mis cosas...


—No lo parece, sin embargo...
¡Oh, contigo es distinto! Tú estás atravesando por una situación muy especial, y eso me hace mirarte con otros ojos. Pero el día que te cures seguramente seré tímida también contigo.

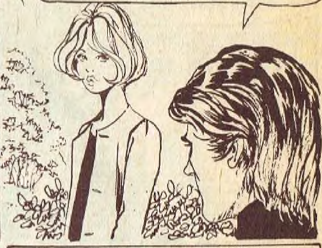

José Luis bajó la cabeza. Una sombra muy densa le oscureció la cara.
No te preocupes. Yo no me curaré.


Pero el doctor Galíndez me dijo...
El doctor Galíndez es una persona muy bien intencionada, que cree que, para lograr un milagro, basta con desearlo fervientemente.

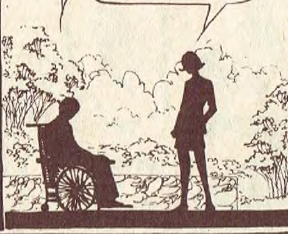

No se trata de un milagro. Hay una operación...
Una operación en la que yo podría ganarlo todo o perderlo todo.


¿Y tú no crees que valdría la pena?
No. No lo creo porque soy un cobarde que ama la vida desesperadamente. No quiero arriesgarla. Prefiero vivir así y no morir heroicamente en la sala de operaciones.


Pero las posibilidades a favor...
Las posibilidades a favor no alcanzan a darme el coraje que me falta. Y no quiero hablar más de esto. No quiero hablar más de mí. Lo que yo sienta, sueñe o espere no tiene por qué importarle a nadie.


Yo creí que era tu amiga...
No quiero lastimarte. Pero trata de comprenderme. Recién hablabas de que te cuesta mucho comunicarte con la gente cuando se trata de hablar de ti.


A mí me ocurre lo mismo. Sobre todo cuando, como en este caso, se trata de analizar las razones de mi debilidad y mi cobardía.


Y sin embargo, aunque tú no lo creas, me haría mucho bien hablar de ello. Aliviarme, sacar del alma todo lo que me pesa y me lastima.
Trata de hacerlo...

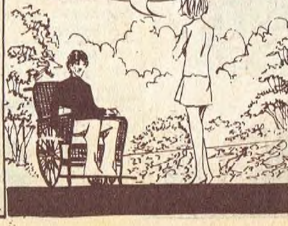

Sería inútil. Cada vez que lo he intentado un nudo me cierra la garganta y la voz se me vuelve torpe y distinta. Y es esa voz extraña, que no me pertenece, la que no puedo soportar saliendo de mis labios.


Pero te pido que no te enojes por eso. Yo te estimo. Me siento a tu lado mucho más comodo que con cualquier otra persona.


¿No me contestas?
Estaba pensando...


¿En qué?
Conozco una revista que tiene una sección dedicada a entablar puentes de amistad entre personas que por alguna razón no pueden comunicarse de otra manera.


No te entiendo.
Se trata de una página donde uno puede mandar su dirección y algunos otros datos, pidiendo correspondencia. ¿Has entablado alguna vez una relación así?


Nunca.
Pues éste sería el momento de hacerlo. A una persona de la que sólo conoces su alma a través de sus cartas te resultará más fácil confiarle tus secretos.


¿Tú crees?
Pienso que tiene que ser así. De todos modos, no pierdes nada con intentarlo. Si quieres yo misma puedo enviar tu pedido a la revista. Después de eso sólo tendrás que esperar.


No fue mucho lo que José Luis esperó sin embargo. Dos semanas más tarde recibía la primera carta.
(Parece letra de mujer...)


La carta le pareció fresca y llena de dulzura que lo ganó desde la primera línea. Su remitente se llamaba Marcela y tenía veinte años.
(Le contestaré enseguida.)


Ese fue el comienzo de una extraña amistad. José Luis llegó a esperar con verdadera ansiedad las cartas de Marcela y parecía que a ella le sucedía otro tanto, porque contestaba la correspondencia apenas recibida.


Silvia observaba la mejoría en
carácter de José Luis con evide
agrado, y llevaba las cartas al
rreo con la misma prisa que si
tratara de correspondencia suy
¿Llevas la carta?
Sí. La despacharé ensegu


Cosa extraña en una mujer, nunca preguntaba nada acerca de Marcela. Se contentaba con las confidencias que él quisiera hacerle acerca de ella.
(Pero debe darse cuenta de que, al hablar de lo nuestro, me guardo mucho para mí.)


José Luis, en todo ese tiempo, había aprendido a admirar a Silvia por todo lo que valía. Muchas veces, cuando a pedido suyo le leía algún libro, él se quedaba muy quieto mirándola.


(Es buena, hermosa, dulce...)


Se sorprendía entonces al descubrir una intensa emoción que le humedecía de ternura la mirada. En el transcurso de esos pocos meses, Silvia había llegado a ser imprescindible para él.


(Pero hay ahora en mi vida otra cosa de la que no puedo prescindir.)


(Marcela. Su alegría, su comprensión. Esa forma casi imperceptible en que se me ha metido en el alma.)


Todo esto se le antojaba muy extraño y un poco irreal. No conocía el rostro de Marcela, porque ambos habían convenido no enviar
se fotografías.
(Pero no necesito conocerlo. Me basta con imaginármelo. Un rostro hermoso y amable como toda ella...)


Entonces la emoción y la ternura se volcaban hacia la muchacha de las cartas, como si sólo ella existiera en su hasta hacía poco opaco universo.


(Todo ha cambiado demasiado para mí. Esa debe ser la causa de la tremenda confusión que tengo en el corazón en este momento.)


Marcela, entretanto, parecía haber cifrado en esas pocas cartas sus mejores esperanzas. José Luis lo notaba al leerlas a solas en su cuarto. Ella escribía con el alma, dejando en cada frase un poco de sí misma.
(Parece corresponder a esta emoción que yo mismo no sé cómo explicarme...)


El le había contado de su enfermedad, de las esperanzas de su médico, de su insuperable cobardía. En largas y afiebradas carillas, José Luis volcaba todo hacia ella, le entregaba la parte más oculta y remota de su espíritu.

Una tarde, en la clínica del doctor Galíndez...

Doctor, la señora de Haedo Posse pregunta por usted.

Que pase de inmediato.

(Haedo Posse... Espero que algo haya aclarado el horizonte de ese muchacho.)

Pero las noticias que la madre de José Luis traía no eran las que el doctor Galíndez confiaba escuchar.

¿De modo que aún no se ha producido la reacción que esperábamos?

Creo que la presencia de Silvia, lejos de alentarlo a superar su enfermedad, ha sido contraproducente. No puedo explicarme por qué, pero ha habido un cambio profundo en su carácter.

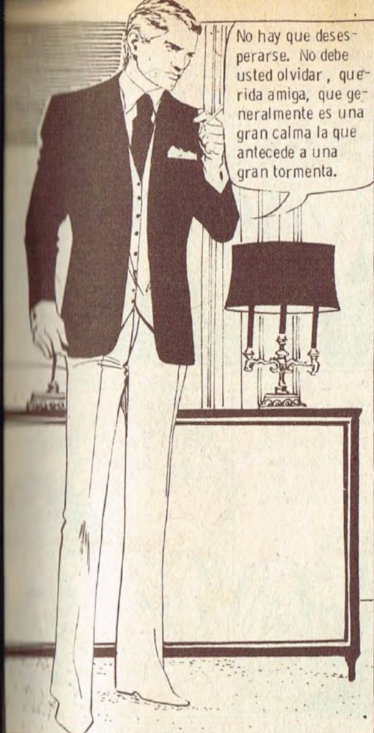
¿Qué clase de cambio?

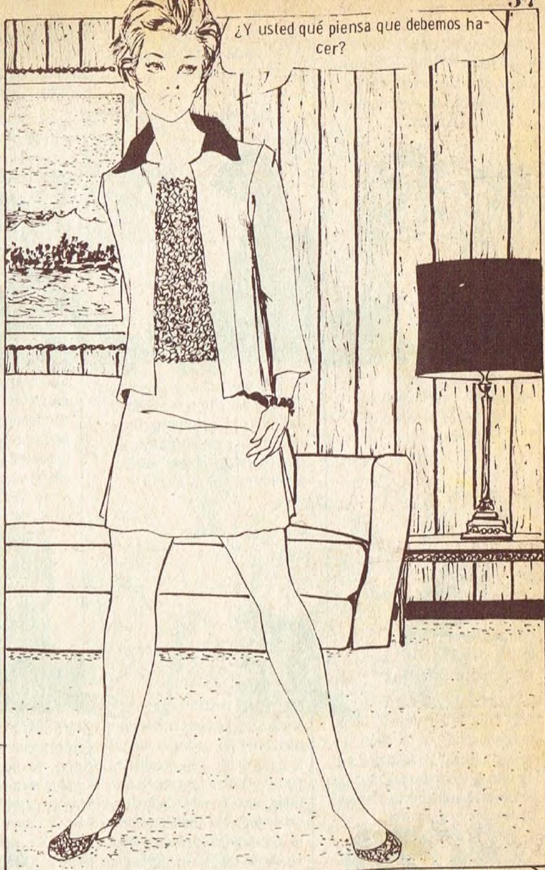
Antes, José Luis se había tornado agrio e impaciente. Pero esa intolerancia y ese malhumor eran para mí una prueba de que no se había conformado con su suerte. Ante aquellos arranques de ira de mi hijo yo sentía renacer la esperanza de que algún día reaccionara.

Pero desde que Silvia llegó a ca sa, el carácter se le fue dulcifi cando. Ella es muy suave, muy paciente, muy mansa. Todas es cualidades parecen haber sido asimiladas por José Luis. Y es esa mansedumbre la que yo no puedo soportar ahora.

No sé si usted me comprende. Nosotros hicimos venir a casa a Silvia, una muchacha bonita, joven, vital, y la ubicamos cerca de mi hijo esperando que, tarde o temprano, él se sintiera impulsado a querer sanar, a arriesgarse, a afrontar el peligro de la operación con tal de caminar de nuevo.

Pero no ha sucedido nada. Sólo una enervante calma de la que no alcanzo a comprender el por qu











En el parque que rodeaba la casa de los Haedo Posse, un vientecillo fresco parecía anunciar la proximidad del otoño. José Luis no lo sentía, sin embargo. Días atrás, creyendo ver claro en su conciencia, le había escrito a Marcela una carta decisiva.




(Le dije que la amaba. Y yo sé que no me he equivocado. Ella es el amor, y Silvia una buena amiga por la que sólo me siento atraído por la complicidad de las circunstancias...)


Impaciente, José Luis esperaba la llegada de Silvia, que había ido por el correo.
(Allá viene...)


Casi le arrancó la carta de las manos. No se preocupó por la mirada de la muchacha mientras él destrozaba el sobre en su prisa por abrirlo.
(Tiene que aceptarme. Yo sé que ella me ama. Si es así me atreveré a operarme y...)


Las manos le temblaban viole
mente cuando desplegó el pap
Alcanzó a leer algunos rengl
nes, pero el viento le molesta
ba y sacudió las carillas, dem
siado nervioso para sostenerl
debidamente.


Fue entonces cuando una brisa más fuerte que las demás se las arrancó de las manos.


Silvia, que había estado de pie delante del sillón todo aquel tiempo, se inclinó a recogerlas en el preciso instante en que él trataba de atraparlas en el aire.


Sus brazos se rozaron. José Luis sintió entonces un sacudón tremendo. Algo como despertarse de golpe después de haber estado mucho tiempo adormecido. Silvia se había arrodillado frente el sillón y permanecía así.


Después, impulsada por esa misma fuerza que lo mantenía a él con los ojos clavados sobre ella, levantó la cabeza y lo miró.


José Luis se estremeció. Dentro del pecho, su corazón, como un animal furioso por su encierro, pugnaba por buscar la libertad subiéndole a empellones por la garganta.


Entonces, instintivamente, los dos se buscaron las manos a tientas sobre la manta a cuadros. Se encontraron los labios. El amor callado, casi ni adivinado durante todo ese tiempo reventó entonces de pronto, como se abren las flores nocturnas en los atardeceres de verano.


Pero José Luis no se atrevió a pronunciar su nombre. En su alma, la imagen de Silvia y aquella otra presentida de Marcela se superponían empecinadamente.


Ella se apartó suavemente, y él permaneció con la cabeza baja.
Perdóname. No sé qué me pasó
Me he comportado como una m
la persona.


Yo no pienso lo mismo. Creo que lo que acaba de suceder ha sido hermoso, perfecto, lleno de la insuperable pureza de un milagro.


¿Pero es que no comprendes que lo que hay en mi alma es una negra confusión que me desespera?


¡José Luis!


Tú y Marcela. Marcela y tú.
¿Por qué, Dios mío, ambas
se me confunden y se me hacen
absolutamente imprescindibles?
¿Es posible acaso amar a dos
personas a la vez?
Escúchame...

Oyeme tú a mí. Quiero que ahora te vayas. Quiero que me dejes solo para que pueda sentirlas lejos a las dos y tratar de aclarar este infierno de dudas. Perdóname. Perdóname porque tal vez estoy rompiendo la parte más hermosa de tu vida.

No levantó la cabeza. La escuchó irse lentamente, pisando las primeras hojas secas que habían comenzado a tapizar los senderos del parque. Sintió sus pasos rítmicos y leves hasta que el eco se perdió y sólo quedó el silencio.

Casi enseguida, otros pasos, más ligeros, más firmes, resonaron cerca de él. José Luis pareció no escucharlos.





































No le costó imaginar a Silvia inventando aquello de la revista y del poste restante. Su dirección nunca había salido de sus manos. Silvia se había limitado a escribirle y a esperar respuestas, que con seguridad leía cuando simulaba ir al correo.

(Por eso nunca me preguntaba nada acerca de Marcela...)









LAS CÁRCELES DE MI ALMA

Por NOEL MCLEOD

Dibujos de HAUPT

La celda está silenciosa, silenciosa como una gran piedra,l
es al fin y al cabo. Una gran piedra húmeda y gris, llena d
bras y de pesadillas,como si toda la miseria del mundo se an
en esas tinieblas.



Me duele mi cuerpo torturado y es inútil que trate de buscar valores morales que me hagan sentir virtuoso y heroico. Los puntapiés en las costillas matan el heroísmo mejor que una bala.



(Ahora me fusilarán ... y bien... ¡Por Dios! Que terminen pronto...)



Afuera es otro mundo el que existe. Un mundo
botas y correajes de cuero y un idioma alemán
cerante como un látigo de hierro. No es el idi
de Heine o de Goethe. No.



No. Es un idioma bárbaro,de vocales y consonantes extrañas, un alemán de Gestapo y de odio. Un idioma alemán que nunca oyó hablar de las riberas del Rhin, de los tilos de Berlín o de la alegre cerveza de Munich,sin brazalete.



¿Preparado, Herr Dupré? ¿Preparado para su fusilamiento?



Es mi carcelero y mi pesadilla. El Obersturbandführer, o algo así, Luckacz, un mestizo polaco-alemán,que,como todos los mestizos,defiende la pureza de la raza con más rabia que cualquier aristócrata.



Tal vez lo fusilemos mañana, Herr Dupré... o tal vez hoy.



¿Miedo? Claro que tengo miedo. Yo crec
en un mundo claro y simple,de notas ne-
gras y blancas,que,al unirse,crean un m
do duro y perfecto de música. Yo soy un
sico y ahora no importa. La música no es
na armadura.



Usted no debió jugar al guerrillero, Herr Dupré. Esto le costará el fusilamiento. Tal vez hoy..., tal vez mañana...

Se ríe y se va. Vino solamente para sembrar su miedo en mí. Nadie me ha conocido mejor que este hombre cruel y estúpido. Tras cuatro meses de torturarme, ¿qué no sabe él de mí?

(Y me fusilarán... hoy... o mañana... Algún día...)

(Y encima golpean las paredes. ¿Es que no me dejarán descansar nunca?)

El golpeteo en la pared sigue y por fin me siento a punto de aullar.



(Pero ... un momento... Los golpes son rítmicos... como si fueran... como si fueran Morse...)



(A ver... Contestemos...)



("Mi nombre es Alain Dupré. Soy músico y estoy condenado a muerte.")



Y el golpeteo respondió. Un eco estúpido que de pronto se convirtió en una tabla de salvación a la cordura.

("Mi nombre es Marianne van Karsten. Soy holandesa y también estoy condenada a muerte.")



Y así comenzó ese diálogo de piedra golpeada entre dos condenados no solamente a muerte sino también a la humedad, a la piedra y a ese idioma sin poetas que laceraba los oídos.



Venga, Herr Dupré. Tenemos alguien que quiere hablar con usted.



Me gustaría gritar y pedir piedad, de pronto me encuentro cómo el atleta a quien sólo mantiene en pie la fe de sus admiradores. Trato de ser valiente y me pongo en pie.



El alemán arruga el ceño intrigado. Yo debería estar deshecho. El no sabe que un sutil insecto de pared golpeada y de nombre femenino se ha filtrado en mi mundo de piedra golpeada y ha roto la cáscara de dolor y de terror con la que me envolvieran.



Como de costumbre, Herr Dupré, queremos los nombres de los otros miembros del servicio de espionaje del cual usted formaba parte.




Debe haber más, Herr Dupré.
Debe haber más...
No.


Debe haber más, Herr Dupré.


Y grito. Grito con todas mis fuerzas, como si ese grito fuera un pájaro que volara bíblicamente a algún sitio perdido y que tal vez me trajera ayuda, alivio o que por lo menos me aturdiera.


Usted no es razonable, He
Dupré.


Llévenlo.


Me arrastran a la celda. No pienso en nada y tengo pegado en mis narices el olor de betún de las botas y el olor dulzón y malsano de mi propia sangre.


Y sin embargo no me desmayo en la celda. Necesito aferrarme a esa pared húmeda y al misterio tibio que se agazapa al otro lado.


("He vuelto.")


Y tras un silencio vuelve la respuesta.
(Me pregunta si fue malo. ¿Qué haré? ¿Decirle la verdad?)


("No. Fue apenas un interrogatorio. Nada más.")


Espero y tras un largo rato vuelve la respuesta.
("Querido mentiroso...")


Y así cada día el golpeteo de la pare
me trae la mano amiga, el aliento n
cesario. El seco sonido se vuelve u
pájaro de libertad en el cual huimo
lejos de esa cárcel humana.


Del otro lado de ese muro está Marianne van Kersten, de veinticinco años, maestra, miembro de la resistencia holandesa, una mujer sin rostro, sólo un ruido.


("Si no te hubiera conocido habría enloquecido. No hubiera tenido fuerzas para resistir. Y sin embargo ahora puedo.")


Me gusta tu nombre.
Marianne...Marianne...


¿Y, Herr Dupré? ¿Qué tal si lo fusilamos hoy?


Pero mi carcelero no me asusta. Harapiento, escuálido en mi rincón, me arranco los piojos y le sonrío. No tengo miedo. Tengo un secreto y desde el momento que un hombre tiene algo que atesorar ya no puede ser quebrado.


Marianne está golpeando.
¿Qué dice?)


(La ... la vienen a buscar. Están abriendo la celda.)


(Oh, Dios... Que no... Que no le hagan daño.)


(Oh, no...)


No. Déjenla.


¡Déjenla!


La celda está más silenciosa que nunca, más húmeda que nunca y yo sollozo con el rostro contra la piedra helada, sollozo mordiendo ese nombre de mujer querida a la que nunca he visto.


Y de pronto...
(Ella golpea. ¡Está de vuelta!)


os golpes son débiles y desparejos, y
veces se interrumpen como si no
uviera más fuerzas para continuar.
penas un interrogatorio. Solamen
le hicieron preguntas...)


Las lágrimas me queman los ojos, y el odio y la rabia y la impotencia queman el alma.
("Mi querida...Mi querida mentirosa.")


Y el golpeteo otra vez.
("Pon tu mano contra la pared. Yo haré lo mismo. y fingiremos que nos tocamos.")

("¿Sientes mi mano?")

(Sí. Sí la siente. Me dice que la siente... y ahora dice...)

(Te quiero. Te quiero. Te quiero.)

Día tras día. Humedad tras humeda
Golpe tras golpe. Y a través de los g
pes vencemos a la cárcel, a la Gest
al idioma alemán sin poesía, a todo
maldito mundo de horror que nos r
dea.

Un día la guerra terminará (¿cuándo?) y saldremos de nuestras tumbas de piedra (¿cuándo?) y estaremos frente a frente, mi mujer desconocida, mi amada invisible y yo (¿cuándo?).

Y de pronto, un día...

(No contesta. No contesta...)

(Marianne...Contesta...¡Contesta!)

¡Contesta!

Pero las paredes siguen mudas, y es inútil que me rompa los puños contra ellas, y es inútil que aúlle como un loco.

¡Marianne! ¡Marianne!

Marianne...

Desde ese día todo es silencio, un silen
cio lleno de fantasmas, de memorias, d
desesperanzas. Analizo en mi memoria l
los golpes en la pared de la misma maner
que se analizan las inflexiones en la voz
un ser amado.

Pero... abren la puerta.

La luz...


Y una voz extraña gruñe...
Afuera, viejo. Se ha acabado todo.

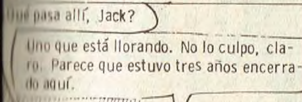

¿Ingleses...?
Casi lo mismo, viejo. Somos americanos. Francia ha sido liberada.

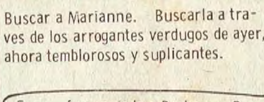

¿Y la guerra?
Sigue pero ahora en Alemania y pronto se terminará.


Por favor, querría ir a aquella celda.
¿A esa celda? ¿Para qué?


Por favor. Una amiga mía estaba allí. Por favor...
Está bien. Está bien.


Es una celda igual a la mía y nada me dice. Apenas una covacha de piedra.


¿Qué pasa allí, Jack?
Uno que está llorando. No lo culpo, claro. Parece que estuvo tres años encerrado aquí.

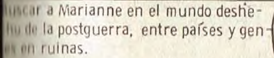

Buscar a Marianne. Buscarla a través de los arrogantes verdugos de ayer, ahora temblorosos y suplicantes.

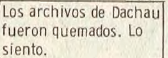

Sólo en la pared hallo la marca de su paso, algo que certifique que no ha sido un sueño.
MARIANNE
y
ALAIN

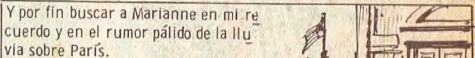



Fue... fue enviada a Dachau. Por favor... Una hermosa muchacha... Nosotros cumplíamos órdenes. Iba a ser juzgada allá.




Buscar a Marianne en el mundo deshecho de la postguerra, entre países y gentes en ruinas.


Los archivos de Dachau fueron quemados. Lo siento.


Y por fin buscar a Marianne en mi recuerdo y en el rumor pálido de la lluvia sobre París.









Y en las noches, en la soledad de los cuartos, todos ellos iguales a mi celda, me preguntaba si realmente había conseguido huir de ella y aguardaba un golpe en la pared que me lo probara.


las paredes están mudas. La cár-
alrededor mío.


Y en cada concierto, al saludar al públi co busco con los ojos ese rostro que nun ca vi. Inútilmente.


golpeo el atril con mi batuta
alertar a la orquesta. Y automá-
repito en aquel código car-
el nombre que me persigue.
... Marianne...


(Y ahora...)


(Pero...)


El sonido viene desde detrás mío, de la primera fila. Un golpeteo casi inaudible pero claro como un toque de clarín para mí. Mi cerebro enfermo de nostalgia traduce casi instantáneamente.
("Soy yo, Alain. ¿Te acuerdas de mí?")


batuta golpea otra vez el atril.
("Por fin... ¿Por qué has tardado tanto?")


No me doy vuelta. No aún. La gloria que me envuelve es demasiado grande. No. Quiero sentir esta presencia a mis espaldas. La miraré cuando todo termine, cuando vaya junto a ella, cuando tome sus manos.

Y con una explosión multicolor, con una explosión formidable y perfecta, la música se abre en el aire, un gran abanico de luz, y al mismo tiempo puedo oír el estruendo fragoroso de todas las cárceles del mundo derrumbándose alrededor mío.











—Veo que su esposa ya ha sacado el registro. . .





—Me gusta tu nuevo corte de pelo. . .

VIAJE ALREDEDOR DE NURIA

Por PIER MICHELE




mirar un cuadro es ver una her-
combinación de colores, o el alma
de su creador... o es iniciar
con destino incierto.
una entrevista a toda costa, Gaby.
la pintora premiada o la mu-
bonita que es?


Soy un periodista, lo mismo que tú, sólo busco una buena nota. Deséame suerte con Nuria Poncela.
Cuenta con mi mejor deseo. Si es realmente eso lo que te impulsa a ella, Gonzalo.


Muestra Anual del Museo de Arte Moderno, en Barcelona. Todas sus obras habían merecido elogios y una el galardón más alto. Quise decir algo ingenioso para ganarme su simpatía, pero, ante su rostro de magnética belleza, apenas balbuceé:
¿Contenta con el triunfo?


primera participación en un cer-
y supongo que el premio hará
ofertas suculentas sobre
producción.


No quise escribir eso en mi libreta de apuntes. Uno se imagina menos materialista a un artista.
¿Dónde estudió pintura, señorita Poncela?
Soy autodidacta.


Y ahora, si me disculpa, debo irme a mi casa. Buenas tardes, señor...
Gonzalo Casares. Podrá leer mi crónica en el diario "El Sol", mañana.


turulato? Es de verdad un bello
femenino.
una mujer extraña, Gaby. Me ha
mostrado una cara distinta al alma
que trasuntan sus ojos.

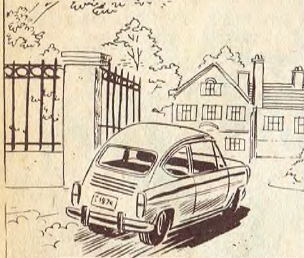

Me detuve ante su cuadro. Lastimaba. Era como un grito de desesperación o rabia. Un estallido de colores que me provocaba lejanas reminiscencias de algo.
Tiene técnica y talento, pero el estilo me resulta familiar.


Quizás tuvo un maestro de la vieja escuela, Gonzalo.
Me dijo que se hizo sola. De pronto siento un enorme interés por conocer a fondo a Nuria Poncela.


picado el bichito del amor?
eso, Gaby. Tengo la sensación
estar ante un camino por el que
gustaría iniciar un largo viaje.
¿Sabes qué haré?


Feliú, el director del diario, era un tipo amante del arte. Lo convencí para que adquiriese una de las telas.
Quedaría magnífica en la recepción y el precio no debe ser muy caro. Se trata de una pintora novel, ¿verdad?
De acuerdo, Gonzalo. Pero no tengo tiempo para ir a verla.


¡Iré yo, señor Feliú! Vive con su padre en una vieja casona de Vich. ¡Le elegiré algo muy bueno!


Quedaba en lo alto de una colina, en esa ciudad que está al norte de Barcelona. Un antiguo bastión que debió conocer tiempos mejores.


Alguien desea verla, señorita. Se anunció como Javier Feliú.
Hágalo pasar, José.


¿Usted? Pero, mi mayordomo d
Vengo en representación del hombre que mencioné y no como periodista. El es mi patrón y quiere adquirir un cuadro.


Me señaló un sillón y nos sentamos. Parecía trémula y asustada cuando alargó el catálogo de los cuadros.
Usted ya los conoce, señor Casares. Dígame cuál elije y hablaremos del precio.
Preferiría observarlos otra vez.


-¿Los tiene en su atelier, señorita Poncela?
Sí, queda en los fondos de la casa. Transformé en eso lo que antes era el invernadero.


¿Quién es este hombre, Nu
Un posible comprador de mis cuadros, papá.


El viejo estuvo mirándome sin hablar. Como si estudiara al extranjero que llegaba a interrumpir la paz de un país silencioso. Acaso el que habitaba con su hija. Cuando se fue...
Recuerdo a su padre por las fotografías que publicaba mi diario hace unos años...


... cuando era un conocido anticuario y poseía un salón de exposiciones de arte cerca de la Plaza del Rey, en Barcelona.
¿Quién está con Nuria, don Tomás?


Es un comprador, no te alarmes. Llegar muchos ahora. Vuelve a tu habitación, m chacho.


Papá se deshizo de ese negocio cuando comenzó a darle pérdidas, señor Casares. Ahora vive retirado aquí.
Pero debió influir en su vocación de pintora. ¿Puedo o no ir a su atelier a ver esas telas?


Antes de subir a mi cuarto pasaré por el atelier, don Tomás, debo lavar los pinceles.

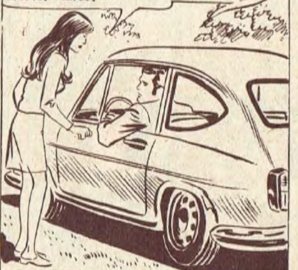

(Lázaro ha cometido la imprudencia de sali sabiendo que hay un extraño en la casa. N cesito hacer tiempo.)


caigo en la cuenta de que no lo
atendiendo como es debido, señor
Hay que tratar bien a los clientes,
dice mi padre. ¿Toma vino?


Mi viaje alrededor de Nuria comenzó ahí. La sabía hermosa de antes, pero a la segunda copa se me transformó en lo más deseable que conociera.
¡Al diablo con los cuadros! Es a usted a quien me gustaría comprar.


... si es que no tiene dueño, Nuria.
Ya sospechaba yo que este vino de solera no es apto para los que no están habituados a beberlo. (Lázaro sigue en el atelier.)


deshizo de mi mano con un gesto
, me quitó la copa y me guió
hasta la puerta.
no está en condiciones de ver
Regrese a Barcelona y aguar-
próxima invitación a venir aquí.
Me juzga usted mal.


Estoy sobrio.
Pruébelo llegando sano y salvo a su diario. Adiós.


La vi perderse por el espejito retrovisor, mientras buscaba el portón de salida del caserón. Y vi algo más...
(Un hombre sale del atelier, y no viste como un criado.)


imprudente tu actitud, Lázaro. Ese
pudo verte.
siento, Nuria. Me sentía enclaustra-
arriba. Quise bajar y oír lo que habla-
contigo. ¿Compró algo?


(Parecía joven y apuesto. Ella le dio la mano y entraron juntos a la casa. ¿Quién diablos será?)


Le conté todo a Gaby, y me preguntó si no había visto visiones por el efecto del vino.
Me despejé en cuanto ella me despidió de su lado. ¡Ese tipo existe! Y averiguaré quién es.
¿Sientes celos de él, Gonzalo? ¿No vas muy de prisa con Nuria Poncela?


Jamás te vi así por ninguna mujer.
jamás conocí una como ella.
llena de misterios. Uno es ese
de su pintura que me recuer-
de alguien que no logro preci-


Gaby me miró con una expresión indiscernible. Parecía desilusionada de una esperanza que nunca se animara a confesarme. Su voz sonó triste cuando dijo:
"El Sol" tiene un buen archivo de arte; si le echas un vistazo podrías salir de dudas. Puedo ayudarte cuando termine mi tarea.


¿Qué haces aquí en lugar de haber ido a avisarme si compraste algo a Nuria Poncela, Gonzalo?
Busco un dato, señor Feliú. Pero tardo en hallarlo. Seguiré hurgando mañana entre estas telarañas hasta dar con él.


No pude porque Nuria me telefoneó en la tarde siguiente. "Si está sobrio venga a mi casa de Vich", dijo.
Ahí está ese periodista, hija. Obra con cuidado.
Sí Lázaro no baja nada pasará.


Iremos a ver los cuadros ahora mismo, señor Casares.
Antes deberá responderme a una pregunta, Nuria. La que le formulé ayer: ¿tiene dueño?

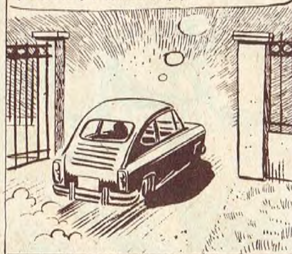

Quiso sonreír y no pudo. Hablar y se qu
muda. Sus pasos me guiaron hasta el
nadero-atelier. Las telas estaban allí,
trando ese estilo que me preocupaba. Y
inconclusa, descansaba sobre el trípode
Me gustaría verla pintar. ¿Se anima a
seguir esto en mi presencia?


¿Qué se propone probar con eso?
Nada. Sólo se me ocurrió la idea. Sería la primera vez que vería a un artista en su tarea cotidiana.


Me intrigó ese miedo que le hizo palidecer las mejillas. Sus manos temblaban cuando movió los cuadros para que eligiese uno. En ese viaje que yo daba a su alrededor, fue una curva imprevista.
Al señor Feliú le gustará éste. ¿Cuánto vale?


(Nuria sigue con ese hombre. Será el pri
comprador. El primer dinero que sacará d
esas telas. Y el primer riesgo.)


No fue muy alto el precio. Salí con el cuadro y lo coloqué en el auto.
El cheque le llegará mañana.
No hay tanto apuro. Descuento la solvencia de su patrón. Y espero le guste su adquisición. Buen viaje y adiós.


(¿Adiós? Ignoras una cosa, Nuria: estaré en tu casa dentro de un momento. Había dos aromas en ese atelier: a pinturas y a tabaco de pipa.)


Dejé el auto entre unos árboles, al bor
del camino. Rodeé el caserón de los Po
cela y salté la tapia. Anochecía.
(Hay luz en el atelier.)

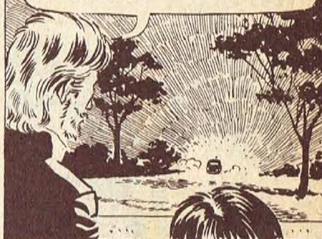

¿Te sientes mejor ahora, Lázaro?
Sí, Nuria.


Eso me alegra mucho. Bien sabes que tu felicidad es la mía. Te quiero y...


¿Y ese ruido?
(¡Es el mismo hombre que vi ayer! ¡
escapar antes que adviertan mi pres
cia!)


huye, Nuria! Debió vernos y oírnos.




¡Inútil saber quién era! Tenía su auto cerca y se aleja en él.
¿Qué estaría haciendo dentro de la casa como un ladrón?


nada más que eso. No hay por qué
Lázaro. Nadie sabe que tú... ¿y eso?


(Un encendedor con iniciales. "G. C". ¡Gonzalo Casares!)


Feliú colocó el cuadro en la recepción del diario. Y me probó que tenía buena memoria al día siguiente.
¡El estilo de Nuria Poncela se parece al de aquel pintor que ganó, hace años, el premio "Iniciación", en París. ¿Cómo diablos se llamaba?


Kovacs!
Sí, Gaby. Lo recuerdo. Nues-
agencia nos envió fotografías de sus
Y poco después llegó otra noticia referente a él.


Bajamos al archivo. La foto de Kovacs mostraba a un hombre parecido al que viera en el caserón de Nuria, sólo que ahora usaba barba y cabellos largos. Gaby leyó aquella "otra noticia".
"La mujer hallada muerta trabajaba de modelo para Lázaro Kovacs, con quien fue vista viva por última vez..."


"... pero la policía no pudo dar con el pintor. Se supone que huyó para eludir a la justicia." ¿Cómo era ese hombre que viste en casa de los Poncela, Gonzalo?
Prefiero no hablar de eso, Gaby.


hallaba un abismo insalvable. ¿A-
a saltar o simplemente quedarse
de la duda? Esa noche no podía
Hasta que sonó el teléfono.
es? ¡Nuria! ¿Cómo supo el número de mi casa?


Llamé a "El Sol" y me lo dieron. Olvidó algo en mi casa, señor Casares. Si se molesta en venir a buscarlo me gustaría entregárselo personalmente. ¿Lo espero?


(Sabe que yo estuve allí, husmeando, y que debí ver a Lázaro. Lo que ignora es que también sé todo lo demás. ¿Por qué protege a un presunto asesino?)


La conjetura me surgió rápido. Cuando estuvimos frente a frente dejé que hablara primero. . .
¿Descubrió ya que no soy la autora de los cuadros?
Lo descubro ahora que me formula la pregunta. ¿Los hizo Lázaro Kovacs?


Sí. Es una extraña historia la que justifica su permanencia aquí. ¿Se la cuento?


Nos sentamos uno junto al otro. Podía o respiración inquieta. Imaginar la calid su piel que parecía temblorosa. -Estábam padre y yo en La Molina- dijo-, el veran sado, descansando. Una tarde salimos de cursión y la tormenta nos sorprendió lejo del hotel.
¡Nos hemos extraviado,


-En lo alto de la colina hay una cabaña. Si llegamos a ella estaremos seguros. Tómate de mi mano, papá.
Mis piernas no responden y el agua enloda el sendero. Creo que voy a...


¡Papá!


"Grité enloquecida de terror cuando s que se había quebrado una pierna; un cano arroyo, hinchado por el torrente bajaba de las montañas, amenazaba an el sitio. Hubiésemos muertos los dos d aparecer él."
¿Quiénes son ustedes


Nos perdimos en la tormenta. ¡Ayude a mi padre!
Lo subiremos hasta mi cabaña.


"Vendó su pierna y evitó un mal mayor. Durante dos días estuvimos con ese extraño ermitaño que habitaba el páramo. Al tercero mi padre descubrió la pintura sobre la pared..."
El que la hizo tiene talento. ¿Fue usted?
Sí. Soy Lázaro Kovacs. ¿Han oído hablar de mí?


Huí de París cuando me vi envuelto en aq crimen. Todo me acusaba. Aquí me supon seguro hasta que llegaron.
Fue usted quien llegó a nosotros, Lázar Mi padre le debe la vida. No lo denuncia remos.


Resolvimos ofrecerle el amparo de esta casa y aceptó. Los días se le hacían interminables y resolvió volver a pintar. Me fui enamorando de él y...
Comprendo, Nuria. Y la idea debió ocurrírsele a su padre entonces: podía usar esos cuadros para salvar su mala posición económica.


¡Usted los firmaría y los presentaría en la Muestra Anual de Arte Moderno! Tomás Poncela estaba seguro del éxito y de las buenas ventas que harían.
¡Cállese usted!


Sentía rabia, lo juro. Y todo porque ella había dicho: "Me fui enamorando de él". Pero mi conjetura pareció enojarla. Alzó el tono de voz y él debió oírla desde arriba.
¿Qué sucede, Nuria?
¡Lázaro!


todo! Lo que ella contó, y lo que
¡Se equivoca respecto a los
Fui yo quien quiso exponer para
luego y pagar de ese modo la hos-
que me brindan.


Déjalo, Lázaro. El sabe ahora la verdad. Estamos en sus manos. Vuelve a tu cuarto.
Si piensa hacer la denuncia, le pediré algo: no comprometa a esta buena gente.


Nuria me acompañó afuera. Pálida y gris, como un otoño anticipado. Ya no había esperanzas para mí. Mi viaje a su alrededor concluía. Era de otro, del hombre que yo podía eliminar sin obtener más desquite que apartarlos.
Yo creo en su inocencia, señor Casares.

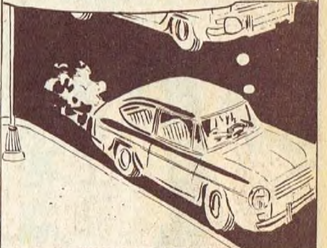

lo ama. Con todo, debo decirle algo,
olvidaré todo lo que sé. No he visto
Hasta trataré de olvidarme de usted.
será lo que más me costará.


Gracias.


Me fui antes de que el arrepentimiento me obligara a echarme atrás. Volé por el camino a Barcelona. Y al día siguiente no fui al diario.
¿Qué diablos pasa con Gonzalo, Gaby?
No ha llegado aún, señor Feliú. ¿Le telefoneo a su casa?


Gracias a él tendremos una primicia muy pronto.
él, que vio a ese tipo en casa de los
a mí que se lo conté a usted.
mérito compartido el que obtendremos.


No quise atender, pero lastimaba mis nervios la campanilla del teléfono.
Sí, Gaby, estoy aquí. ¿Qué pasa? ¿Hiciste eso...? ¡Pues no debiste hacerlo! ¡Que suspendan todo! Ya mismo salgo para allá.


(¿Qué la impulsó a Gaby? ¿Indiscreción de mujer o rabia de quien, al saberme prendado de Nuria, halló un medio de desquite perjudicándola?)


trató de calmarme. Lo que habían he-
esto: comunicarse con nuestra a-
en París para pedir datos sobre aquel
del que acusaban a Lázaro.
es una nota, Gonzalo. El estilo
muchacha es el de Kovacs y tú viste
extraño en la casa. ¿O no?


¿Qué supone usted acerca de todo? ¿Actúa de investigador?
El puede estar oculto en alguna parte, con otro nombre, y sabes que la tarea del periodista es parecida a la de la justicia: llegar a la verdad.


Un empleado de las teletipos entró apresurado con un mensaje recién recibido. Venía de París.
¡Oigan esto! "Caso Kovacs solucionado hace dos semanas. El que mató a su modelo fue apresado por otro asunto y confesó el crimen. Van detalles por avión..."


Primicia perdida, Gonzalo. Pero a tí debe alegrarte. Querías proteger al pintor, ¿o a la mujer que lo protegía a él? ¡Confiesa que la amas!
Sólo me confieso ante el cura de mi parroquia, Gaby.

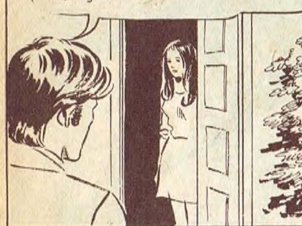

¡Eres un reverendo tonto! Cuando Kovacs y Nuria sepan lo que pasó en París podrán formalizar la relación que debe unirlos. Es el tipo buen mozo y genial que cuaja con una muchacha hermosa como ella.


Era como si hubiese puesto su dedo en corazón llagado. Pasé el día vagando sin rumbo por la ciudad.
("La relación que debe unirlos." "Me enamorando de él y..." Es fácil adivin mi destino.)


(Seguiré haciendo un viaje, interminable y circular, alrededor de un sueño muerto.)


De pronto caí en la cuenta de que Nuria y Lázaro ignoraban lo sucedido en París, donde ya no buscaban a un presunto culpable sino a un inocente fugitivo que podía dejar de serlo. Tomé el camino de Vich.
(Les llevaré yo la noticia. Y firmaré mi propia sentencia de soledad.)


Ese periodista ha vuelto, Nuria. ¿Lo recibi
¿Por qué no, papá? Ya no hay razón temer a los visitantes.


-Prometió usted olvidar, señor Casares. ¿Ha cambiado de parecer?
No. Busque a Lázaro. Quiero que los dos oigan una buena noticia.


Ya no está en la casa. Usó ese dinero del cheque que envió su patrón para viajar a París. Va a entregarse a las autoridades y a defender su inocencia.


Le conté lo que sabía. -Ya saben que es in cente- dije. Su cara pasó de la pena a u alegría fugaz. Quedó muda y tomó el send ro del atelier.
No lo creo. Me hizo una confesión antes de marcharse. Había otra mujer en París. Una de la que no tuvo tiempo de despedirse, ni quiso escribirle para no comprometerla: su novia.


Vivía echándola de menos y, por esa causa, nunca compartió mis sentimientos. Simplemente callaba cuando yo le hablaba de mi cariño. Mi amor era impar. Ahora se convertirá en un recuerdo triste.


Lo mismo me pasa con usted. La quise desde que la conocí. Per era de otro. Los dos pusimos los ojos en un imposible.
¿Por eso iba a callar que él se refugiaba aquí? Fue el suyo un no ble gesto. Ayudaba al hombre que le quitaba lo que quería. Gracias.





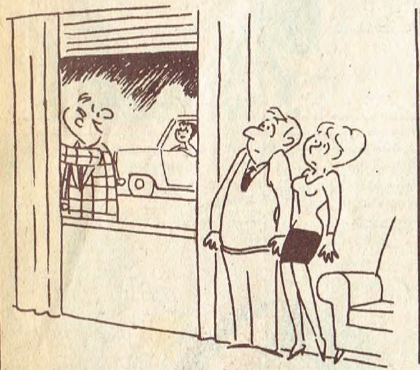




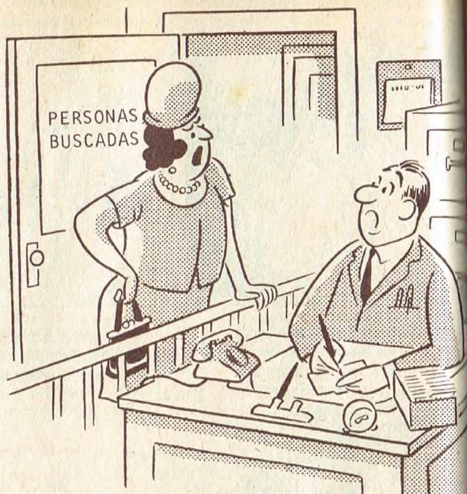
(... me animé a decirle algo sobre ese deseo que Lázaro formuló al irse: "Que encuentres alguna vez al hombre que comparta tu amor y lo merezca".)

FIN

SONRÍA



- ¡Qué suerte! No están...



- ¿Sus ojos? Bueno... Estaban negros cuando salió de casa.



LA MONTAÑA

(ADAPTACIÓN DE "BRAND")

Por ENRIQUE IBSEN

Dibujos de EYRÉ

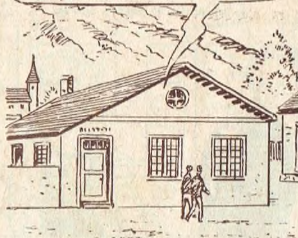






El maestro Brand era un hombre de treinta y cinco años, alto, erguido. De mirada penetrante, desagradable, dominante. Miraba a los demás "desde lo más alto de la montaña, cerca de Dios", como decía habitualmente.









Gerda era la alumna más joven del grupo. Tenía veinte años. Y era, a su vez, la que más respetaba a Brand. Lo admiraba de verdad. Brand sentía predilección por la joven a quien leía continuamente libros de historia y libros sagrados.

10329

El novio de Gerda, un joven pintor llamado Ejnar, no quería al maestro y trataba de hacerle comprender a Gerda que Brand era un fanático peligroso.



Bah, tonterías. Estoy seguro de que habla pestes de mí.

Y con razón : detesta a los pintores. Y yo también he empezado a detestarlos. Los pintores no trabajan como los demás.



Son vagos y a veces un poco licenciosos.

Estás hablando por boca de Brand y eso me saca de quicio. ¿Por qué no piensas por ti misma?



Estamos en pleno mil novecientos, Gerda, y tú sigues creyendo en los enviado de Dios y en las supersticiones. Dios está muy lejos de Brand. El ha inventa do un Dios a su antojo. Un Dios injusto



¡Cállate!

No pararé hasta sacar de este pueblo a este impostor. A ese soberbio.



Brand vivía solo en la trastienda de la escuela que todo el pequeño pueblo del valle había construído a base de su esfuerzo y con la conducción del adusto maestro.

Ejnar no es para ti, Gerda.



¿Qué puede ofrecerte si se casa contigo ¿Sus pinturas ridículas? ¿Por qué no viene a mi escuela ese vago? Si viniese yo lo haría entrar en razón. Piénsalo bien, Gerda. Tú eres buena, virtuosa. Debes enamorarte de un muchacho dig no.



Cristian es un muchacho inteligente, disciplinado. Y trabaja. Y pienso que está enamorado de ti. Si me meto en tu vida es para orientarte. Yo puedo hacerlo porque jamás me equivoco. En mí está la palabra de Dios.



Ejnar, el pintor enamorado de Gerda, se enteró de que el maestro Brand le había propuesto a su novia que se fijara en Cristian. Indignado fue hasta la puerta de la escuela y empezó a gritar:



¡Brand les nudre el alma con sus aren gas de hombre soberbio! ¡No le crean nada de lo que dice! ¡Hay que traer un nuevo maestro de la ciudad y acabar con este disociador!









En un gesto melodramático Brand alzó los brazos al cielo con los puños cerrados.



Silenciosamente los muchachos y las muchachas se acercaron a Ejnar. El pintor los esperó a pie firme. Sin inmutarse aparentemente. Cristian se adelantó:



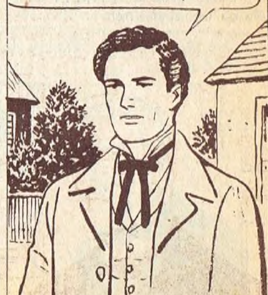













Los muchachos y las muchachas gritaron al unísono: -¡Fuera del valle!


Ejnar se marchó lentamente. Dolorido, vencido. Gritó Gerda:
¡Ejnar!


Un grito tardío. Lloró la muchacha des
soladamente. Cristian se le acercó.
Pronto pasará la tormenta, Gerda, y
tonces verás brillar el sol en el cielo


Quiso acariciarle los cabellos.
¡Quieto! Y déjame en paz.


Ejnar, el pintor, desapareció del valle de Telemark. Sin duda alguna fue a rumiar su tristeza lejos de los ojos de Gerda. Era un muchacho orgulloso y no le hubiera gustado que ella lo viera arrastrando su angustia.

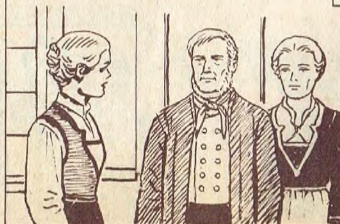

El maestro Brand trató de engendrar
fuerza de carácter en el ánimo desfalle
ciente de Gerda.
Te has salvado de él, Gerda. Ahora, en
libertad de alma, estarás en condicio
nes de cumplir una tarea important

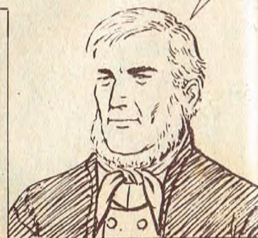

Los ojos llorosos de Gerda se iluminaron.
¿Una tarea importante, maestro Brand?
Sí. Construiré una nueva escuela, imponente, majestuosa, tan imponente y tan majestuosa como las montañas que nos rodean.


Será la escuela del maestro que transmite directamente la palabra de Dios para todos. De esta escuela saldrán los buenos y los justos. Ejemplo será el valle de Telemark para toda Noruega.


Brand, secundado por Gerda, recorrió las casas de los habitantes del valle pidiendo dinero para la construcción de la nueva escuela. Puso Gerda tanta pasión en el hecho que fue olvidándose de Ejnar.
Nadie nos da. ¿Por
nadie nos da dinero


El maestro perdió la cordura. Su irritabilidad llegó al máximo.
¡Tacaños miserables! ¿Para qué quieren el dinero?


Lo que pasaba es que la gente del valle era pobre. Muchos colaboraron con lo que pudieron, pero poco para los planes extraordinarios de Brand. Los padres de Gerda le dijeron a su hija:


¿Para qué una escuela lujosa, imponen
te? Se puede enseñar y aprender lo mis
mo en una escuela humilde.

Tienes que comprender, Gerda. Nosotros respetamos y queremos al maestro pero no tenemos dinero para darle. ¿Quieres que nos empeñemos para siempre, que dejemos de comer?



El fracaso encolerizó a Brand.

Me voy de aquí. Ahora mismo. ¡Pueblo ingrato! No merecen que yo esté entre ustedes. Húndanse en la ignorancia.



Le rogaron para que se quedara. Brand accedió. Pero con una consigna:

En un plazo de un año tendrán que juntar el dinero para que yo levante en este valle la mejor escuela de Noruega.



Brand para ocupar la mente de Gerda siguió leyéndole libros de historia, de geografía y de literatura. Pero en lo que más hacía hincapié cuando reunía a sus alumnos era en una leyenda famosa en el valle de Telemark.





La leyenda del Pájaro de la Nieve.

El Pájaro de la Nieve que siempre ronda este valle es el causante de todos nuestros desastres. Trae consigo la miseria, el caos, la muerte.



Yo lo vi una vez cuando era muy chica, maestro. Salieron a matarlo y no pudieron.

Mi padre dice que mientras viva el Pájaro de la Nieve, nadie podrá ser plenamente feliz en el valle.



Los muchachos y las muchachas gritaron a coro: -¡Hay que matarlo!

Si apareciese ahora o dentro de un corto tiempo, ¿quién se encargaría de matarlo?



Nadie se sorprendió, ni nadie se rió tampoco. Gerda, a pesar de sus veinte años, era bravía, valiente, capaz de acometer cualquier clase de empresa por más que ésta fuera peligrosa. A Brand le gustó la valentía de Gerda, su alumna preferida.



En lugar de terminar con la superchería de la leyenda del Pájaro de la Nieve la alentó.

¡Gerda será la encargada de matar al Pájaro de la Nieve por más que éste vuele en lo más alto de la montaña!



Seguía ocupando la mente de Gerda para que ésta olvidase a su odiado pintor Ejnar. Es que Brand experimentaba un gran cariño por Cristian.



Me hubiera gustado tener un hermano como Cristian. Es muy inteligente, disciplinado y ambicioso. Pienso que cuando yo me muera, él será el que me reemplace. Cristian necesita a su lado una esposa virtuosa como Gerda.



Tenía todo planeado. Sin preguntarle ni a Cristian ni a Gerda si estaban de acuerdo con lo que él pensaba. Una tarde Gerda le preguntó:


¿Por qué no se casó, maestro?



Fulguró el odio, el resentimiento en sus ojos.


Estoy contento de mi soledad. Como tú hay muy pocas, Gerda. Las demás muchachas frívolas, vanidosas, inconstantes. No me h gas preguntas sobre mi vida. Por favor, Ge


Cristian trató de acercarse a Gerda.
¿Por qué no crees en mí? Con el tiempo seré una persona importante, Gerda. El maestro me permitirá dirigir esta escuela. A pesar de que es un hombre relativamente joven se siente cansado.


Con el tiempo yo seré tan importante como el maestro y el pueblo me respetará y me temerá. Y tú te sentirás orgullosa de ser mi esposa.


Ya Cristian hablaba parecido a Brand. Enfá co, infatuado, comenzaba a creerse más im portante que los demás, poderoso. Había dicho: -El pueblo me respetará y me temerá.
Ejnar volverá al valle y nos casaremos.

Volverá cambiado, más maduro, responsable. Pienso que debe estar trabajando en alguno de los pueblos vecinos para hacer dinero y poder casarnos. Pienso que la pintura era para él nada más que un entretenimiento pasajero.


Cristian le comunicó a Brand su desconsuelo, su fracaso.
No olvida a Ejnar, a ese insignificante vago.


¿Te vas a dejar vencer por un sujeto que siquiera está en el valle? Mi lema es "to nada". Desde hoy en más tendrá que ser t lema. "Todo o nada." Empuja a ese lema co toda la fuerza de tu voluntad.


Las autoridades de Oslo me rechazaron cuando yo pedí venir al valle. Habían elegido a un pastor, el pastor Gunden. No me arredré.


Al contrario. Crecieron mis fuerzas y mis ganas de venir a este valle rodeado de espléndidas montañas. Quería irme de la casa de mi avarienta tía y de la ciudad. ¡Las montañas del valle de Telemark!


"Algún día, pronto, subiré a una de su ravillosas montañas para sentirme má cerca de Dios. El pastor Gunden debía quedarse en Oslo para que yo pudier venir aquí. 'Todo o nada.' Inventé una historia, mentí y ahora estoy en el valle."

...tian frunció el entrecejo sorprendido.

...maestro? ¿Usted mintió?

...nía que ganarle al pastor Gunden, de cualquier manera. Alejarme de mi tía ta-...ña y vivir cerca de las montañas.



Hay mentiras necesarias, Cristian. Y tú necesitas de la mentira para conquistar a Gerda. Ya lo he pensado. Dile que Ejnar, el vago pintor, murió en una taberna de Skien después de pelear con pendencieros y con borrachos.



Temblaron levemente los labios de Cristian.

¿Y si alguna vez Ejnar vuelve al valle?

Nunca más volverá me temo. Lo eché. Mi orden fue terminante. Es muy insignificante para enfrentarme.



...mentira, maestro Brand.

...stúpido! ¿Quieres ser feliz y deseas que ...también lo sea? Entonces ¿vas a dejar ...el recuerdo de un pobre sujeto se in-...ponga entre los dos? Si no lo dices tú, ...lo diré yo.



Tiene usted razón, maestro. "Todo o nada." Los débiles y los indecisos nunca tendrán nada. Es usted muy astuto.



Por primera vez Cristian, su preferido Cristian no le decía: "bueno y justo". "Astuto, muy astuto" le había dicho guiñándole feamente un ojo. Cristian habló con Gerda. Mientras mentía no la miraba de frente.



...creo una palabra de lo que me estás ...endo, Cristian.



Entonces pregúntaselo al maestro Brand. El te lo explicará mejor que yo. Un mensajero de Skien trajo la desgraciada noticia.



Con tranquilidad, como si estuviese acostumbrado a mentir, el falso hombre de bien certificó las palabras de Cristian. Desesperada Gerda se puso a llorar. Después la fiebre la llevó a la cama y estuvo días y días enferma.



...ese ínterin ...and recibió la ...icia de Oslo. ...mensajero de ...le comunica-...que su tía ha-...muerto. No de-...ó ni una sola ...rima. Murmuró ...re sus dientes ...ados:









El padre de Gerda se intranquilizó mucho porque la fiebre de Gerda no bajaba. Brand los visitó.



La muchacha estaba en su lecho, pálida, sin fuerzas, triste. La presencia del maestro, sin embargo, la hizo reaccionar.













Nadie vio nada con precisión, pero en la mente y en los ojos de esa inocente gente simple, la superstición les deformó la verdad, Brand, los muchos Brand del mundo sabían, a veces, con sus mentiras bien dichas, deformar la verdad.



El padre de Gerda le dio la escopeta. Gerda ya no tenía fiebre, ni sentía cansancio. Tenía que matar al Pájaro de la Nieve, y lo iba a matar.



Gerda ha sido elegida por mí. Gerda ha escalado muchas veces las montañas. No tendrá dificultades. Vencerá. Entonces sabrá que es importante. Cristian, mi favorito, me reemplazará algún día, señor. Cristian tiene que casarse con Gerda.



Porque Gerda será, luego de matar al Pájaro de la Nieve, la muchacha más importante del valle.



Gerda estaba imbuída de su misión. Miró el cielo.



Todos gritaron a coro sin ver nada con precisión: ¡Mátalo, Gerda!

Espera, Gerda. Primero iré yo a la montaña. Es mi idea desde hace mucho tiempo. En la cúspide de esa montaña me sentiré seguro de mí mismo, cerca de "mi" cielo.



Tú irás después a matar al Pájaro de la Nieve.



Corrió Brand hacia la montaña contemplado en silencio por la gente del valle. Gerda dio unos pasos vacilantes detrás de él. De pronto volvió a mirar hacia arriba:



El maestro ya estaba ascendiendo la montaña precipitadamente. Sus botas resbalaron varias veces. Se detuvo. Sintió miedo.

(Esto es demasiado peligroso.)



También desesperadamente, Gerda empezó a trepar la montaña, acercándose al Pájaro de la Nieve. Apuntó. Creyó verlo revolotear. No advirtió en su arrebatamiento que era un simple azor. Ave común en esas regiones.



Prestamente descargó su escopeta. El azor fue alcanzado y se precipitó a tierra. Pero algo terrible se produjo entonces sin que Gerda lo advirtiera. La detonación produjo un violento alud de nieve.




Mientras Brand era sepultado por ese terrible alud, Gerda, ignorándolo, gritaba triunfante:
¡He matado al Pájaro de la Nieve, he matado al Pájaro de la Nieve!


Los habitantes del valle corrieron al lugar en el cual el alud arrastrara al maestro, Cristian era el más desesperado.
Hay que salvarlo, hay que salvarlo...


Tarde, muy tarde. Después de ar
excavaciones se halló el cuerpo exánime de Brand. Se produjo u
largo, un penoso silencio. Pero n
extrañamente, lloró.


Y muy cerca del cadáver del falso maestro, otro cuerpo inmóvil por la muerte: el del azor. Un simple azor. Pájaro hermoso, muerto. Gerda dejó la escopeta y se puso a llorar abrazada a su padre.


Una semana más tarde llegaba al valle de Telemark un notario en busca del maestro Brand. Venía de Oslo a comunicarle al ególatra que su tía le había dejado por herencia una gran fortuna.


Gerda sonrió con tristeza cuando
enteró de esto.
El, que quería dinero para construir
gran escuela.


¿Para qué una gran escuela, Gerda? ¿No te gusta la que tienen? Es sencilla, pero la construímos todos en este valle.


Ladrillo por ladrillo. El alma de una escuela no está en su decoración sino en los muchachos y en las muchachas que van allí a aprender


¿Te das cuenta, Gerda? Nadie, ni siqui
ra Cristian lloró a ese hombre. Estoy s
guro que nunca más volará sobre nue
tro valle el Pájaro de la Nieve. Ahora creo que ese Pájaro de la Nieve no existió jamás.


Dos días más tarde llegaba al valle un pastor. La gente lo recibió entre sorprendida y expectante.
Soy el pastor Gunden. Vengo a hacerme cargo de la escuela del valle y de su templo ahora vacíos.

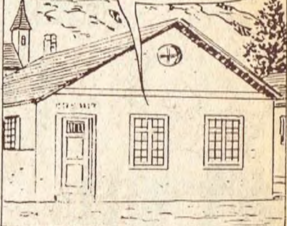

Gunden venía a reemplazar a
ignorando que éste había muer-
enseñar. Vengo a aprender.
valle. Es para mí una inmensa
estar con ustedes.


Hablaba suavemente, sin emplear palabras altisonantes, con humildad. La gente del valle lo siguió. Todos los habitantes tenían la sensación de que nunca había estado en ese lugar Brand. Es que no había dejado nada detrás de él.


Yo debí venir antes, pero el maestro Brand inventó una triste historia para conseguir lo que no le correspondía. Su orgullo y su soberbia siempre lo condujeron por el peor camino.


se le acercó. Con respeto, pero sin mie-
religioso destilaba mansedumbre.
demasiado humilde esta escuela? ¿No
usted, padre Gunden, que habría que
construir una nueva?


El padre Gunden abrió la puerta principal de la escuela. El sol con sus rayos fuerte se filtró por una ventana. Entonces se reflejó en el suelo, por efecto del contraluz, una inmensa cruz.


Todos la vieron. El pastor Gunden con voz muy queda murmuró:
¡Esta es la escuela! ¡Aquí será!


Gerda y Cristian salieron a caminar lentamente, abrumados por los recuerdos. ¿Acaso persistía en ellos el recuerdo del soberbio, despótico Brand?


las apariencias engañan y u-
confunde. Es muy extraño. Ha
el maestro Brand y ya está
el pastor Gunden. Y siento que
en este valle bendito va a cam-
bien. Sin pensar en el Pájaro de la Nieve.


Dios simplemente, Dios en nosotros, en el valle, en las montañas. Dios para convertirnos en una comunidad liberada del miedo, Cristian. Ahora me doy cuenta de muchas cosas. Brand nos enseñó a temer y no a querer.


Cristian se detuvo. La miró con ternura.
Te quiero, Gerda. Yo necesito casarme con una mujer como tú. Somos fuertes, debemos unirnos. Brand, no estaba totalmente equivocado. La disciplina es esencial. Soberbia, no, pero sí autoridad.

Gerda bajó los ojos. Estaba triste, se sentía sola a pesar de que estaba al lado de Cristian.

¡Pobre Ejnar!

¿Por qué sigues pensando en un muerto?

Gerda siguió caminando, sin importarle las palabras de Cristian y sus arrestos de ególatra. Gerda estaba ahora conmovida por el influjo nuevo que el pastor Gunden había traído. Hasta le parecieron más bellas que antes las montañas de su valle.

De pronto oyó un grito que venía de lejos, resonante , pletórico de optimismo, conmovedor, un grito que llevaba adentro su nombre:

¡Gerda!

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. También gritó a punto de desmayar:

¡Ejnar!

¡Vivía! ¡Ejnar vivía! La última mentir
planeada por el maestro Brand acabab
de sucumbir. El cielo se cubrió de pá
mientras Gerda y Ejnar se abrazaban
sesperadamente.

Tuve que volver. No podía vivir sin

Apretó con fuerza los cabellos de Gerda entre sus manos. Y habló con la fuerza, el ímpetu, la entereza de su raza nórdica.

Soy pintor y seguiré siéndolo. ¿Tienes algo que decir?

Ella sonrió con humildad.

Nada, nada. Tú eres el que manda, Ejnar.

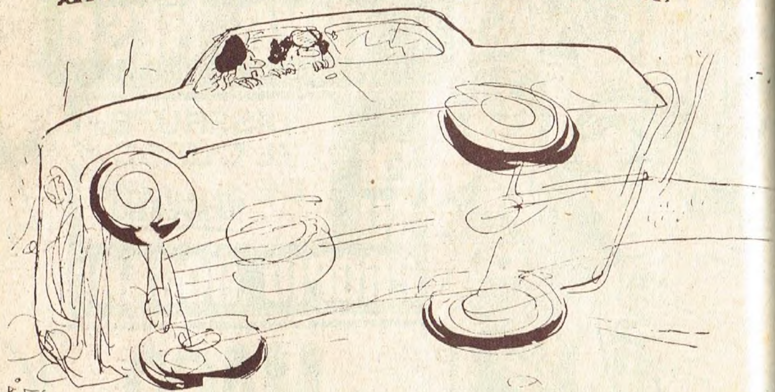
La plegaria del pastor Gunden y la de todo el valle se alzó al Cielo. Entonces Cristian se dio cuenta que ya ese no era su valle. Y se marchó. El pastor Gunden les dijo a todos:

¡Deus est car

La leyenda del Pájaro de la Nieve se extinguió en el tiempo. La superstición entonces dio paso a la creencia espontánea, sincera, profunda. Es que aquel alud de nieve había sepultado en la montaña a la soberbia. ¡Deus est caritas!

Fin

HUMORADAS



-Tienes que seguir manejando para no perder el coraje, Mabel...



-Este perfume tiene tanta influencia sobre los hombres que no podemos venderlo sin prescripción médica...



-Señora, le agradeceríamos nos dijera cómo hizo para llegar hasta acá. Adentro no hay ningún motor.

UNA AMIGA LLAMADA...

Por JOSÉ LUIS ARÉVALO

de LUCÍA VERGANI

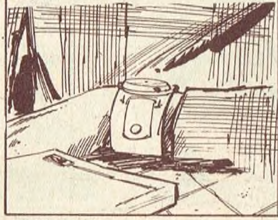
El atardecer de Mar del Plata había nacido con lluvia. Las calles cercanas al puerto presentaban el clima otoñal y gris a pesar de que recién promediaba enero.



...un café pequeño, cuyas paredes ...das y húmedas parecían ... infinidad de recuerdos, de ... marineras, de viejos pes... gastados de tormentas y vi... hermoso lugar, aunque a ...zara a parecerme triste.



Miré el reloj con desencanto. Las pequeñas manecillas me indicaban la hora como si fuera una sentencia. Una irrevocable sentencia. Luego la calle, lluviosa e irremediablemente vacía.





Hubiera deseado quedarme horas y horas en ese sitio. Era un modo de albergar una esperanza, de seguir mirando la calle imaginando su figura delgada y dulce acercándose. Pero no. No me quedé.



Me recibió la calle y la lluvia. El atardecer, ya casi noche, se me ocurrió un presagio gris de soledad. La nombré para mí solo como si con eso bastara para sentirla al lado mío.



...hacer con tanto vacío? ... anular la angustia ... me invadía el alma? ... ir ahora a buscar un amigo?

...conozco a nadie en Mar ... Plata. Si voy al departa... voy a sentirme peor. ... lado..., todos tendrían ...uerdos...)

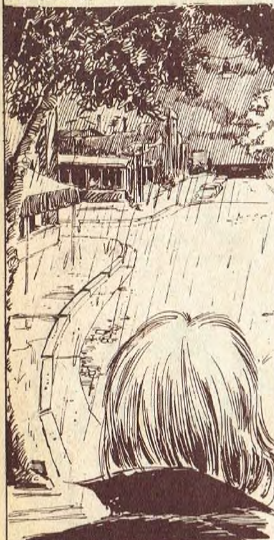


Y decidí caminar. Aunque tenía ganas de correr por todas las calles del puerto gritando su nombre o llorar como un pibe, de decirle a la gente que la había perdido y me sentía inmensamente solo.



Pero no. Simplemente seguí andando despacio. Mirando el humo del cigarrillo que se diluía por la ventisca fría, con el pelo desaliñado y la cara mojada por la llovizna que se confundía con alguna lágrima.




El café había quedado atrás. Y prendida a sus viejas paredes mi esperanza sería ya un despojo. Detrás la ilusión muerta. Delante el gris oscuro de un atardecer lluvioso y mis pasos sonando incorruptiblemente amargos en la calle.


Andar, andar...,hundirme en esa noche...


Y la playa. La playa vacía acunada por el mur
del mar que va y viene pero que nunca se qu


Ya estaba muy cansado, por dentro y por fuera. Me senté en la arena húmeda. Había cesado la lluvia.


Clavé los ojos en el mar y repetí el nombre como para contárselo a la bruma.
(Laura... Laura...)




Estás muy solo y muy triste, ¿cierto?
¿Eh...?


Era una mujer extraña. Con un rostro que sólo podría definir diciendo que se me ocurrió infinitamente dulce y comprensivo. Vestía de blanco y el cabello iba y venía con cada golpe de brisa.
Sé que estás triste. Conozco de esa tristeza,¿sabes?


Y más cerca alcanzó a ver el li
que llevaba conmigo y que desc
saba en la arena. Esbozó una s
risa que se me ocurrió melanc
ca.
Ah, lees eso...


Se ubicó a mi lado como si fuera lo más natural del mundo. Y miró el mar como si observara el horizonte, tal como los caminantes que lo otean día a día creyendo que lo tocarán alguna vez.


Sé de tu tristeza por tu modo de mirar el mar. Por la forma de entornar los ojos, por la manera resignada de tu gesto. Me sucedió alguna vez, ¿sabes?

...de observar el ... Algunos lo hacen como ... adivinar un puer- ... del otro lado. Otros ... hipnotizados por ... que se acercan, co- ... si ellas trajeran una es- ... nueva.

Hay otros que quisieran perderse en sus entrañas, ser parte de las olas para besar las playas día a día con el fin de amar a alguien. Gente que busca la profundidad porque la cree sinónimo de paz. Pero la paz es tan difícil...

Me sorprendía realmente su modo de hablar. Filosófico y humano.

Y están los que, como tú, lo miran tristemente. Buscando imágenes. Imaginando una respuesta en el murmullo del agua para seguir creyendo, para seguir esperando.

Y esa manera de mirar el mar, esa tristeza, tiene sólo un origen.

¿Un origen...? ¿Cuál...?

... El llanto de los que aman, y sus silencios, son ... de los que están enfermos, diferente en sus lá- ... de los que lloran la irreversible partida de los ...

... la cabeza. Sentí que no po- ... callar lo mío. Que incluso se- ... bueno contarlo aunque más no fuese para ordenar mis ideas.

... Es bueno tener a alguien que nos escuche cuando todo se ha convertido en palabras. Cuéntame.

Y comencé con el relato.

"Fue hace un año. Aquí en Mar del Plata. Estaba con Fabián, amigo y compañero de trabajo. Tengo un departamento para veranear y él me acompañó. Estábamos en enero."

Hmmmm.... Buenos Aires debe ser un horno a estas horas.

Ahá.

¿Te imaginás al plomo del gerente con los sesos cocinados?

Me lo imagino. Y también pienso en la resignación de la secretaria. Otro año más que comienza y ella sin conseguir marido.

Mirando la gente en la playa todos los rostros se parecen. De pronto aquella muchacha que pasaba. Primero la duda...

¡Pero...!

Sí. Era ella.

¡Ella...! ¡Laura...!

¿Quién...?

Me puse de pie de un salto. Apenas si oí las palabras de Fabián tratando de que le explicara. Era ella, sin duda.

Laura...

El tiempo viejo de la escuela normal. La época en que dos adolescentes nos tomábamos las manos como si fuéramos a dar la vuelta al mundo en una tarde de primavera.

Han pasado años que no nos vemos. Desde..., bueno, desde aquella tontería... Pero siempre te recordé, Laura. A vos y a ese tiempo en que...

Sí. Yo también recuerdo muchas veces ese tiempo.

Charlamos un par de cosas y mezclamos otros tantos recue dos. Finalmente, se me ocurr que el destino la había puesto de nuevo en mi camino.

Me gustaría hablar más con vo Si no tenés ningún compromi digo..., podríamos cenar juntos esta noche. Tal vez...

Faltaban aún veinte minutos para las nueve. Fabián leía el diario mientras yo terminaba de arreglarme frente al espejo.

—Apestás a colonia. Ni que fueras a encontrarte con la princesa Margarita.

Más o menos, Fabián. Más o menos.

¿Quién es ella...?

Cuando yo terminaba el normal Laura era mi novia. Apenas si los dos pisábamos los dieciocho años. No fue una relación larga, apenas unos meses, pero sí fue hermosa.

Solíamos andar de la mano por los atardeceres. Y leer poesías juntos. Era ese tiempo que ninguno puede olvidar. La época en que acaso dos nombres grabados en un árbol unen para toda una vida.

¿Y por qué se separaron?

Acaso podría decirte que ya ni lo recuerdo. Una tontería. Discusiones sin sentido. Cuando razoné quise buscarla. Pero se había mudado de barrio. En el colegio ya no podía buscarla porque habían terminado las clases.

Puede parecerte tonto, o cursi. Pero nunca la olvidé. Ni a ella ni a ese tiemp Hoy la volví a encontrar casualmente e la playa. Y ya viste. Esta noche salimos juntos.

hermoso lugar. Y más her-
aún para mí teniéndola cerca.
como volver a aquel tiempo en
una rosa y un poema bastaban
poseer el universo.

Trabajo como maestra en una escuela privada. Nada importante en lo referido a dinero y esas cosas, pero sabés que siempre me gustó la docencia, los chicos...

Los chicos... ¿Te acordás cuando soñábamos con los nuestros? Habíamos prometido que nos casaríamos en primavera. Era el tiempo del amor.

Tuve miedo de hacer la pregunta pero era necesaria.

¿Has vuelto a amar, Laura?

Bajó los párpados, gesto que siempre se me ocurrió presagio de relatos amargos.

Sí. Hubo un hombre. Federico. Lo amé intensamente. El se dedicaba a los negocios. Tenía dinero.

¿Y qué pasó con él?

Un día le ofrecieron un cargo en una empresa italiana. Me habló de su porvenir, de su carrera, de su necesidad de libertad. Debía marchar a Roma. Así fue como quedé sola. Ese fue el amor, después de lo nuestro, para mí.

Laura... Sentí de pronto que la amaba más que nunca. Y le tomé la mano...

Eso es pasado, Laura... Pasado...

caminamos por la playa. Era una noche calma, con una brisa
y cálida que, de a ratos, nos rozaba la piel.

detuvimos. Y cosas antiguas surgieron en mi mente. Cosas que
a pureza y adolescencia.

¿Te acordás de aquel poema que nos
gustaba tanto y que decía...?

Sí. Recordaba el poema.

"Quisiera una tarde divina de octubre
andar por la playa dorada del mar..."


Recordar aquel poema. Un poema de. . . ella. No hubo más palabras. La tomé en mis brazos y todo se hizo fácil.
Querida. . .




Y pasó el verano. En Buenos A
nuestro proseguía. Eramos feli
Siempre hace feliz soñar con
na.


Días y días que pasaban. Fabián solía llenarme de bromas por ese tiempo. Yo ya no frecuentaba el billar con los amigos ni compartía las parrandas de mis compañeros.
Dale. . .,si ya te estamos preparando la despedida de soltero. . .


Fue una tarde de diciembre. No podré borra
la nunca de mi mente. Por teléfono noté
la voz de Laura.
Debo hablar con vos hoy mismo,
nando.


Llovía. Y era un café cualquiera del centro.
Acaso llegue a dolerte lo que voy a decirte, Fernando. Pero es necesario que lo sepas. Por el bien de los dos.


Cuando te encontré en Mar del Plata te hablé de un hombre que formó parte de mi vida, al que amé. Federico.


Recuerdo.


Ha vuelto hace unos días de Eu
He hablado con él. Lo he visto,
empresa en que trabajaba está
quiebra. Va a trabajar aquí,en
nos Aires. Dice de empezar de
vo.


También ha hablado de lo nuestro. No sé si lo amo, Fernando. Todo es tan confuso. Tampoco sé si te amo a vos. Y no quiero engañarte. A ninguno de los dos quiero engañar.


¿Entonces. . . ?
Necesito tiempo para pensar, Fernando. Comprendéme. Debo tomar una decisión en la que no sólo va mi destino sino el tuyo y el de él. Por eso quiero que hagamos un trato.


aquel café de Mar del Plata
solíamos ir por las tardes.
se llamaba.
Sí. "La Marina".


Tenés pensado ir a Mar del Plata en enero. Si dentro de un mes exactamente, a las cinco de la tarde, estoy allí, significará que me he dado cuenta de que realmente te amo. Esperá-me. Sólo eso te pido. Dentro de un mes, en el café "La Marina" de Mar del Plata.


Si no estoy, si falto a la cita, es porque todo habrá concluído entre los dos, definitivamente.
Entiendo.


Pasó el tiempo. El tiempo estipulado. Vine a Mar del Plata. Hoy era el día de la cita, y llegué ilusionado a ese pequeño lugar que alguna vez nos albergara felices. Hasta le compré este libro para regalarle. Era nuestro preferido.


Pero los segundos se hicieron minutos y los minutos horas. No llegó. Y eso tenía un solo significado. Entre ella y yo todo estaba concluído.


sonrió. Y volvió a mirar el mar como para leer recuerdos
Su voz se volvió tierna, como la de una amiga fiel que
ayudarnos.
El amor... También como hay formas diferentes de mirar el mar hay muchos tipos de amor. Y modos distintos de sufrir por él.


los que lloran y se
Están los que
los puños y si-
por la vida recordán-
Están los que pintan
tristes y los que en
nombre blasfeman y
Están los que se
y lo vuelcan en


Pero es bueno amar. El amor, aún sin ser correspondido, es redención del alma. Si amas, corre a las calles a gritarlo, dile a la gente que te sientes vivo. Avísale a todos que sufres por él.


Se puso seria. Y su consejo fue sabio.
Pero en el amor nunca desesperes. En el amor es cierto el mañana y el ayer cosa concluída. Si lo de ayer fue verdad, también lo de mañana será cierto. Si ayer te mintieron, cuidado, mañana amanecerás añorando una mentira.


Ella me ha dejado. Faltó a la cita. Y estoy seguro de que me ha amado. De sus caricias, de sus besos, de nuestros sueños.


Se puso de pie, como para irse. Y sonrió para responder a mis palabras.
Entonces, si ella te amó, puedes quedarte tranquilo. Esa cita fue solamente un momento. Una circunstancia. El amor está más allá de toda circunstancia y de todo momento. No juzgues por lo que ves. Juzga por lo que sientes.


Había tanta sabiduría en sus palabras. Se marchaba. Con su vestido blanco y largo ondulando en el viento, con su sonrisa y su dulzura.
Te vas... Pero... ¿de dónde vienes?... ¿Quién eres?


Sonrió otra vez.
Vengo del mar, voy hacia él, el mar mismo. También lo he rado como tú, hace tiempo, do en él toda mi tristeza de De tanto mirarlo él me contó na vez lo que te he dicho. Pe vez no supe escucharlo.


Y cuando el amor me ponía triste, solía escribir versos. Cuando el amor me hacía feliz también los escribía, pero entonces resultaban más llenos de vida. Es una historia Seguro que la sabes.


Y dije aquello que con el tiempo me parecería tan estúpido.
¿Cómo podría saber tu historia si hace un momento que te he conocido?


Me conoces. Y cada vez que el amor te turbe la calma, ven a este sitio. Y recuerda que aquí tienes una amiga que acudirá a tu llamado. Una amiga...


Se iba alejando.
Eres mi amiga... Pero... no sé ni siquiera tu nombre. ¿Cómo te llamas?


Alfonsina...


Quedé un momento en silencio. Su silueta se iba perdiendo en las sombras de la playa. Hubiera querido alcanzarla pero no pude...
¡Alfonsina...!


Y se perdió en la noche del mar ra siempre. Pero nunca podré dar esa sonrisa especial y melan lica.
¡Alfonsina...!

... de repente. Y todo estaba ... Lleno de luz. Era el amane-



Sí. Me había quedado dormido en ese lugar, rendido de tanto andar durante la noche, tan pronto como me senté en la arena. Y el sueño..., el sueño con la mujer de blanco y sus palabras, y...

Claro..., me quedé dormido. Estuve soñando.

Sí. Claro. Amanecía ya. Tomé el libro y empecé a andar. Debía ir al departamento. Me haría bien dormir pero esta vez en una cama blanda.

Abrí la puerta con desgano. No me corría prisa. Cuando nadie nos espera no hay prisa que nos corra.



Encendí la luz. Por hábito, más que nada, miré el suelo.



... esquela estaba en el suelo. La tomé rápidamente y reconocí la letra. Era como un milagro.

...ando querido
debes haberme
...ado en "La Marina";
...mente. Hubo un
...sible retraso de trenes,
un paro, creo..

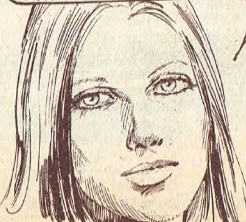
"Llegué muy tarde a Mar del Plata. Fuí al café. El mozo me dijo que habías estado. Te veré mañana en la tarde, en el mismo lugar. A las cinco. Esta vez no fallaré. ¿Sabés por qué? Porque tengo que decirte que te amo. Y eso es importante. Un beso, Laura..."







La explicación de Laura ya casi no tiene importancia. Es cuestión de forma, no de fondo.




Y él, y sus negocios, y su vida, y él, y él, y siempre él. Comprendí que estaba frente a un egoísta. Quien sólo deseaba compartir fracasos conmigo. Y extrañé los viejos poemas, y nuestros sueños. Por eso estoy aquí...


Saqué el libro. Estaba húmedo todavía y con granos de arena entre sus páginas.
Te traje un regalo. Un libro que solíamos leer antes, cuando éramos dos adolescentes y que nos sabíamos casi de memoria.


Se ha puesto contenta.
¡Oh...! ¡"Antología
Alfonsina Storni...!
¡Gracias, amor...!


Me toma la mano en señal de agradecimiento. La felicidad se le nota en los ojos.
Gracias...


Me pregunta...
Ayer, cuando falté a la cita, debes haberte sentido muy mal, muy triste. ¿Qué hiciste entonces?


Ahora sonrío.
Estuve con una amiga. Una buena amiga. Una mujer que sabía mucho de amor.
¿Una amiga...? ¿Quién...?


Con una amiga llamada Alfonsina...


Pone gesto interrogativo. No. No me entiende. Me estrecha aún más la mano y piensa. Le contaré algún día seguramente. Le contaré de la playa, de la lluvia, del sueño, del mar.


Pero sé de todos modos, que desde
parte, mi amiga Alfonsina sonreirá


Y eso es muy lindo.

AHORA RÍASE



No es ésa la mejor manera de promover las ventas, señorita Pérez.



-Mira, querido, ya me han copiado el dibujo del tapado. . .

EL AMOR DE INDOCHIN

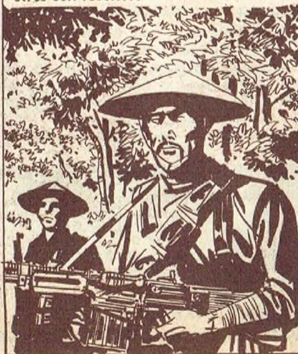
Por ROBERT O'NEILL

Dibujos de JOHN LAWRENCE

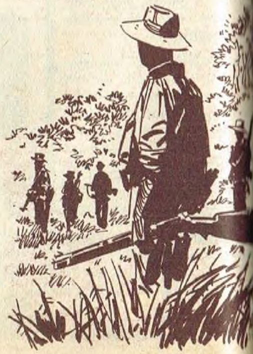
Por todas partes se veían hombres armados de las sectas guerreras. Algunos eran Cao-Dai, otros eran Hoa-Hao y los más eran los terribles Binh-Xuyen, los piratas de Cholon, el barrio ribereño de Saigón. ¿Qué hacían allí?



¿Qué hacían allí? Desconfiados, acariciaban sus fusiles, sentados sobre los botes volcados y semipodridos con los pies hundidos en el barro, estudiándose unos a otros con recelo...



Los Cao-Dai, los delirantes religios que adoraban a Jesucristo y a Víctor Hugo, erigidos en secta religiosa-mi tar, dirigida por un sacerdote al qu maban pomposamente "papa"...




Hao, los sufridos guerreros de
que vivían de arroz y de
destruían los camiones de
apoderaban para no acostum-
tipo de comodidad...


Y lós Binh-Xuyen, los traficantes de drogas, de armas, de mujeres. Los que dirigían todos los garitos y los fumaderos de opio, los asesinos y chantajistas y piratas...


¿Qué esperaban todos ellos en esa ribera del Mekong aquella calurosa tarde del verano de 1950? Inmóviles, diferentes en sus idénticas pieles amarillas, soñadores sobre los cerrojos de sus fusiles, todos ellos esperaban...


esperaban por Saint-André...


Louise miró el sobre que tenía en la mano y tuvo miedo. Miedo y un confuso sentimiento de fracaso y de catástrofe.
(Es para Henri...)


No le costó adivinar la procedencia. Las estampillas con sus dragones escupiendo llamas no le dejaban lugar a dudas. Eran las cadenas que seguían sujetando a Henri a aquel país de leyenda del cual ella sabía tan poco...
(¿Qué será?)


¿Cartas, querida?
Sí. Una para Henri.


tienes. ¿Pasa algo?
Es una carta de Indochina.


¿Y qué hay con ello? Henri estuvo en el ejército allí. Deben ser amigos que le escriben, eso es todo. ¿Por qué esa cara?
No sé... Henri nunca fue el mismo desde que volvió de allá. Es casi un desconocido ahora.


Tú tienes mucha imaginación. Vete junto a él. Anda. Hazlo reír. Eso es lo mejor.


(Hacerlo reír. ¿Cómo se puede hacer reír a un hombre que parece que estuviera en otro mundo?)


(Allí están todos. Todos riendo, contentos y felices...)


(O sea que él debe estar exactamente en la otra dirección.)


Sí. Henri de Saint-An
apartado efectivament
la arena y con la vist
vez algo más que la v
dida en un horizonte
soleado...


Henri...


Hubo una vez un Henri joven y colérico, normal y cuyas reacciones ella podía preveer, pero ése no era el Henri que le devolviera Indochina, ese país extraño de dragones llameantes. ¿Quién era realmente este Henri callado, pensativo y distante, siempre tan amable y tan desinteresado?
Una carta para tí.


Henri le sonrió. Actuaba hacia ell
una tremenda amabilidad y una du
ra que casi hacía pensar en un a
tratando con niños. Como siempre
se estremeció a la vista de las ter
cicatrices que le cruzaban el pech
espalda...
Gracias...


¿Por qué no estás con los otros?
Tenía ganas de pensar... por eso.


Siempre estás solo... A veces me desespero. ¿Qué te ocurre, Henri?


Y Henri sonrió (como se sonríe a los niños) y miró la carta. Vio los dragones llameantes del sobre e inmediatamente algo se encendió en él. Tal vez una luz roja de alarma o de interés...
Perdona...


Leyó la carta ávidamen
primera muestra de av
que ella le viera en m
tiempo y vio que la vid
de pronto a su rostro,
esa fuerza nueva que
pertaba eléctricament
lado...
Me llaman. Me llaman
dochina.

…llaman? ¿Quién?¿El ejército?

No. Las sectas.

No entiendo. ¿Qué significa esto, Henri? ¿De qué hablas?

No te lo puedo explicar, Louise. No lo podrías comprender. Ellos son gente que lucharon contra los vietcongs cuando yo estuve allí. Y ahora me piden que vuelva.

Por supuesto no irás.

Tengo que ir.

…qué? ¡Indochina se acabó!

Y de pronto Henri, el calmo, el anciano, el sabio Henri estalló…

¡Terminó para todos ustedes! ¡Para todos ustedes que se broncean sobre una playa y que ni saben dónde está Indochina! ¡Pero no para mí!

¡Indochina es mía y yo me pudrí allá y peleé por ella e hice pelear a miles de hombres para que en este país gente como tú y como ellos se siguieran dorando al sol! ¡Y miles de hombres murieron en Indochina porque confiaban en mí!

Y un día las autoridades tuvieron miedo cuando descubrieron que el único al que obedecían las sectas era yo. Y entonces me enviaron a Francia… a descansar… y desde entonces las sectas se dividieron y se mataron entre ellas.

…ahora me llaman.

Se puso de pie y se alejó rápidamente sobre la arena. Louise, mirándolo alejarse, advirtió por primera vez la agilidad de gato de sus movimientos… y nuevamente se preguntó en qué secreto rincón del país de los dragones ella había perdido a su joven Henri de otras épocas….

En una ribera fangosa del Mekong, los hombres de las sectas esperaban. Había caído la noche y los grupos silenciosos se ubicaron alrededor de pequeños fuegos donde se cocía el arroz. El olor dulzón flotaba en el aire y se mezclaba con el pútrido hedor del fango…

A veces alzaban los ojos y observaban la negra masa del río rumoroso, serpenteando en la noche en su cauce de jungla. Luego de esperar un rato volvían los ojos al arroz...



Y en un rincón aparte se veía un jeep con las luces apagadas y dentro de él...

¿Usted cree realmente que Saint-André volverá, coronel?



Julot, recuerde que Saint-André vivió dos años en el arrozal con estos hombres. Es mucho tiempo y ya no se puede preveer cómo reaccionará. Su cerebro no trabaja como el de los blancos normales.



Pero él volvió a París... Ten
una novia hermosa, muy ri
además... e iban a promover
¿Por qué dejaría él todo eso
ra volver a este mundo?



¿Por qué? Esa es una buena pregunta. Y después de todo no vale la pena preocuparse. Ni podrá pasar del aeropuerto si viene.



Louise continuó metiendo cosas en la valija. Lo hacía metódicamente como si utilizara esos gestos para disciplinar su espíritu y no ceder al caos...



A Indochina. A Saigón.

¿A Saigón? Pero...
¿Para qué?



Tengo que ver algo. Tengo que saber a qué atenerme para el futuro. Tengo que saber si hay un futuro.



Tengo que saber quién es Henri.



Todas las cabezas se alzaron de pronto. Amanecía y los pájaros chillaban en la selva. Desde el río había llegado un chapoteo...



-Coronel, mire...

Dios mío. ¡No lo pudieron
tener en el aeropuerto!




bramido se levantó en
y los hombres de las sec-
Hoa -Haos o Cao-Dais o
Xuyens se pusieron de pie le-
sus fusiles y aullando.
Anh! ¡Chao-Anh!


Desde la proa del junco, el rostro pálido de Saint-André se fue iluminando lentamente con una sonrisa.


Al dejar el aeropuerto de Saigón, Louise creyó por un momento que iba a desmayarse por el calor... Vaciló un instante, aturdida.
(Dios mío...)


Perdón... ¿Mademoiselle de Benoit?
¿Quién...?


Sabíamos de su llegada y el general Coret me ordenó buscarla. Tengo entendido que el general es un viejo compañero del general de Benoit, su padre.
Así es.


El elegante oficial carraspeó un momento.
Verá... El general querría hablar con usted...
Conmigo... ¿Acerca de qué?


Acerca de tu novio, querida. Acerca de este chiflado de Henri de Saint-André, capitán, noble brillante... Un hombre de casta que debería hacer una carrera fulgurante en el ejército...


de ello qué hace? Se pierde en
con un ejército de dementes
empieza una guerra por su cuenta
contra el Vietcong en momentos
estamos estudiando un tratado de
ellos. ¡Hace peligrar todo!


¿Y yo qué tengo que ver con ello?
Quiero pedirte un favor, querida mía. Quiero que veas a Henri, que le hables y lo convenzas de que cese en esa locura, que abandone esa horda y que se reúna con nosotros, su gente.


¿Lo harás? Nosotros te haremos llegar junto a él.


Haré lo que pueda...


La llanura de los juncos se extendía inacabable, pantanosa, humeante bajo el sol. Un olor pútrido y agrio se levantaba de los canales de agua verdosa...
Ya deberíamos haber encontrado a los Hoa-Hao.


El guía sonrió burlonamente a ese elegante oficial, tan ignorante.
Desde el momento en que pusimos los pies en la llanura los Hoa-Hao nos han estado vigilando sin cesar.


Te equivocas. Yo no he vi
nadie.
¿No?


¿Y ahora?


Con la metralleta al lado comía su arroz sentado sobre los talones...
¿Tú?


Yo. Lamento mucho no estar presenta pero el clima aquí no se presta para la relaciones sociales.


¿Qué haces aquí, Louise? ¿A qué has venido?
¿Qué crees? No me gusta tener dudas. Y en tu caso es lo único que tengo. Dudas y preguntas.


El pareció no haber oído mucho de lo que ella dijera. Continuó comiendo y...
Te quedarás aquí un par de semanas. Pronto enviaré un grupo de hombres a Saigón y ellos los escoltarán. Si intentaran volver solos nunca llegarían vivos.


—¿Y aquí vives?
Aquí viviré esta semana. Luego deberemos irnos a otra parte antes que los enemigos consigan descubrirnos. Y luego a otra parte y así siempre.


¿Y todo eso para qué?
¿Por qué? El Vietcong no q re que las sectas guerreras sobrevivan porque son una fuerza libre que nadie pued dominar. Los franceses las lizaron y les dieron armas dinero pero ahora como se tá por firmar la paz han su pendido la ayuda y los otros quieren aprovechar para terminarlos.

¿Fuiste tú el que trató antes con las sectas?

Yo vine al arrozal con ellos. Yo les hice sublevarse y luchar. Yo les dije que nunca los abandonaríamos.

Pero los abandonamos. Los dejamos indefensos ante el vietcong. Francia los abandonó... pero yo no. Yo no lo haré.

Comprendo.

¡Chao-Anh! ¡Chao-Anh!

Tras un rápido diálogo en vietnamita y...

Debo irme, Loiuse. Han descubierto un puesto sanitario del vietcong no muy lejos y vamos a atacarlo. Necesitamos esos medicamentos. Te veré luego...

Henri, ¿no das un beso a tu novia antes de ir al trabajo?

Henri volvió junto a ella y la observó un instante. Y de pronto hizo algo que ella no había visto desde hacía mucho tiempo. Lanzó una risita, la vieja risita del viejo y juvenil Henri.

Por supuesto, querida.

(Por fin... Creo que solamente por oírlo reír otra vez así vale la pena venir a este infierno...)

Recién al día siguiente volvió Henri, exhausto y con varios hombres heridos y trayendo numerosas cajas de cartón y madera...

Hola, ¿quieres té?

Sí...

¿Cómo fue?

Había muchos hombres. Más de los que creí. Me mataron siete de los míos pero conseguimos las medicinas.

He visto que tienes muchos niños y mujeres...

Sí. Son las familias de mi gente. Los medicamentos son para ellos. Luego debo conseguirles comida... y luego debo conseguir armas y municiones... y así hasta la eternidad...

¿Y cómo terminará todo?

No lo sé. Todo lo que puedo hacer es sobrevivir un día más y luego otro y luego o-tro...

Hasta que un día se acabe...

¿Y nosotros, Henri?

El la miró y ella compren
de pronto muchas cosas.
prendió que un hombre n
puede partirse en dos y q
a veces debe elegir entre
amor y la conciencia. Y m
tras se miraban ella oyó
reír de los niños, el parl
de las mujeres cocinand
todo ese mundo vietnami
se reflejaba en los ojos d
Henri.

Oh, Henri, ¿qué será de nosotros?

En los días que siguieron, Louise trabajó en la enfermería cuidando a los heridos, cocinó, engrasó armas, chapaleó en los arrozales. Su piel pálida se quemó con el sol y los mosquitos la devoraron...

Mira esto... ¿Crees que me utilizarían para la tapa de una revista de modas?

Más bien para una revista humor
tica.

El campamento se desplazaba continuamente de un lado al otro en la llanura de los juncos y más de una vez Louise oyó el lejano fragor de los fusiles y vio llegar a hombres que se tambaleaban bañados en sangre...

La situación está peor que nunca. Creo que tendré que tomar ciertas medidas.

¿Cuáles?

Voy a enviar a las mujeres y los niños fuera de la llanura. Los enviaré a que se pongan bajo la protección de los Cao-Dai . Ellos están mejor instalados. Los enviaré allá y yo seguiré la guerrilla aquí. Será más fácil.

¿Y yo?







querido decir mu- cosas y presintió que pero en estas po- ella había des- que a veces no es hablar.









Henri de Saint-André, hijo de general y de Francia, capitán caballero la Legión de Honor, el orgullo del ejér- la miró alejarse con su metralleta en y con sus legiones harapientas ...







FIN

RISAS



-Usted va a oir hablar mucho de mí. Yo soy el muchacho con el que ella se podía haber casado.



-Las cinco, señor. Es la hora de poner todo de vuelta en la caja fuerte...





-Mándeme doble todo lo que le pedí, de manera que cuando mi marido proteste por la compra, le devolveré la mitad.

LA ESTATUA DEL BULEVAR



Dibujos de SZILAGYI


Era inmaculadamente blanca. Con una blancura celeste,que a mí se me antojaba casi transparente.


Se hallaba de pie en su pedestal de mármol, con el torso ligeramente inclinado hacia un costado. Vestía apenas una leve túnica, que en algunas partes caía en blandos pliegues hasta sus pies desnudos, y en otras parecía adherírsele a la piel, permitiéndome adivinar las suaves líneas de su cuerpo.


Yo era apenas un adolescente, y nunca había admirado así a mujer alguna.


Ella, la estatua, se dejaba ad
sonriéndome desde su rostro
co.
(¡Si existiera de veras una
jer así. . . !)


Ahora, nueve años más adelante, la evocación de aquel primer asombro me hacía sonreír con ternura.
(Venía todas las tardes a admirarla. . .)


Encendí un cigarrillo. Eran los míos los primeros gestos de un regreso que había soñado durante largo tiempo y que por fin se había concretado.


(Volver al barrio, descubrir de nuevo el colegio, la plaza, la esquina donde antes estaba el potrero. . .)


(Y tú. . .)


Todas esas cosas formaban part
de mi ayer, de esa época linda
la adolescencia, que creía habe
superado definitivamente el día
que mis padres, incapaces de se
guir resistiendo más reveses
económicos, habían regresado
la provincia llevándome consigo


La historia de ellos había sido bien simple. Dos provincianos llenos de coraje para enfrentar una gran ciudad, que se habían aventurado en ella dispuestos a vencerla.


el barrio, los hijos, la rutina
todos los días. Y la incapacidad de salir
aquel pozo de estrechez y necesidades
al que fueron cayendo poco a poco.


Por eso habían escapado. Se habían replegado, volviendo al sitio del que, pensaban ellos, nunca debieron haber salido.


(Y ahora, en mí, tal vez esa misma historia se repita...)


(Aunque casi con seguridad tendrá otro fin. Yo tengo mejores armas. Mi voluntad, casi un título de médico, y ésta que vengo a pelear es mi ciudad, aquella donde he nacido, y que no voy a abandonar de ninguna manera.)


(Muchas cosas me ligan a ella. Un mundo de recuerdos que se me agitan adentro y me refrescan el alma...)


La estatua era, de entre todos ellos, la imagen que con mayor fidelidad había permanecido en mi conciencia.
(Siempre soñé con encontrar una mujer así. Pero está visto que algunos sueños no pueden realizarse...)


Anochecía. La estatua se divisaba apenas en el bulevar en sombras. Una suave llovizna había comenzado a humedecerme los cabellos.


Con las manos en los bolsillos, emprendí el regreso.


Caminaba ensimismado, con la cabeza baja. Fue por eso que no la vi hasta que tropecé con ella.
¡Perdón!


La culpa fue mía. No miraba por dónde caminaba.
Yo tampoco.


La miraba terriblemente conmovido. En toda su figura, las formas dulces de la estatua parecían haberse corporizado.


(¡Dios...!)

Ese fue sólo el comienzo. Un largo e inolvidable instante en el que yo creí estar viviendo uno de esos hermosos sueños que se acaban de pronto cuando estamos a punto de alcanzar lo que deseamos.



Pero Adriana no era un sueño. Era mi realidad; la que yo había comenzado a esperar varios años atrás, cuando era apenas un adolescente y me pasaba horas de pie junto a la estatua rogándole a mi fantasía por que cobrara vida.



Sin embargo, no era sólo la belleza que yo había admirado desde el primer momento en la escultura. Era algo más sutil. Una suerte de aire místico que me hacía pensar en la mujer que se le pareciera, lo armonioso del cuerpo correría parejo con la belleza del alma.



Y era eso, su espíritu, lo que terminó de conquistarme de Adriana luego que el parecido físico con la estatua me dejara encandilado.



Adriana era afable, ñosa, y tenía siempr flor de labios la pala para levantarme el á cuando algún inconv te parecía derrotarm cabo de dos meses su sencia se había hech prescindible en mi vi



En el tiempo que siguió me ví acosado constantemente por diversos problemas. La meta que me había fijado, lejos de concretarse, parecía alejarse cada vez más de mis posibilidades.



Los dos años de estudios que debía completar cuando volví a Buenos Aires me seguían faltando aún, un año y medio después de mi llegada. Fracasé en varios exámenes, y llegué a no presentarme en algunas materias.

















...después, mis cosas
...on a encaminarse.
...un empleo por medio
que si bien me obligaba a
...un poco más en los
... me permitía dedicarle un
... mayor a mi carrera.



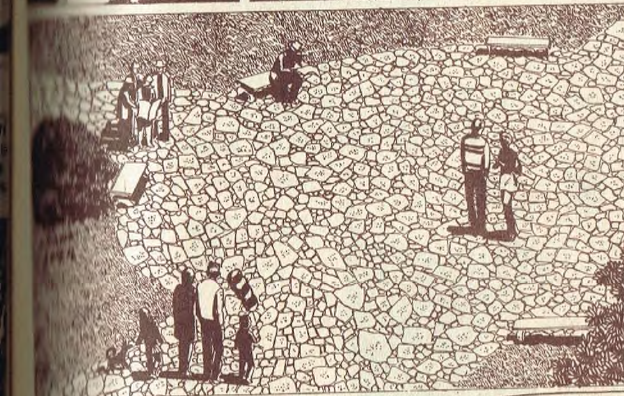
El plazo que me separaba del título se fue acortando. Claro que, si bien todo iba avanzando poco a poco, el tiempo faltante para la concreción de nuestros proyectos era todavía insoportablemente largo.



Aún después de recibirme de médico, deberíamos esperar para casarnos hasta que yo lograra cierta estabilidad en mi profesión.



Ni Adriana ni yo nos engañábamos respecto a eso.
De lo contrario lo que yo gane no nos alcanzará para vivir.
Tienes razón. Claro que ya se va haciendo demasiado larga esta espera.



No me sorprendí de su respuesta. Desde hacía algún tiempo, Adriana había comenzado a experimentar los primeros síntomas de cansancio. En realidad, yo no la culpaba. Sabía que le estaba pidiendo demasiado.



Adriana querida, sólo debemos tener un poco más de paciencia. Ahora que todo va realmente encaminado...
No puedes negar que eres hijo de provincianos. Mientras vayas seguro, no te importa avanzar despacio.



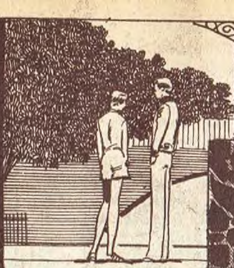
Dime de qué otra forma puedo hacerlo.
No me hagas caso. No quise censurarte. Sólo que a veces me parece que estamos malgastando nuestros años más lindos.
PROHIBIDO PISAR EL CE



Yo no lo creo así. Nos tenemos el uno al otro. Soñamos juntos. Y hasta los contratiempos, vividos así, entre dos, se transforman en vínculos de unión, en algo que, por compartido, nos acerca un poco más..



Invariablemente, al llegar a ese punto, Adriana sonreía con un pequeño gesto en el que yo no sabía si adivinarle lástima o cariño.
Poeta. Eso deberías haber sido. Un loco e irremediable poeta sin futuro.



Poco a poco, el cambio en las actitudes de
comenzó a oscurecerme el horizonte. Se la
ba impaciente. No hacía nada por comprend
puntos de vista y hasta se permitía ser irónic


Eso me desesperaba. Yo había centrado en ella lo mejor de mis ilusiones. Adriana era la parte más importante de mi existencia y el sólo imaginarme viviendo sin verla me llenaba de angustia.


Entonces, trataba de conformarme justificándola. Me repetía que ella tenía razón de estar cansada. Me decía que su actitud irritante era sólo un recurso para azuzarme a fin de que tratara por todos los medios de llegar más pronto.


Por eso me dediqué de lleno al estudio. Comencé a aflojar en el trabajo porque le robaba horas al sueño para preparar los exámenes.


El único tiempo que me re
vaba cuidadosamente era el
mis encuentros con ella.
(No quiero que se sienta aban
nada. No quiero que descubra
puede vivir sin mí...)


Un anochecer fui a buscarla a su casa, un poco más temprano que de costumbre. Me recibió su madre.


No, Claudio. Adriana salió y todavía no ha vuelto.


¿Puedo esperarla?


La adiviné algo incómoda. Pero me sonrió igual y me indicó un sillón.
Por supuesto, siéntate.


Aún no lo había hecho cuando escuché que un coche se detenía frente a la casa. De pie junto a la ventana, como me hallaba, pude ver perfectamente que Adriana bajaba de él.


Me incliné hacia la cortina. El hombre era de mediana edad, delgado y muy apuesto. Adriana lo saludaba sonriente desde la vereda, y su madre, a mis espaldas, me explicaba con voz alterada algo que yo no entendía.


Adriana se puso muy seria cuando entró y me descubrió, todavía parado junto a la ventana.
¡Claudio!


¿Quién es?


momento le estaba
necesario, mamá.
solos.


Creo que hay muy poco que decir.
Tal vez. Sólo contarte que ese hombre con quien me viste es un amigo de papá, y que tal vez representa la solución que estábamos esperando para adelantar la fecha de nuestra boda.


No te entiendo.


Sin embargo podrías adivinarlo. Alejo Suárez, ése es su nombre, me ha ofrecido un buen puesto en su empresa.




¿Te das cuenta? Contando con mi sueldo no tendríamos necesidad de esperar hasta que te afianzaras como médico. Bastará con que te recibas, y podremos mantenernos con lo mío hasta que comiences a ganar bien tú. Alejo me ha dicho...


llamas por su nom-


¡Claudio, por Dios, no irás a hacerme una escena! Sólo estoy tratando de ayudarte.
No te creo.


¿Qué dices?


Que no te creo. Nunca me dijiste que buscabas trabajo. Además para eso hay horarios y oficinas, no un coche lujoso con un caballero bien plantado que te trae hasta tu casa.


No me ofendas.
Parece que no comprendes que el ofendido soy yo.


Mientras regresaba a mi pensión, no pude menos que pensar que, en la parte final de nuestra discusión, los dos habíamos sido terriblemente injustos. Nos habíamos dicho un montón de cosas feas, para terminar separándonos sin saludarnos siquiera.


A medida que me alejaba de su casa, el aire fresco que me daba en la cara me iba serenando de a poco.
(A lo mejor he sido injusto. Tendría que haber atendido sus razones.)


Mientras por una parte mi corazón me incli naba a justificarla, el frío razonamiento de cómo habían ocurrido las cosas volvía a lle narme de indignación.
(Pero ese hombre trayéndola en su coche...)


Entraba ya cuando don Juan, el dueño de la pensión, se me acercó hablándome con voz alterada.
¡Por fin llega usted, señor Rosales! Hace más de dos horas que lo llamaron por teléfono desde la casa de sus padres.

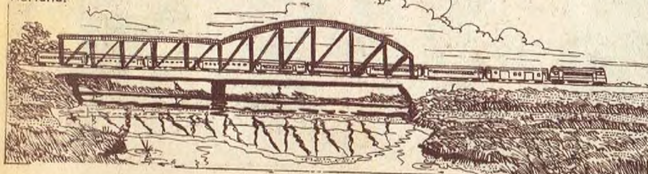

¿Pasa algo malo?
Me temo que sí, señor. La persona que habló le dejó dicho que viaje urgentemente, porque su padre está grave.

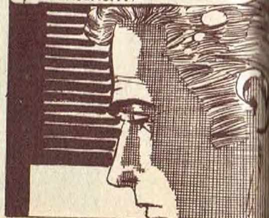

¡Mi padre!


Todo lo demás se borró entonces de mi conciencia. Como en medio de una pesadilla preparé una maleta pequeña y corrí a la estación.


LA PLATA


Don Juan ya me había reservado el boleto por teléfono, y el horario del único tren diario que partía hacia la provincia de mis padres apenas me dejó tiempo para fumar un cigarrillo apurado en el andén.


Ya en el tren y durante las horas interminables que duró el viaje, los últimos sucesos se me arremolinaban en la cabeza. La angustia sobre el estado de mi padre se mezclaba entonces con la que me había dejado mi discusión con Adriana.


(Y ni siquiera la llamé por teléfono para avisarle...)


pensar en ella en los días que
Papá se moría irremediablemen-
no nos separábamos del lado
mientras él permanecía profun-
dormido, sobrellevando una pesa-
que duró casi una semana.


Muy poco es lo que recuerdo de todo ese tiempo. Se me confundían por parecidos los días y las noches. En la semipenumbra de su habitación, mi madre y yo entremezclamos lágrimas, angustias y oraciones.


Por fin, todo terminó. Y yo también viví como en sueño los momentos finales, mi madre llorando apretada a mi pecho. La conciencia de mi tremenda responsabilidad futura. La sensación de vacío que nos había quedado.


días después, yo traté de abordar
cuidado el tema de lo que
de hacer en adelante.
necesario que yo me quede aquí...


No, Claudio. Tus hermanas y yo podremos arreglarnos perfectamente.
Pero tienes que tener en cuenta que ya no tendrás la ayuda de papá.


Hace rato que no la tenemos, hijo. La enfermedad de tu padre no fue repentina.
¿Y por qué no me avisaron nada?

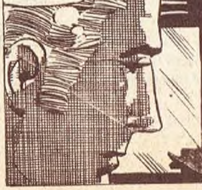

El no nos permitió que lo hiciéramos. No quería preocuparte. Siempre anheló que su hijo triunfara en Buenos Aires, donde no había podido hacerlo él.

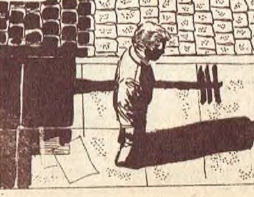

Laura, tu hermana, se empleó. Y
y la jubilación de tu padre nos arre-
bastante bien, a pesar de que tenía-
que pagar los remedios de él. Tú sabes
aquí se puede vivir sin demasiado dine-
Así y todo, yo tengo la obligación...


De eso justamente quería hablarte. Tú, hijo, tienes ahora la obligación de volver allá y terminar tu carrera. Ten en cuenta que ese ha sido el mayor deseo de tu padre.
Pero, mamá...


Me apretó el brazo con la mano. Una inmensa ternura le humedecía la mirada.
Hazlo por su memoria.


prometí firmemente cum-
con eso. Mientras regre-
a Buenos Aires hice un
recuento de mis pro-
que por supuesto ha-
sufrido algunas modifi-


Lo primero que haría sería ver a Adriana. Hacía ya un mes que faltaba de la ciudad, y no me había atrevido a llamarla por teléfono.
(Todo lo que tengo que decirle debe ser personalmente. Es demasiado importante.)


Estaba decidido a olvidar mis celos y pedirle perdón por aquella discusión. Adriana, me decía, era una mujer honrada, que me quería realmente. Sólo había pretendido ayudarme. Además, el hecho de que Alejo Suárez la llevara hasta su casa no era tan grave si se tenía en cuenta que era amigo de su padre.


Adriana misma salió a atender el timbre. Pero su recibimiento no fue el que yo había esperado.
¡Bueno! ¡Por fin has aparecido!

















Salí de allí y comencé a caminar a ciegas, sin fijarme hacia dónde me dirigía. Adriana no me había querido nunca. Un amor como el que yo creía que nos unía no podía derrumbarse en el pequeño lapso de treinta días.

(Y posiblemente a Alejo Suárez tampoco. Quiere su posición, su brillo su fortuna...)

No, Adriana no era la muchacha perfecta que yo había soñado. Posiblemente, de tanto anhelarla, mi espíritu la había modelado de acuerdo a mis deseos.

(Pero es sólo una mujer. Con todos los defectos que puede tener un ser humano.)











CERRADO AL TRANSITO

fin

PIELES

TEXTO: INES VILABOA
DIBUJOS: FERRONI (h.)



-Vengo a hablar con usted sobre el tipo de piel que me vendió.



-Todo muy bien señora, ahora lo que usted necesita son much
pesos y un marido comprensivo.



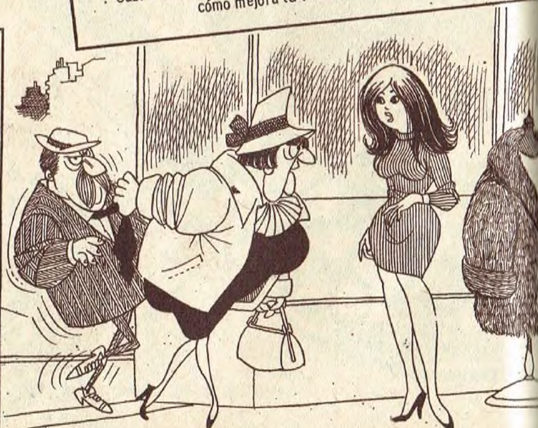
-Estoy seguro, Adelina, de que al camello le quedaba mejor...



.-Cada vez que pasamos por delante de una peletería, hay que ver cómo mejora tu reuma, Teodoro.



-Tú, Elena, quisiste siempre la igualdad de la mujer con el hombre, ¿no? Bueno; yo no tengo tapado de piel.



-Mi esposo tiene deseos de ver cómo me quedaría el tapado de piel que está en la vidriera, señorita.

historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

EL HEREDERO

Dibujos de KLACIK

En 1890-Italia Sicilia. Victorio Brancati es uno de los hombres más ricos y poderosos de la isla. Sus tierras se extienden a través de largas leguas que lo hacen el terrateniente de mayor fortuna del lugar.

Es un ser despótico, arrollador. La única ley valedera para él es su capricho. Nadie se pudo oponer nunca a sus deseos, a sus órdenes más pequeñas.



Tuvo un hijo, Alejandro, al que envió a estudiar a Milán cuando murió su madre. Preocupado por cuidar los inmensos bienes que tenía y acrecentar su fortuna, se preocupó muy poco por la suerte del muchacho, que vivía internado en un importante colegio.



A los veintitrés años, cuando Alejandro cursaba el tercer año de la carrera de medicina, conoció a María Mennelli, una chica recién recibida de maestra y se casó de inmediato con ella, comunicándole la boda, meses después, al lejano padre.



Por supuesto que Victorio Brancati reaccionó violentamente. No podía tolerar que su hijo hubiera actuado por sí mismo, sin consultarlo, sin pedir ni esperar su consentimiento.



Victorio Brancati tenía sus planes para el matrimonio de su hijo, después que éste se hubiera graduado de médico. Pensaba casarlo con una de las condesas Fesonni. Ahora todos sus cálculos se desmoronaban.



Alejandro había optado por el amor y no por el dinero ni por los títulos de nobleza. Era inmensamente feliz junto a una muchacha muy pobre que lo llenaba de ese raro milagro llamado ternura, que él nunca había conocido.



Por supuesto que la reacción de Victorio Brancati no se hizo esperar. Lo primero que se le ocurrió hacer fue suspender la pensión que le pasaba al hijo y que le permitía a éste estudiar y vivir, aunque fuera modestamente, pero sin trabajar.





Y no vivieron de su dinero. Ni Alejandro ni María necesitaban del dinero de Victorio Brancati para vivir. Tenían pies y manos, y unas enormes fuerzas para trabajar, enfrentar la vida y subsistir.




Al año y medio de matrimonio, cuando atravesaban uno de los momentos más difíciles económicamente, nació Luis.


Alejandro y María amaban a ese niño con un amor entrañable, profundo que iba más allá del amor común que dos padres pueden tener por su hijo.


Y tenían sus razones para querer de
forma especial a esa criatura dos ve
indefensa. Una por su pequeñez, por
debilidad, y otra por el problema con el
que había llegado al mundo.


Cuando María lo estaba aguardando en la escuela en donde dictaba clases, se produjo una epidemia de escarlatina entre los alumnos. Ella la contrajo y el niño sufrió las consecuencias de la enfermedad sufrida por la madre y nació sordo.


Entonces Alejandro había tenido que dejar de estudiar y trabajaba como enfermero en las importantes fábricas de los Viscontti, en donde se hacían calderas para locomotoras.


Eran muchos los accidentes que se produ
a diario. Alejandro corría de una sección
otra, multiplicándose por atender lo antes
lo mejor posible a aquella gente endurecid
por una labor brutal y peligrosa.


Un día de lluvia por ir apresuradamente a socorrer a un obrero, atravesó uno de los patios de carga y descarga sin mirar que avanzaba sobre él un enorme carro, arrastrado por dos caballos que lo atropellaron.


Lo llevaron de inmediato al hospital más cercano pero ya no se podía hacer nada. Alejandro mismo se dio cuenta que se moría y la reconfortó dulcemente a su esposa, preparándola para ese instante de separación.


Cuídalo..., cuídalo a Luis... Cuídalo... Cuídate tú...
No hables.


Ya no importa que hable o que no hable... Ya no importa nada... Déjame decirte todo, en una pequeña palabra que te va a caber en un puño... Dame tu mano...


Te amo... Te amo..., María... Te amo... Amor...


Cierra la mano...Aprieta fuerte para que no se te escapen las palabras... Cuando quieras oírme abre tu puño junto a tu oído y me oirás..., me oirás decirte que te amo..., que te amo...

María. No vale la pena. dichoso a tu lado. Me hi- inmensamente feliz. Gra- Muchas gracias por todo el que me diste, por todo el que ibas a darme y que la permite que me des.

¡Alejandro! ¡Amor! ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que ocurrir esto? ¿Por qué...?

Transcurrieron varios años. La vida fue muy dura para María. Trabajaba mucho y cuidaba celosamente de su hijo. Un día, de manera inesperada, la sacrificada maestra recibió la visita de un representante de su suegro, del poderoso señor Victorio Brancati.

¿Qué quiere de mí...?

Es un problema de la herencia que dejó la madre de Alejandro.

hijo es el heredero del padre, y, como menor de edad, usted lo representa. señor Brancati desea que viajen a su en Sicilia. Es por la de unos terrenos que eran de la del niño.

¿Y si me niego a ir...?

Puede obligarla. El señor Brancati tiene muchos abogados a su servicio. Ellos sabrían encontrar la manera de hacerla ir a Sicilia.

Señora, se lo recomiendo. No le declare la guerra a Victorio Brancati. Va a perderla antes de comenzar la primera batalla.

luminosa mañana de otoño María y el niño llegaron hasta la majestuosa finca de Victorio Brancati. El encuentro entre la nuera y el suegro estuvo cargado de un espeso silencio. Daba la impresión de que nadie se atrevía a respirar a su alrededor.

Chocaba la ropa humilde de María y el niño en medio de aquel boato provinciano recargado de cortinados rojos y cordones dorados, con grandes bandejas de plata sobre las enormes mesas de mármol.

María no bajaba los ojos ni evitaba mirar de frente al suegro. No le temía. Tenía dentro suyo una fuerza tremenda que le daba toda la desesperación, la angustia y el abandono que había sufrido a través de tantos años su inolvidable y amado Alejandro.

Señora, yo soy el escribano Lorenzo Genetti. Aquí están las escrituras que deberá firmar.

Luego las leeré.

tiene por qué molestarse, señora. está en orden. Usted tiene que firmar en su condición de albacea de su hijo.

Le dije que firmaré luego. Mañana quizá. Esta noche las leeré y mañana veremos.

—¿Qué problema está planteando?

No sé a lo que usted llama problemas, "señor". Los bienes son también de mi hijo y por él decido yo y no ustedes.

¡Yo soy Victorio Brancati!

Su nombre y su apellido no me dicen nada. Yo soy María Mannelli, ¿y qué...?


-Le ruego que mañana vengan a verme a la casa en que nos hospedamos. Estamos con la familia Toneze.
¿No se van a quedar a vivir estos días aquí...?


No. No nos vamos a quedar. Y estamos decididos a no permanecer más tiempo en la casa cuyas puertas le fueron cerradas a Alejandro Brancati.
Esa es otra historia.


-No es ninguna otra historia. Es la mism
La que estamos viviendo ahora.
¡Mi hijo me desobedeció


Nadie tiene derecho a darle órdenes al corazón de otro ni disponer de los sentimientos ajenos como si fueran los propios. Alejandro y yo nos amábamos a pesar de su prepotencia, señor. Y por ese amor fuimos capaces de pasar por sobre sus órdenes y el cerco de hambre que nos tendió.


No nos importó el frío y no tener qué comer. Nos amábamos. ¡Nos amábamos! ¿Sabe usted lo que es eso? ¡¡Nos amábamos!!!


Quiero que sepa una cosa. Su hijo lo admi
ba, lo respetaba y lo quería, a pesar de to
Entendía que usted era un hombre equivoc
do y esperaba que algún día, tarde o tempra
se diese cuenta de esos errores.


Lástima que para su hijo ya todo es tarde.
Yo no fui culpable de su muerte. Jamás podría haber deseado para él una cosa así.


Por supuesto. Nadie lo acusa de lo que fue un accidente. Esas son cosas del destino, que escapan a todos nosotros. Pero usted tiene remordimientos, ¿por qué?. ¿Es que ya ha comenzado a darse cuenta de que estaba mal lo que hizo con nosotros...?


¡Basta! ¡Jamás he tolerado que nadie me h
ble de esta forma!
No es la forma de hablar lo que usted no h
tolerado. Jamás permitió que alguien le dijera la verdad de las cosas, de sus cosas, de su manera de ser.


-Nos vamos.
Un momento. Quiero saber algo.


¿Por qué... el niño me mira así?
¿Así, cómo?


-No sé. ¡Es una forma extraña la que tiene de mirarme! Además creo que tiene cinco años y no habló una palabra.
Señor, su nieto es sordo de nacimi
to.


sordo de nacimiento también


-¡No puede ser...!
¿Qué es lo que no puede ser...?


-¡El heredero de don Victorio Brancati tiene que ser un hombre perfecto...!
¿Por qué? El único perfecto es Dios. ¿Acaso Victorio Brancati es Dios? No. Victorio Brancati es un hombre de carne y hueso,que morirá como todos los hombres.

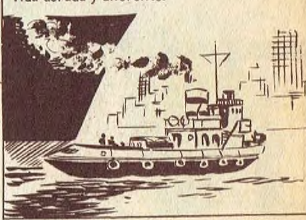

saberlo! Nadie tiene que
que mi nieto es sordo.
Apártese, que nos vamos.


-¡El niño no saldrá de esta casa! ¡Lo mantendremos oculto! ¡Lo haremos ver por los mejores médicos del mundo! ¡Pero que nadie lo sepa!
¡Apártese! ¡Usted está despreciando a mi hijo y no se lo voy a tolerar...!


Y ya se lo adelanto. Pierde el tiempo en ir a buscarnos al pueblo mañana por el maldito asunto de esas escrituras. Ya mismo nos vamos de Sicilia y no intente detenernos, porque usted será Victorio Brancati,pero yo soy María Mannelli.


voy a cuidar de usted, pero le reco-
que usted se cuide de mí. Pude
lo que hizo con Alejandro, aun-
olvido, pero no le voy a admitir
que desprecie a mi hijo.

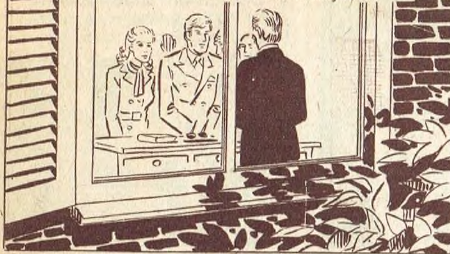



María dejó Italia sin que su suegro alcanzara a entrevistarla y se trasladó con su hijo Luis a Nueva York. Como ella, junto a ella, miles de otros inmigrantes buscaban en aquel mundo nuevo el principio de una vida dorada y diferente.


duramente. Iba a darle a su hijo
armas necesarias para que nadie
despreciara jamás. Iba a hacer de él to-
un heredero de los Brancati, pero un
a su manera, a imagen y seme-
de Alejandro, que fuera toda bondad.


Luis iba a ser un gran heredero, el mejor de todos, porque iba a tener el alma llena de ternura y comprensión.

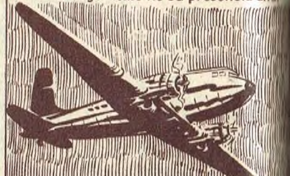

María hizo ver a su hijo por los más importantes médicos de esa época y, orientada por ellos, lo internó en el establecimiento de reeducación para sordomudos de métodos más avanzados que había en Nueva York.


Luis fue creciendo. Se hizo un muchacho de aspecto atlético. Era muy inteligente. Con el transcurrir de los años llegó a ser un hombre atrayente, casándose con Betty Nelson, una muchacha de profesión arquitecta, que lo hizo muy feliz.


Luis había cursado estudios que le permitían llevar las contabilidades de una cadena de agencias de ventas de automóviles. Se desenvolvía con completa facilidad entre la gente normal.


Luis entendía a la perfección lo que le decían observando el movimiento de los labios de su interlocutor. Había aprendido a hablar antes de los once años y aunque su voz sonaba extraña, era firme y respondía con soltura y exactitud asombrosas.


Todo esto era el milagro de María Mannelli, de la labor tremenda emprendida por María Mannelli. Todo eso lo había hecho ella sola, luchando sin descanso. Murió siendo todavía joven, pero muy vencida por lo mucho que había trabajado.


Murió feliz viendo a su hijo casado y dic
so. Un día Luis Brancati recibió en su ca
de Los Angeles, adonde se había ido a vivi
una carta de Italia. Los abogados del abue
que acababa de cumplir los noventa y och
años, lo habían localizado. Le enviaban los p
sajes para que se trasladase a Sicilia. Ne
sitaban urgentemente su presencia allá.


Y Luis y su esposa fueron al encuentro del terrible Victorio Brancati. Encontraron entonces a un anciano triste y solitario, viviendo en una casa enorme, vieja, abandonada, prácticamente vacía.


De mí no heredarás nada. Te queda algo de tu abuela. La mitad es mío y la mitad es tuyo.
No quiero nada, señor. No crea que se lo desprecio. Yo voy a firmar todos los documentos que usted desee, pero quédese con todo. Mamá me dejó mucho.


De mi fortuna no queda nada. Todo se me fue en malos negocios
Todo se lo llevaron las guerras. Queda algo que era de tu abuela
Es muy poco, casi nada. Pero yo lo necesito. Necesito que termin
mos con ese juicio del que hace tantos años no quiso participar
tu madre marchándose a América.















Victorio Brancati era dos veces pobre. Ya no tenía dinero, casi ni le quedaban bienes. No había sabido jamás querer a nadie en su vida. Y aunque siguiera viviendo algunos años más ya estaba muerto.


fin

ALÉGRESE



-Pero si ésta es su esposa... ¿Quién era esa hermosa rubia que trajo aquel día que no me dejó propina, señor?



-Esta es mi madre... No sé por qué, pero prefiere permanecer en el anonimato...

MI EXTRAÑO MARIDO Y MI EXTRAÑO HIJO



Por CRISTINA RUDLINGER

Dibujos de MARCOS ADAN

10880


sentado delante mío y me está
y, como cada vez que lo hace,
diciendo cosas lógicas y lle-
sentido común. Es habitual que
cosas inteligentes y razona-


Y además tienes que pensar en Kid.

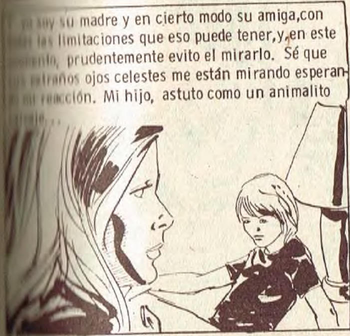

Kid en su rincón alza la cabeza y mira a Luis sin ninguna simpatía. Una lógica razonable no es algo que cautive a un niño.


Luis sabe y trata de pasar rápido sobre el tema.
Tienes que pensar en él.


Luis quiere tal vez a Kid, pero tal vez lo querría más si Kid fuera una copia menos perfecta de David, si no fuera evidente esa sangre inconfundible que le ha moldeado su hermosa cabeza y su carácter imprevisible.


Yo lo adoptaría. Sería como un hijo para mí.


Kid tiene sólo nueve años pero, como un animalito del bosque, olfatea el peligro. Luis se incomoda cuando tiene que hablar delante de él. Hay como una luz de sarcasmo que se ilumina en los ojos de ese niño cruel, mi hijo.


soy su madre y en cierto modo su amiga,con
las limitaciones que eso puede tener,y,en este
prudentemente evito el mirarlo. Sé que
ojos celestes me están mirando esperan-
reacción. Mi hijo, astuto como un animalito


Tengo que irme. Hay una reunión en la compañía.


Hasta luego.


Hasta luego, Kid.


Kid lo mira y le sonríe con inocencia. Kid no es hostil porque sabe que no es el momento adecuado. El acecha a Luis como un zorro,sin darle ninguna oportunidad.
Buenas tardes, Luis.


Luis no tiene respuesta para esta amabilidad tramposa.
En fin... Los veo luego.

Ahora estoy sola con Kid, que me acecha sin mirarme, que me vigila sin ahogarme, que me quiere sin pertenecerme, que es mi hijo querido y al mismo tiempo mi sigiloso carcelero. Esclavo de su padre ausente, una prolongación de él.







David es así y once años de matrimonio nada han cambiado. Y yo sigo casada con un vagabundo ruidoso, que se pasea con una cámara al hombro con una fotografía nuestra en algún bolsillo.



(Y yo tengo un marido
meses al año. Saltead
claro. Un marido de u
semana o de un mes ha
que otra vez se vaya a fi
una nueva guerra o un
vo país o algún otro disp
por el es-
tilo.)







(Y tendríamos hijos. Tal vez hijos tranquilos y juguetones, que nunca me asustarían como lo hace Kid. Mi pequeño demonio silencioso...)



Kid me acecha y en sus ojos, en su nariz afilada y en su mentón voluntarioso parece aflorar David como si solamente su sangre corriera en esas pequeñas venas.





Mamá no quiere a David y para ella será siempre "tu marido". Mamá no quiere a David porque nunca lo ha comprendido.

Está en Finlandia. Un film sobre la vida en el Artico.

Haría mucho mejor en quedarse aquí y prestar atención a su familia.

Mamá...él...



Sé lo que vas a decirme. Te prometió que este viaje sería el último. Te ha prometido eso a cada viaje desde hace diez años. ¿Qué clase de marido es? Vuelve con regalitos estrafalarios y cree que con eso se arregla todo.



Y no quiero pensar en cosas de mujeres. ¡Después de to
do Finlandia está al lado de Suecia!



La expresión de horror de mamá es tal que no puedo evitar el reírme.

Mamá, el está en el círculo polar ártico. Creo que tu geografía necesita una revisión.




Yo en tu lugar seriamente en le ofrece. Es vida. Una vi-

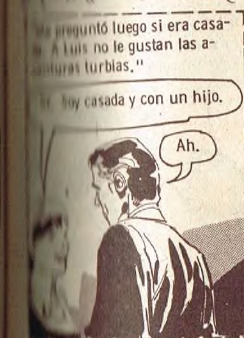

El viento mueve las hojas de los árboles. David amaba los árboles, el viento, y hasta en la naturaleza parece encaramarse el fantasma de mi marido, el extranjero.
Lo pensaré, mamá.


Mamá está satisfecha. Siente que ha cumplido con su deber de madre y ahora puede pasar a algo más agradable.
¿Te enterastes del escandalete... de...?


Y por encima de su escandalete y sus buenas intenciones veo a Kid que nos observa pensativamente. El viento sopla en las hojas y todo (el niño, el viento, las hojas) todo me habla de David.


David está lejos y a veces me pregunto qué realmente de mis sentimientos. Si Luis aparecido en mi vida tal vez nunca preguntado. Pero Luis apareció, y apuesto, en mi caótico mundo.


Me llamo Luis Moreno.
Yo soy Ana Korbe.


preguntó luego si era casa- no le gustan las a- turbias."
casada y con un hijo.
Ah.


¿Y su marido?
Está en Francia. Es camarógrafo. Hace reportajes filmados.


¿Hace mucho que no lo ve?
Tres meses.


"Eso fue todo, pero dos meses más tarde la casualidad nos volvió a enfrentar. La casualidad es una mujer con un sentido del humor muy raro."
¿Y su marido? ¿Volvió?


en Finlandia ahora. que ver con la región
Hmmm.


Un matrimonio un poco raro, ¿no? Sin intención de ofender, claro.


"Le sonreí."
Un matrimonio muy raro. Y no hay ofensa.


He estado un poco meterete. ¿Me deja que la invite a cenar para disculparme?

"Fue una amistad que poco a poco se complicó."
Yo te quiero, Ana. ¿Lo sabes?
Sí, Luis. He hecho mal en no detenerlo. Tengo un marido.
¿Un marido? Tienes un inquilino que está siempre de paso. Eso no es normal.
No. Normal no es.
Quiero casarme contigo, Ana. Quier te un hogar.
Yo...
Quiero que lo pienses. No me contestes ahora.
¿Y Kid?
"¿Y Kid? Luis lo habría querido sinceramente, pero en mi hijo aflora David por los poros y por las venas y todos sus gestos; sus risas y sus humores son un eco de él. Luis hubiera podido identificar a David en una multitud sin nunca haberlo visto."
Con el tiempo se acostumbrará. Los chicos olvidan fácil.
"No. El sabe que no. Sabe que Kid su enemigo. Sabe que este niño mático está defendiendo el fantas de su padre con uñas y dientes. Luis cree eso pero está tratando d convencerme."
Ya verá
(Carta de Finlandia. Lo sé. Sé lo que contiene. Muchas páginas bien escritas que me cautivarán. ¿No es sospechoso que David haga todo bien?)
(Tal vez por eso todos lo detesten un poco..., excepto este extraño hijo suyo que, más que un hijo, parece que fuera su dueño. Nunca ha importado cuán larga es la ausencia de David. Kid nunca olvidó. Al contrario...)
Mamá, llaman a la puerta.
Hola, querida. ¿Cómo estás? ne a tomar un poco de té y a c mear un poco..
Hola, monstruito.
Hola, fea.
Clara es muy hermosa, fútil, poco inteligente y encantadora, y pasa por la vida como un pájaro atolondrado. Yo la quiero mucho y, lo que es más raro, Kid también.
Me encontré con Luis Moreno.
¿Ahá?
Me dijeron que te puso entre la espada y la pared, querida. ¿Es verdad?
Algo así.

...ría tener a Luis papá, Kid?

Pero Kid esquiva esta trampa cariñosa con astucia.

Luis es muy bueno...

..., pero creo que yo estaré muy contento cuando vuelva papá. Papá es mucho más alto que Luis, ¿verdad?

¿Sabés? Siempre me pregunté cómo se debe sentir una teniendo un hijo como Kid.

¿Te parece anormal?

... un chico lleno de amor. Amor ... su padre y amor por vos, y está ...puesto a tenerlos sujetos de cual... modo. Algo así como un peque... gángster de sentimientos.

Sos una exagerada.

A lo mejor. Me estoy sicoanalizando, ¿sabés?

... todo esto, ¿vuelve tu hermoso mari...? Si vos lo dejás, te juro que yo me lo ... ¡Dios mío! ¡Siempre tuve chuchos ... sólo de mirar esos ojazos que tie...

Sos una loca. Y ahora que lo pienso, hay una carta aquí. Dejáme leerla.

Sí. Y me contarás todo lo que dice, claro.

Ah.

Dejé la carta y miré a Kid. Kid esquivó mis ojos lánguidamente. El ya lo sabía, eso era evidente. Sus profundas raíces de sangre ya debían haberle comunicado el mensaje.

Vuelve. El sábado.

Ay, ay, ay, ¿qué vas a hacer? Eso es pasado mañana.

No lo sé, Clara.

No lo sé.

Luis no se inmutó. El tenía la respuesta lógica a esa situación, ilógica.









a Ezeiza no
como dos
que tu-
de desper-
escrúpulos del
La lluvia no cesa-
monótono gol-
un telón de
melodramático
visible, como
vieja película
de moda.









haber
en un
De pie
la mul-
vesti-
de negro
sus ca-
rubios
por
lluvia pa-
un duen-
malig-
escapado de
libros de
infancia.







El también estaba vestido de negro y también sus cabellos rubios estaban brillantes de lluvia, como si al través de miles de kilómetros y sin una palabra se hubieran cruzado misteriosos mensajes de sangre, una telepatía de venas y descendencia.




¿Y mamá?


Allí.


Y ambos comenzaron a marchar en mi dirección tomados de la mano, idénticos, perfectamente sincronizados, idénticos, perfectamente coordinados, hermosos...


Luis me mira. El siente que algo flota
el aire, que mi caos se aclara, que
comienza a ocupar un lugar exacto.


Por fin lo miro. Pobre Luis...
Lo siento, Luis.


¿Es por tu hijo?


Le sonrió con pena. Un regocijo terrib
me está quemando por dentro y tengo
pronto una necesidad animal de reunir
con mis dos hombres.
No. Kid es solamente mi hijo. Es por
vid, ¿sabés? A veces una se olvida un
poco qué es amor. Yo me olvidé un.po
quito.


Pero... no es lógico.
No, claro que no. Nunca lo es.


Adiós, Luis. Lo siento. Perdóname.

aparté de él sin dificultad, como
que corta sus amarras, y fui
de esos dos seres únicos
hacia mí, sintiendo la
de la felicidad golpeando como
en mis oídos.



FIN

LA VENGANZA,
por Eduardo B. Costa
Versión libre de "La daga" de G. de Maupassant.
ARMONÍA EN GRIS BRUMOSO,
por Luis Ferreyra
-Es un muchacho extraño. Parece buscar algo...
HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,
por Cristóbal María Paz
Nueva investigación sobre problemas del corazón.
UN ATARDECER DE OTOÑO,
por Paola Mur
Fue como redescubrir Buenos Aires. Caminaba...
CUENTOS DE ALMEJAS,
por Pedro M. Mazzino
¿Un loco atronando el aire con el escape libre?
EL PRETENDIENTE DE VANESSA,
por Lizeth de Azcurra
Estaba parada en el andén, mirando desorientada.
HISTORIA DEL PAJARÓN, YO, Y DE LOS INGLESES, ELLOS, por Robin Wood
¿Qué hago en París? Soy médico, sigo un curso.
BALADA DE LOS SOLDADOS TRISTES,
por Fernando Díaz Valenti
No hay nadie en la aldea. Hace mucho que no hay...
LA LEYENDA DE ALASSIO,
por Francina Siquier
Sabía que iba a morir. Ellos no lo entenderían.
LA SOMBRA DE UNA NUBE,
por Paula Marín
Las playas son cálidas y acogedoras. Pensaban disfrutar de un alegre fin de semana, pero él...

EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE

intervalo ALBUM



HISTORIA DEL PAJARÓN, YO, Y DE LOS INGLESES, ELLOS

intervalo ALBUM

ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES
RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)



EDITOR RESPONSABLE
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.
SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas; de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable: COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos 45-1145 y 4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.

CORREO ARGENTINO CENTRAL
CONCESIÓN N° 372
TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN N° 2761



UN TOQUE DE DISTINCIÓN



UN TOQUE DE DISTINCIÓN

Una película CINE INTERNACIONAL
dirigida por Melvin Frank.
Adaptación de Paola Mur
Dibujos de Moraga.

REPARTO

STEVE *GEORGE SEGAL*
VICKI *GLENDA JACKSON*

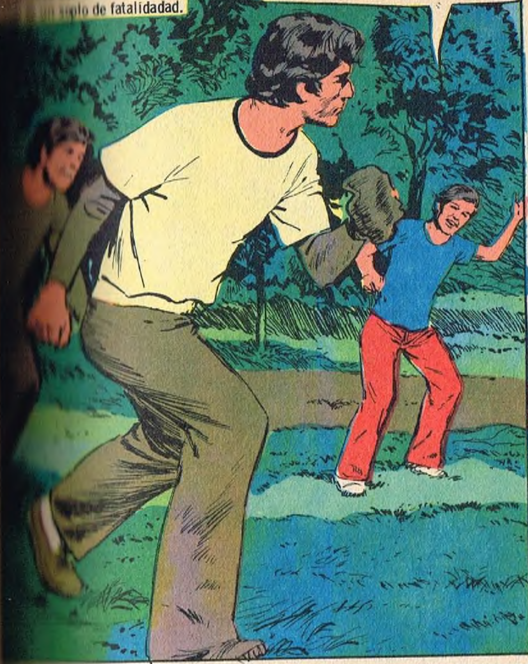


No hace mucho tiempo hemos brindado desde estas mismas páginas filmes interpretados por las dos grandes figuras que encabezan el reparto de "Un toque de distinción": Glenda Jackson actuaba en "Legado de un héroe", y George Segal lo hacía en "Los amantes de Venecia".

En esta oportunidad juegan los papeles protagónicos de esta nueva y sensacional película, papeles difíciles, en cuya resolución muestran ambos actores, una vez más, sus extraordinarias dotes interpretativas. Sumado ello a argumento y dirección sobresalientes, se obtiene un brillante resultado, evidentemente.

Y nuestros lectores merecen la oportunidad de apreciar una vez más, en cuidada versión gráfica, una película de tal jerarquía.


10844


parque público
debió estar impreg-
de fatalidadad.
¡Córrala, señor! Si toma la pelota en el aire obtenemos un punto.




¡Me hiciste perder una excelente oportunidad, chico!
Y usted pudo hacerme perder algo más importante...


¿No es demasiado
entusiasmarse tan-
estúpido juego?
¿Estúpido el béisbol? ¿Intentó practicarlo alguna vez, señora?


Era una mujer de figura estilizada y movimientos elegantes. Hasta que tomó el bate, sólo para probar que cualquiera podía ser mejor que ese grandu-lón bien plantado y soberbio.


la bola a esta dama
hacernos pasar


¡Es un jueguito de niños y...!


Tomó usted demasiado impulso, pero yo estaba atento. ¡Ha caído en buenas manos!


¿Quiere hacer el favor de soltarme?
¿Está segura de que desea eso?


-Segurísima- gritó. Y él la soltó. El césped de los parques públicos de Londres parece mullido cuando se lo observa. Pero, si uno intenta comprobar si de verdad lo es, puede llevarse una dolorosa sorpresa.
¡Ay!


¿Dónde te lastimaste, mamá?
¡Deja de hacer preguntas tontas, Edward, y busca a tu hermana Lisa! ¡Nuestro paseo del domingo ha terminado!


¡Le dio una buena lección, señor Blackburn! Tardará en olvidarla.
(Yo también. Sentí algo cuando la tuve en mis brazos. Una cosa difícil de explicar.)


O que no quiso explicarse. El lunes por la tarde ella esta
mersa en la vorágine de su tarea cotidiana.
Si te mueves no podré dibujar tu modelo, Maggie.
Teléfono para tí, Vicky
Nueva York.


¿Eres tú, Sam? Sí, el envío partirá en dos días hacia allí. ¿Antes? ¡Imposible! Estamos atiborrados de trabajo. Cuando elegí esta profesión de "copiadora" de modelos no sabía lo que hacía.


Necesitas descanso, Vicky. Aún mantengo mi invitación de la semana pasada.
¿La de pagarme quince días de vacaciones en alguna playa, Cecil? Iría, porque la idea me tienta. Pero hay un pequeño inconveniente.


me las echaría a perder!
Salgo antes de que la llu-
transforme en chaparrón.


El rostro de Cecil simbolizaba la furia. El de ella también cuando abrió la portezuela del taxi que suponía libre y lo vio.
¿Usted?
¡El destino vuelve a enfrentarnos, señora del parque!


Llamé el auto primero, pero le ofrezco compartirlo. ¡Suba!
Gracias. Sin ropas deportivas se comporta usted como una persona normal.

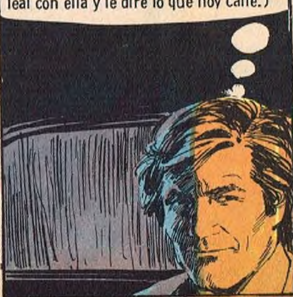

callados un rato. -Voy al número 80 de la calle Groscenor-
fin. -Yo más lejos- respondió él.
Blackburn y he
agitado en mi ofi-
seguros.
El mío fue agotador, pero aún no ha terminado. Me aguardan las tareas de la casa, luego de estar siete horas "copiando" modelos.

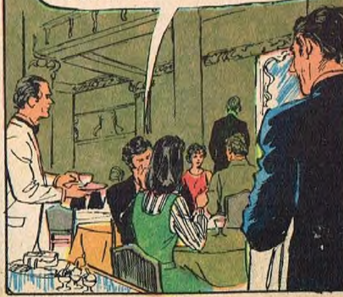

Comprendo lo pesado que debe resultarle atender a dos niños y a un esposo en tales condiciones. ¿Es él muy exigente con la comida?


señor Blackburn. Soy Vicky Alassio, viu-
norteamericano de origen italiano que se dedicaba
automóviles aquí, en Londres.


El se disculpó por esa pregunta que estuvo fuera de lugar con un gesto en el que ella detectó al caballero de buena familia. E hizo algo más cuando la ayudó a bajar.
Me apenaría terminar aquí mi relación con una mujer como usted. ¿Tomamos el té mañana en el Churchill?


diablos le dije que sí? ¿Es-
hartándome de la soledad o me
esa apostura de noble in-
posee?)


(¿Cómo se me ocurrió formularle la invitación? Parece sincera y nada sofisticada. Eso debió atraerme. Mañana seré leal con ella y le diré lo que hoy callé.)


¿Una esposa y dos hijos?
Sí, igual que usted, pero con la diferencia de que mi mujer está viva.

No estamos haciendo nada malo, señor Blackburn. Apenas tomamos el te charlando como dos simples amigos.

Lo sé, pero no es justamente eso lo que los demás vienen a hacer aquí.

¿Cómo era su marido? ¿Romántico y
como dicen que suelen ser los latinos?

Alassio era la excepción a esa regla. Un hombre frío y egoísta. Lo único que me dio fue su apellido.

Carecía de esa distinción que a usted le sobra. ¿Cómo es su esposa?

Se llama Gloria. Posee cultura y belleza excepcionales y pertenece a un montón de sociedades de beneficencia. Menos a una.

-¿Cuál?- preguntó ella, cuando la chicharra del aparatito del intercomunicador para ejecutivos sonó en el bolsillo de él.

Me necesitan en mi oficina con urgencia. Pagaré al mozo antes de salir. Adiós, señora Alassio. Ha sido un placer.

(¿Cuál? ¡La "Sociedad de ayuda y
ción a Steve Blackburn"! No tuve
je de confesarle que soy un espo
legado. Ella parece ser la antítesis
Gloria; una mujer como la que yo
cesitaría.)

¿En qué piensas, Vicky? Has estado todo el día como ausente.

Cansancio, Cecil. Creo que necesito esas vacaciones que me ofreciste. Un par de semanas en un sitio lleno de sol y aire puro.

¿Has resuelto aceptarlas?

Sí, pero no te hagas ilusiones: me marcho sola. Mis chicos quedarán con mamá. ¡Hazte cargo del estudio y después deséame suerte! ¡Adiós!

Gloria Blackburn llegó a Londres esa tarde. Había pasado la última semana en un festival benéfico en Brighton y lo primero que hizo, luego de dejar resbalar un beso en la mejilla de Steve, fue anunciarle el programa de los días venideros:

Deberás acompañarme a la fiesta de la Unicef y al baile de...

Lo siento, la compañía me envía a una misión especial en España. Debo partir esta misma noche.

¡Qué contrariedad, querido! Me gustaría ir contigo,
ro si quiero ser reelegida en la comisión de damas
Unicef debo asistir a esas reuniones. ¿Lamentas ir
solo?


mentirle cuando dijo sí. Pero había
misión. Lo que quería era alejar
que ya no parecía un hogar y
su matrimonio.
el pasaje y... ¿no es ella la se-
Alassio?)


-Sí, mi destino es Málaga.
Ha tenido suerte. En el próximo vuelo quedan sólo dos asientos.

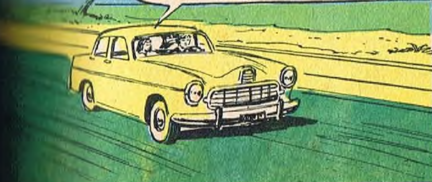

¡Yo tomo el otro, señorita! ¿Cree que habrá sol en Marbella?
Allí brilla todo el año, señor. Volverá con la piel tostada y la mente despejada. ¿Su nombre?


Vicky salió del asombro lo encaró. -¿Qué significa es-
,dijo él.
Uno no puede rebelarse a su mandato. Estuve antes en la Costa del Sol. Seré su guía.
la señora Blackburn


Lo ignoro, pero sé lo que pensaría ese hombre que se acerca. ¡Es Walter Menkes, productor cinematográfico y amigo de nuestra familia! Tendremos que fingir no conocernos.


Patti está allá, con mi hijo menor, Steve. Al-
una casa y nos gustaría que vinieras a hospe-
¿Me oyes o no?


Te agradezco la invitación, Walter, pero prefiero ir a un hotel.
Como quieras, pero mi mujer se enojará. Es gran amiga de la tuya, y sé que le gustaría contarle, al regreso, que estuvo controlando tus pasos.


temor extraño, como si de verdad estuviese a punto de ha
malo. Al llegar se deshizo de Walter y alquiló un auto para
Marbella. El sol se moría en el horizonte.
Que una cosa quede en claro, Steve: será mi guía, el amigo que la casualidad me hizo conocer.


No pretendo ser otra cosa, Vicky. Pero, ¿qué diablos le pasa a este cascajo?
¡Conozco la trampa! Suelen hacerla los muchachos con las chicas que se muestran difíciles. Simulan una avería y...


¡El embrague ha dejado de funcionar!
¡No lo creo! Eligió el camino más solitario y nadie podría auxiliarnos. ¡Vamos, don Juan, comience su tarea de conquista! El mar inunda el aire de rumores y la noche pronto caerá.


(Me equivoqué, cerró el auto de afuera y me dio la llave. "Si usted no lo desea, nadie entrará allí", dijo. Sigue comportándose como un tipo distinguido.)


Lo siento, Steve. Me creo más segur
su lado que dentro de esa lata de sa
nas. ¿Cómo piensa llegar a Marbella?
Pasa un ómnibus en la
Lo abordaremos.


Se sentaron a contemplar el mar y estuvieron silenciosos. Dos almas solitarias en la noche callada e insinuante.
De niño solía ir a casa de mi abuelo, en Jersey. Ibamos a pescar y pernoctábamos en la playa. El me contaba historias extrañas, Vicky. Recuerdo una que...


(Se ha dormido.)


El rítmico compás de su aliento cálido y su perfume aleteando a su alrededor. Sintió miedo de nuevo. ¿Había estado así, alguna vez, con Gloria?
(¡Jamás! Gloria es el brillo de una fiesta o la charla elegante en una reunión de amigos. La mujer ocupada que piensa en los necesitados...)


(...y se olvida de mis necesidades. ¿Qué será de nosotros, Vicky Alassio?)


La señora y yo hemos pasado una noche a la intemperie, amigo. Necesitamos un buen baño y una cama mullida.
Es lo que estoy ofreciéndoles, señor.


Pero, ¿por qué dijo "tengo lo que necesitan" con esa expresión de complicidad? Ella es señora, pero no la mía.
Por eso mismo. Estoy habituado a est
cosas. No son los primeros ingleses q
vienen aquí y...


tomar dos cuartos! ¡Dos!
señor. ¿Con vista
ibraltar?


Gracias por defender mi honor, Steve, pero exageró la situación con ese pobre hombre.
Nos juzgó mal. Estoy tratando de ser y parecer su amigo, aunque me cueste.


Sola, en su habitación, dejó que la ducha fría la sacudiera. A ella también comenzaba a costarle ser y parecer. Desde siempre había deseado un hombre como Steve Blackburn; un moderno príncipe azul.
(En todo pone su toque de distinción, y me regresa a los años de mi añorada adolescencia. ¿Puede ser esto peligroso?)


pensando en su actitud de esta mañana. Creo que lo hamás que mi honor. Está enamorado de su esposa,
Vine a despejar mi cabeza, Vicky. Preferiría hablar de otra cosa.


¡Brindemos por nuestra creciente amistad! ¡Por los hermosos días que pasaremos al sol! ¡Y por la ternura de su mirada!
¡Por todo eso, Steve!


español suele ser muy
pero tiene una particu-
es más fuerte de lo que
A medianoche estaba e-
tuvo que sacarlo del
El aire de la noche lo despejará.
¿Quién quiere despejarse?


¿Te dijeron antes que eres una muchacha encantadora?
Comienza a ver visiones, Steve.


jamás le ha-
un piropo.
limitado a
como a
autos.
pronto vol-
sentirse la jo-
deseosa de
Antes
los ojos
¿Qué dirá mañana, cuando recupere la sobriedad?
¡Eres bella, muy bella...!



–Es aquí, doctor. Los dos cayeron a la piscina, pero él llevó la peor parte.

Comprendo. Las mujeres suelen ser más fuertes para esas cosas.

¡Un nudo muscular en la espalda que le provoca espasmo y dolor! Necesitará masajes. Puedo recomendarle una enfermera que...

Yo sé darlos.

¿Hacías lo mismo con Alassio, Vicky?

El era un hombre fuerte. Y, además, cuando bebía no se acercaba a las piscinas. ¿Te calma ese terco dolor?

Pienso en mi esposa. Gloria hubiese recurrido a una enfermera. No sé si fue suerte o desgracia haberte conocido.

¡Fue suerte, Steve, te sirvo para ha
la recordar a cada momento!

Esa tarde ella fue de compras a la ciudad. Quería llevarles cosas a sus hijos. Pero las medidas españolas no son las inglesas. Tuvo que tomar un punto de referencia.

¿Puedo usar a su niño para una prueba, señora?

¡Seguro! ¿Es usted de Londres?

Sí, ¿y usted?

También. Y me siento muy sola aquí. En esta época no hay muchos turistas ingleses. ¿Qué tal si viene a cenar a mi casa esta noche?

¡Por fin doy contigo, Steve! ¿Dónde estuviste metido estos días? Te busqué en los links y no te encontré.

Tuve un pequeño accidente, Walter. Dos jornadas de cama y masajes. Pero ya estoy bien. ¿Juegas?

Le costó hacer la parodia del hombre solitario. Dijo que al día si
guiente comenzaría a realizar esa misión que le encargara su
compañía de seguros, pero no contó con la hospitalidad de su
amigo.

Ven a comer a
casa esta noche
Patti quiere ver
¿Es buena hora
las ocho?

...de tu paseo, Vicky? Abre. De-... algo.

...quedado en ir a cenar en ...", ese restaurante...

...tan famoso que queda en el puerto.

Hay cambios en el programa. Ese amigo del aeropuerto, ¿recuerdas? Me invitó a su casa. Debo ir o pensará cosas. Tendrás que quedarte sola.

Comprendo, Steve. Las apariencias, tu esposa y todo eso. No me quejo. Sigo considerándote el guía que te ofreciste a ser. Lo de la noche de tu ebriedad no cuenta. Hablabas por el vino.

¿Lo crees? Yo mismo no lo sé aún. Mañana charlaremos acerca de ese asunto. Pienso que debo tomar una decisión.

...quedó sola resolvió aceptar la invitación de esa mujer de la ... Ni siquiera sabía su nombre, pero recordó cómo y cuál era ... que le había explicado para llegar a su casa.

(Una inglesa en tierra extraña. Que busca compañía. Hablaremos del clima de Londres y de niños.)

¡Ah, señora Alassio! ¡Qué bueno que viniera! Estábamos a punto de cenar. ¡Pase usted, por favor! Justamente le contaba a mi esposo nuestro encuentro.

Gracias, señora.

(¡Vicky!)

(¡Steve!)

Patti y Walter Menkes advirtieron el asombro de los dos. -¿Se conocen ustedes?- preguntaron casi al unísono.

No, yo... sólo la he visto en el hotel. Se hospeda allí, ¿verdad?

Sí, señor Blackburn..., quiero decir, ése es su apellido, ¿no?

Es una pena que la esposa de Steve no esté aquí, señora Alassio. Quedaría usted encantada con ella. Es una mujer angelical, delicada y culta. ¡Y sus hijos dos maravillas!

Patti hablaba intencionalmente. Sospechaba de esas miradas nerviosas que se tiraban los dos. Y la comida resultó un fracaso.

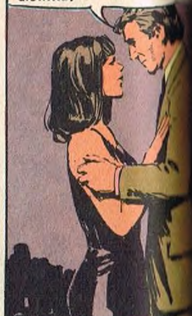
¡Pasa algo entre ellos, Walter! ¿Cómo sabía ella el apellido de él? ¡Fíjate cómo se marchan juntos! ¡Y la pobre Gloria ignorándolo!


¡Eres fantasiosa! Se conocen del Hotel Guadalmira. ¡Entra y vete a dormir!
¡Se lo contaré cuando estemos en Londres! ¡Todos los hombres son iguales! ¿Crees que olvidé lo que pasó contigo y aquella "estrellita", hace unos años?


Fue un mal momento, Steve. No debí ir. Pero no podía saber que estarías allí.
No pasó nada. ¿Tenemos ... so algo de qué acusarn...


Se oía el murmullo del mar y la noche tenía magia. Sintió la mano de ella sobre su brazo. Volvió la cara y le descubrió la mirada más triste que le conociera.
¿Es ella, tu esposa Gloria, tan magnífica como la pintó la mujer de Menkes?
Creo que sí.


¿Por qué no la trajiste a Marbella, entonces? ¿Eres tan tonto como para dejarla sola?
Soy yo quien queda solo, Vicky. ¡Siempre! Vivimos rodeados de gente que no me interesa. ¡Le importa más ser de la comisión de damas de Unicef que la señora Blackburn!


Y tú... ¡tú eres otra cosa ... distinta!


Siguió un tiempo de sol. Vicky y Steve saboreando esa España llena de colorido y misterio. En el asombro de un crepúsculo o el miedo de una corrida en la plaza de Málaga.


¡Steve!


Recorriendo las ruinas del castillo de Fuengirola y endulzándose con un helado en Torremolinos...
¿No es tu amigo Walter Menkes?


-Voy a empolvarme la nariz, Steve.
No hay razón para hacerlo. Ya te vio.

era un amigo, después de todo. Llenó plácidamente la que ella dejó vacía y pidió otro helado.

Yo también pasé por eso, Steve. Así, gordo y torpe como me ves, conozco lo que significa una aventura pasajera.

Ella integraba el elenco de filmación de una de mis películas, en Escocia. Nos atrajimos mutuamente. Mi cabeza giraba como un tiovivo. Me creía feliz sólo cuando la tenía cerca.

Hasta que empecé a sentir remordimientos. Consulté a un psiquiatra: "¿Ama usted a su esposa y a sus hijos?" "Claro que sí", le respondía. Después de gastarme un dineral me hizo la pregunta fatal: "¿Los dejaría por esa chica?"

Me di cuenta que no podía ser. Volví a verla años más tarde. Era madre de mellizos, su esposo tenía una casa con piscina, y asistía todos los jueves al club de gorditas. Adiós, viejo. Patti y yo regresamos a Londres mañana.

Vicky le descubrió la cara sombría. Pero no dijo nada. Las vacaciones terminaban también para ellos. No tuvieron que esconderse de nadie en el avión.

¿Nos veremos de nuevo?

En Londres no voy a necesitar un guía.

Yo sí, Vicky. Es allí donde me siento perdido.

¡Hola, Steve! ¿No hay telégrafo en Málaga?

Estuve muy ocupado, Gloria. Supuse que no estarías en casa. ¿Y los chicos?

Duermen. Han preguntado mucho por ti estos días. ¿Los extrañaste?

Sí. Me daré un baño e iré a dormir. El viaje me agotó. Mañana mismo retorno a la oficina.

Evitaba mirarla de frente. "¿Ama usted a su esposa y a sus hijos?" "¿Los dejaría por esa chica?" Vicky no era ninguna chica, sino toda una mujer. Menos distinguida que Gloria, claro. Pero, ¿qué importaba?

Ayer estuve con Patti Menkes. ¿Me oyes, Steve?


¡No oigo lo que hablas! Ni quiero que grites y despiertes a los chicos.


Cuando salió no le dijo nada. Se acostaron y durmieron, como tantas otras noches. El resto de la semana lo pasó muy ocupado en la oficina. Y el domingo...
(Aquí nos encontramos la primera vez.)


Ninguna inglesa cambia
mente sus viejos hábitos.
dad, señora Alassio?
¡Steve!


Edward y Lisa jugaban más allá, ajenos a todo. Ocupó la parte libre del banco. Se miraron largamente en silencio. No era el sol de Marbella ese reflejo gris que apenas traspasaba las nubes. Olía a humedad el parque público.
Te extraño, Vicky.


¿Qué dijo la señora Blackburn?
Nada fuera de lo común. Está
siempre bonita, elegante y
do a la reunión de la comisión
damas de Unicef.


¿Qué harías si de pronto apareciese aquí? ¿Soltarías asustado esta mano que me tienes tembloroso?


El lejano Big-Ben sonó la hora. Se puso de pie y trató de poner
en la voz para que sus palabras parecieran una orden:
Debo ir a buscarla ahora. Estoy resuelto a tomar una decisión. ¡Hablaré claro con Gloria! Espérame en este mismo banco a las nueve de la noche. ¿Está claro?


¡Clarísimo, Steve! Aquí estaré. También yo debo ir en busca de mis hijos. Es la hora de su merienda.


Se quedó inmóvil hasta que la vio perderse en las sombras del parque que el crepúsculo volvía lúgubre. Tuvo la sensación de un adiós, pero sólo debía ser el comienzo de algo mejor.


algo malo, Steve? No
la boca desde que
al auto.
¿Para qué hablar cuando no hay nada que decir, Gloria?


No pudo, o no quiso hablar claro. Se sentía confuso. Inseguro como nunca. Tomaron el té en la casa. Los chicos estaban en el club. Llegarían tarde. "¿Los dejaría por esa chica?" ¿Y la resolución? A las ocho y media abandonó la biblioteca donde trató en vano de matar el tiempo leyendo.
¿Sales?


Sí, tengo algo que hacer.
quiero que sepas una cosa. Se trata de la de damas de Unicef. Hoy hubo eleccio- y ...


Me lo contarás después, Gloria. Adiós.


Por el camino comenzó a lloviznar. Ese maldito tiempo de Londres. Dejó el auto frente al parque . El Big-Ben sonaba las nueve.
(¡No ha venido aún! Si le tuvo miedo a esta llovizna...)


algo aquí,
papel.)


"Es mejor así, Steve. Fue hermoso. Me has hecho sentir de dieciocho años por primera vez en mi vida, Contigo tuve mi toque de distinción. Sé que es todo lo que podías darme. Y todo lo que yo necesitaba. Gracias y adiós."


había borroneado esas palabras? ¿La lluvia o las lágrimas de Alassio? El viento le arrancó el papel de las manos. Se volvió y
¡Gloria! ¿Qué haces aquí?
Tonterías, Steve. Patti Menkes me llenó la cabeza de sospechas cuando habló conmigo la otra tarde. Estoy segura que te sentiste muy solo en Marbella.


Ya no tendrás que venir a pasear tu soledad por un parque. Pedí que no me reeligieran en Unicef. Voy a estar muy ocupada con quien más me necesita. ¿Te parece bien?
FIN

el consejo de un amigo





















GRAL. ARTIGAS 428/DPTO.34U /BUENOS AIRES (S.6)

Señor Director de CEAC: Envío este cupón para recibir GRATUITAMENTE en la dirección indicada al pie, el folleto informativo del Curso que señalo con una "X":

MOTOR Y AUTOMOVIL
- ☐ Técnico en Motores
- ☐ Mecánico de Automóviles
- ☐ Electricidad del Automóvil
- ☐ Mecánico Motores Diesel
- ☐ Localización de Averías Automóvil

DIBUJO TECNICO
- ☐ Delineante Mecánico
- ☐ Delineante en Construcción
- ☐ Delineante General

MECANICA
- ☐ Técnico Mecánico
- ☐ Maestro Tornero
- ☐ Maestro Fresador
- ☐ Maestro Ajustador
- ☐ Técnico en Soldadura
- ☐ Maestro Soldador
- ☐ Encargado Mecánico
- ☐ Selección Empleo de Ajustes y Tolerancias
- ☐ Verificación y Medición Mecánica

DIBUJO Y PINTURA
- ☐ Dibujo Artístico
- ☐ Dibujo Humorístico
- ☐ Dibujo de Chistes
- ☐ Dibujo de Caricaturas
- ☐ Dibujo de Historietas
- ☐ Pintura al Oleo

DECORACION
- ☐ Decoración General
- ☐ Decoración del Hogar

ELECTRICIDAD
- ☐ Instalador Electricista
- ☐ Montador Electricista
- ☐ Maestro Electricista
- ☐ Técnico Electricista
- ☐ Iluminación Fluorescente

CONSTRUCCION
- ☐ Maestro Albañil
- ☐ Técnico en Construcción

NOMBRE ______________________ RA/2

DOMICILIO ______________________

LOCALIDAD ______________________

No es obligatorio enviar este cupón. Puede escribir mencionando la revista y fecha o número.

Franqueo a pagar
Concesión Nº 372



Un técnico de iade merece más confianza ...y gana más

Estudie

MECANICA AUTOMOTRIZ Carburación Electricidad

INSTALACIONES ELECTRICAS Bobinados

AIRE ACONDICIONADO Refrigeración

RADIO · TELEVISION Electrónica Transistores

MAQUINARIA AGRICOLA CONSTRUCTOR DE EDIFICIOS · SECRETARIADO COMERCIAL · CORRESPONSALIA COMERCIAL · TENEDURIA DE LIBROS · CONTABILIDAD · COMERCIO Y ADMINISTRACION DE EMPRESAS · CORTE Y CONFECCION · ALTA COSTURA · PERIODISMO · DECORACION · DIBUJO · DIBUJO TECNICO · PUBLICIDAD Y VENTAS · AGRONOMIA · AGRICULTURA · APICUNICULTURA · AVICULTURA · FLORICULTURA HORTICULTURA · GRANJA · GRAMATICA ESTRUCTURAL · MATEMATICA MODERNA INSTALADOR DE GAS ·

Sea un profesional altamente capacitado en las técnicas de mayor aplicación en hogares, comercios e industrias.

Inscríbase en los cursos de IADE, respaldados por la experiencia de 25 Escuelas en toda Latinoamérica.

ESCUELAS TECNICAS iade

CLASES PERSONALES INFORMESE EN:

AVELLANEDA: Av. Mitre 60 - **BELGRANO:** Cabildo 3161 **CABALLITO:** Av. Parral 1082 - **CENTRO:** Av. de Mayo 1385 **CONSTITUCION:** Pasaje Ciudadela 1218 (Alt. Salta 1650) **LANUS:** H. Yrigoyen 5040 - **LINIERS:** Rivadavia 11057 - **LOMAS DE ZAMORA:** H. Yrigoyen 8951 - **ONCE:** Rivadavia 2465 **POMPEYA:** Av. Sáenz 1443 - **QUILMES:** H. Yrigoyen 95 **RAMOS MEJIA:** Ardoino 140 - **SAN MARTIN:** Moreno 15 **SAN ISIDRO:** Av. Santa Fe 30. **ROSARIO:** Rioja 1459

URUGUAY Mercedes 832, Montevideo

PARA CURSOS POR CORRESPONDENCIA SOLICITE SIN COMPROMISO EL **"LIBRO DE LOS OFICIOS, LAS ARTES Y EL EXITO"**

ANOTE LA PROFESION DE SU GUSTO

....

....

Escuelas Técnicas IADE
Casilla Correo 14 Suc. Ramos Mejía
(Bs. As.)

Nombre ....

Apellido ....

Dirección ....

Localidad 17